Acq. Dept., Library
Univ. of North Carolina
Chapel Hill, N. C. 27514

CF
O
C
SR

PQ8549
.C23

ols:

el Comercio

C
SR

Init:

Y-LC

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8549
.C23
C8

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00024448929

DATE DUE

[illegible]			
JAN 18	2005		
[illegible]	FEB - [illegible]		
GAYLORD			PRINTED IN U.S.A.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/cuentosescogidos00calc

JULIO CALCAÑO

Cuentos Escogidos

·1913·

Lit. y Tip. del Comercio
Caracas

JULIO CALCAÑO

PQ 8549
C23
C8

CUENTOS ESCOGIDOS

LIBRARY
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
CHAPEL HILL

MCMXIII
LIT. Y TIP. DEL COMERCIO
CARACAS

Nunca he coleccionado escritos míos de ningún género; pero hombres de letras extranjeros, que leyeron en francés "El Escultor Marliani" y "El Ingeniero Chatillard," me han exigido les remita los cuentos que haya escrito; y no teniendo vagar ni humor para copiarlos, sólo para corresponder a su exigencia hago esta edición contentiva de algunos y limitada a pocos ejemplares.

2701- 59

LETTY SOMERS

I

—¿Te acuerdas de Letty Somers, Adolfo? —preguntó el joven inglés de Lingard a uno de sus compañeros de paseo.

—Sí que me acuerdo demasiado, pues tengo motivos para ello,—respondió el interrogado, —pero, ¿por qué me lo preguntas?

—Yo también la conocí, aun no hace dos años; bailé con ella en casa de la señora de Rodríguez. Era una hermosa niña que tenía un corazón aun más hermoso, bueno y compasivo, enérgico y un poco sentimental.

—¿Estás enamorado de ella? Estás haciendo un inventario de sus calidades o bienes morales,—dijo riendo el otro compañero de paseo que no había hablado hasta entonces.

—No,—respondió el inglés con tono grave, —hago su apología porque ha muerto, querido Camilo.

—¿Ha muerto?—exclamó éste con sorpresa.

—Sí, ha muerto,—afirmó tristemente Adolfo del Pardo.

—¡Qué lástima! he de hacerle una necrología, y mientras tanto, diré con Bello:

Ah! qué de marchitas rosas
En su primer mañana!
Ah! qué de niñas donosas
Muertas en edad temprana!

Mezclados lleva el carro de la muerte
Al viejo, al niño, al delicado, al fuerte.

—Oh, Camilo!—exclamó el inglés,—no te burles de los muertos.

—¡Bah! qué filósofo debió ser el que dijo: el muerto al hoyo, y el vivo al bollo. Pues, espantóse la muerte de la degollada!

—¡Oh, señores! en las épocas de mayor corrupción y atraso se ha respetado a los muertos; y hoy, en el siglo da la civilización, se profanan las tumbas!

—Todos los ingleses querrían que el mundo fuese una máquina, cuya rueda girase eternamente del mismo modo,—dijo Camilo bostezando.

—Es porque todavía no hemos llegado, como vosotros y los franceses, a ponerlo todo bajo el dominio de la burla. Además, ¿qué hizo esa pobre joven en el mundo?

—Si queréis,—dijo Adolfo,—yo os narraré su historia que, si no muy interesante, es por lo menos conmovedora. Letty poseía una grande alma, y si en algo faltó a sus deberes no tuvo

ella la culpa. Nada hace tantas víctimas como las preocupaciones sociales.

—¡Ea!—repuso Camilo,—si vas a espetarnos tus máximas filosóficas, renuncio a escuchar tu historia, qué diablos!

—Tú todo lo llevas á la burla, como muy bien dijo de Lingard; pero te aseguro que no hablarás así cuando conozcas a fondo el noble carácter y la gran virtud que poseía aquella hermosa mujer. Honda tristeza despierta en el alma el recuerdo de su vida, pero os he ofrecido algunos rasgos de ella.

—Vamos, te digo francamente que el tono con que has hablado ha picado mi curiosidad. ¡Como me des un buen argumento, una idea siquiera para un drama o una novela! Donde menos se piensa, salta la liebre. Te suplico que nos narres la historia en cuestión.

—Sí, sí, cuéntala,—añadió de Lingard.

—Vosotros no ignoráis que mi amigo Antonio Garriga estuvo enamorado de Letty Somers.

—Sólo he oído decir,—dijo el joven inglés, —que tales relaciones no tuvieron resultado feliz.

—Y yo—agregó Camilo,—que Noll Somers le había dado con la puerta en las narices.

—Pues no sabéis nada en el asunto. Acompañadme a casa; pero me perdonaréis os exija palabra de caballero de que el secreto de esta historia quedará entre nosotros.

—Cuenta con ello,—dijeron entrambos jóvenes.

—Y yo que pensaba escribir un drama o una

novela!—agregó Camilo—pero, bah, en cambiando los nombres . . .

Y los tres jóvenes, que habían hecho el camino en silencio, llegaron a una pequeña y lujosa casa de la calle de Lindo; y en una habitación de soltero, desordenada y llena de libros y curiosidades, se arrellanaron cómodamente en sendos sillones, después de encender una lámpara y cerrar la puerta.

Serían las ocho de la noche.

—Y bien, dijo Adolfo a sus compañeros, la historia que váis a oír no podré contarla quizá con la exactitud que quisiera, pues tengo muy flaca memoria; pero os ruego que escuchéis con atención, cuidando no interrumpirme, porque tras de ser ello fastidioso, puede hacerme perder el hilo de la narración.

—No tengas cuidado, dijo de Lingard.

—Convenido, y comienza,—agregó Camilo.

Y entrambos encendieron sus cigarros.

Adolfo dió principio a la narración:

II

Sin duda no ignoráis que Letty Somers, que venía por temporadas a Caracas, había nacido y moraba en el pintoresco pueblo de Choroní, verdadero paraíso popularizado por las estrofas románticas de Maytín.

Fué allí donde la conocí, en una alegre no-

che de Navidad, así como a casi todos los que figuran en esta historia.

Leticia Somers era hija de Oliverio Somers, ciudadano norteamericano, y de Dorotea Puigblanch, natural de Barcelona, en el reino o provincia de Cataluña.

Inglés o americano, que no estoy muy seguro de su nacionalidad ni importa ello gran cosa, Oliverio Somers, había llegado joven al país, y a fuerza de trabajar y ahorrar, que en esto nos ganan todos los extranjeros, logró poseer al fin una pequeña arboleda de cacao que le daba para el sostenimiento de su familia, pues los tiempos que le habían tocado en suerte no eran para alcanzar mayor prosperidad, como que la guerra aniquilaba el corazón de la República, y agricultura y comercio languidecían por falta de brazos y de mercado.

Choroní era uno de los pueblos que menos habían sufrido por el azote de la guerra, lo que se debía á circunstancias que no son del caso indicar.

Oliverio Somers casó desde temprano con Dorotea Puigblanch, que no le había dado más que una hija, Leticia, a la cual siguiendo la costumbre inglesa llamaban cariñosamente Letty. Por el mismo motivo, Oliverio era muy conocido con el nombre de Noll, y había transformado a Dorotea Puigblanch en Dolly Somers, que así creía él encontrarse en las montañas de su país.

Dolly Somers no sólo había cambiado de nombre con la compañía de Noll, sino aun de carácter y costumbres, que tal es el destino del

matrimonio en este punto, que la unión lleva los cónyuges a semejarse en lo moral y hasta en lo físico, cuando el amor y la paz los estrechan con el lazo de la felicidad.

Al contemplar aquel hogar, tranquilo y feliz, donde el aseo, la comodidad, y la práctica de las virtudes morales y religiosas, hacían amable la pobreza, podía decirse con toda propiedad que Noll Somers había trasladado consigo sus dioses penates al seno de nuestra turbulenta República.

Noll, Dolly, Letty, una anciana cocinera, una chica que fregaba y barría, y un perro escocés de pelo azul, eran los únicos habitantes de aquel hogar bienaventurado.

Noll era un hombrón, de anchas espaldas y prodigiosos músculos que contrastaban con la dulzura de sus ojos azules, la suavidad de su acento y la sencillez de sus maneras; oía misa todos los días, pasaba luégo al campo, donde por sí mismo dirigía los trabajos, y regresaba al hogar a la caída de la tarde.

Dolly le guardaba lo mejor, y allí encontraba él siempre la mesa limpia y blanca, la sopa humeando, caliente el pan, fresco el pescado, y la carne y las papas y la leche y el café provocando a devorarlos. Raro era que después de comer saliese a dar un paseo, que por lo regular era a las orillas del mar, o que fuese a hacer alguna visita, pues comunmente charlaba con su mujer y su hija, leía algún libro útil o recreativo, y después de rezar en familia se retiraba a descansar.

La vida de Dolly se había acomodado a la de Noll, como que era la más propia en una población rural como aquella, y no había mujer más de su casa que ella, que no pocas veces decía, cuando la tachaban de casera: la mujer casada, la pierna quebrada y en casa.

Dolly era pequeña, regordeta, de rostro abierto y franco, y de índole apacible; y tenía tal aire de dignidad que a la vez que imponía respeto inspiraba cariño y confianza. Sentada en su sillón de esterilla, con su vestido de zaraza, su pañuelo de cuadros y sus zapatos de cordobán, y con su mesa de costura por delante, revelaba en todo su sér la satisfacción y conformidad con que aceptaba su destino.

Ni ella ni Noll tenían otro pensamiento que la felicidad de Letty, muchacha de una belleza encantadora y de un natural dulce y obediente.

Al ver los hermosos ojos negros, candorosos y tiernos de Letty, sus largos y sedosos cabellos rubios, la finura de sus facciones, su talle delgado y esbelto, y su continente lleno de dignidad y de modestia, se recordaban las princesas graves y delicadas de las leyendas rusas; y como en aquella vida austera y retirada, educada por sus padres, había adquirido desde temprano costumbres circunspectas y una obediencia pasiva, no había quien no la admirase, y cuando asistía con sus padres a los saraos del pueblo o a los paseos por las orillas del mar, era como una reina que arrastraba todas las miradas.

No gustaba Noll de que frecuentase las ter-

tulias de las familias del lugar, porque decía que en los pueblos pequeños todo era mal interpretado, y lo más sencillo y natural daba pasto a la chismografía de las personas desocupadas y de las malévolas, que eran las más. Así es que el mayor placer de Letty en sus horas de ocio era el de sentarse a leer en la puerta de campo o cuidar sus flores que cultivaba cerca de ésta, no lejos de las orillas del río; ello cuando Noll, lo que acontecía los días de fiesta, no las llevaba a la cumbre de la montaña, llena de trapiches y de haciendas de café, y desde donde se alcanza a ver un panorama como no lo tiene tal vez ningún otro país: a un lado el valle de Choroní que se dilata hasta el mar, que se ve como un inmenso espejo azul; y al otro, los extensos valles de Aragua con sus ríos, montañas, plantíos, pueblos pintorescos, rebaños de cabras y hatos de ganado mayor, mostrando en todo, una naturaleza lujuriante y embriagadora. En aquellas cumbres, el frío es intenso y seco, y sin duda por esto gustaba tanto Noll de aquel paseo, donde respiraba a pleno pulmón el aire sano y perfumado de las montañas.

A este paseo solía acompañarles un pariente de Dolly, Gabriel Corbera, mozo como de treinta años, cachazudo y no mal parecido, que había fincado toda su felicidad en el amor de Letty.

Corbera se había atrevido a pedir a Noll la mano de Letty, y Noll le había dicho sencillamente: todavía es muy joven para pensar en eso, después veremos.

Noll no veía con malos ojos tal inclinación, y Dolly parecía favorecerla, porque Corbera era un buen muchacho, sin familia, trabajador y honrado, y no carecía de algunos cuartos. Poseía en el pueblo una pequeña casa de dos ventanas, con balaustres cuadrados de madera, y un corral con diez vacas lecheras, un par de bueyes y numerosas gallinas, y en la playa un gran cocal y una huerta, todo lo cual le daba, limpios de polvo y paja, alrededor de trescientas pesetas mensuales. Entre trabajar, tomar su tazón de leche y su cocido, y fumar o dormir reclinado al pié de un bucare o de un cocotero, se le iba el día; y por la noche, o asistía a la tertulia del boticario, o visitaba a Noll, o echaba una partida de bolos en casa de su médico, alemán muy aficionado a tal juego; porque lo que es el beber y otros vicios mayores eran desconocidos en aquella población laboriosa.

Cuanto a Letty, no podía asegurarse que se hubiese fijado ni mucho ni poco en las prendas y conveniencias de Corbera, pues ningún apasionamiento se veía en ella, aunque ya se había leído y releído el Romeo y Julieta de Shakespeare, la Juana Shore de Tomás Rowe, el Tancredo y Sigismunda de Jaime Thomson, y otras piezas inglesas que hallaba entre los libros de Noll, y hubieran podido despertar su sentimiento; pero sí le trataba desde la infancia con cariño, y diríase que, fuera por indiferencia, por costumbre o por complacer a su madre, hallaba como cosa natural aquel noviazgo, y nada decía en contrario cuando las amigas le daban

broma o él se atrevía a requebrarla con su natural timidez.

Todo, pues, marchaba a las mil maravillas en el hogar de Noll, cuya felicidad era envidiable y digna de las virtudes que había puesto en práctica.

III

La revolución que hacía como un año había estallado, era poderosa, y cada día alcanzaba mayor número de prosélitos en todas las clases sociales. Al principio pareció que el Gobierno, fuerte de recursos y de un ejército numeroso y disciplinado, con jefes bizarros y entendidos, lograría dominarla y dar la paz a la República; pero el sistema de opresión que había puesto en práctica, errores políticos graves, y el desbordamiento de una prensa turbulenta, por una parte, y, por la otra, el derecho de insurrección ejercido por hombres que no querían resignarse al papel de parias en el seno de la República, o al de proscriptos fuera de la Patria, y su tenacidad, su inteligencia y asombrosa actividad, habían logrado cambiar la fortuna, que iba ya como atada a sus banderas.

Se habían dado al fin varios combates y una gran batalla en que la revolución había alcanzado la victoria. El ejército vencedor ocupaba ya el Centro de la República, y por donde quiera se levantaban nuevas partidas, nuevos

guerrilleros que con su astucia y su audacia mantenían en alarma las poblaciones y desesperaban al Gobierno, que tenía que dividir sus fuerzas, y temblaba de un completo fracaso.

En el propósito de obtener este resultado, los directores de la revolución no descansaban en la empresa de conmover los pueblos y mantenerlos en continua alarma. Así fué que enterados de que los jefes revolucionarios de Choroní y Ocumare, derrotados y sometidos, habían entregado su espada, dieron orden de enviar a aquellos puntos una partida revolucionaria de Aragua, y comisionaron para alentar a los agitadores de aquellos pueblos, a Antonio Garriga, mozo inteligente, valeroso, y de arranques verdaderamente nobles.

El comisionado había sido escogido con el mayor tino, porque Antonio Garriga, que pertenecía a una de las familias más notables de Caracas, tenía en Choroní valedores acaudalados y la influencia que le daba su parentesco con ellos.

Era hermoso, de elegantes maneras y fuertemente simpático, al extremo de aparentar que no servía para cosas de guerra, bien que, adamado y todo, lo mismo era para un fregado que para un barrido.

Como acontece en los pueblos pequeños, la llegada del caraqueño en son de paseo alborotó el vecindario, y llovieron los bailes, las comilonas y las giras a Colombia y Playa Grande, a orillas del mar, o a *El Encanto* y *El Paraiso* y las demás haciendas de las montañas.

Estos festejos, y su natural disimulo, le fa-

cilitaban el mejor desempeño de su comisión; y por lo mismo trataba de que el fuego del entusiasmo no se extinguiese.

No pudo Noll negarse a que Letty asistiese a algunos de los saraos que con este motivo se dieron en el pueblo; pero temeroso a causa de la hermosura y el mérito de su hija y de su posición relativamente inferior, y sabiendo que las muchachas tenían los cascos calientes con la visita del caraqueño, acompañó a Letty y no la perdió de vista en instante ninguno, aunque de alla estaba tan seguro como de sí mismo.

Antonio Garriga se sintió impresionado por la belleza y la dignidad de Letty Somers desde el primer instante en que la vió, bailó con ella, la obsequió, le dijo algunas galanterías, y quedó hechizado por la dulzura y reserva de Letty, que al parecer tomaba aquellas cosas como ligeras bromas de quien tiene la costumbre de encontrarse entre mujeres hermosas.

Noll, sin embargo, creyó prudente esquivar en lo posible las invitaciones de las tertulias que se habían organizado, y al día siguiente llamó a Letty a su aposento.

—Siéntate, Letty, hija mía, aquí a mi lado, le dijo acercándole una silla. Mucho parece que te divertiste anoche.

—No más que otras veces; el baile me gusta cuando la música es buena, y la de anoche no podía ser mejor.

—El baile es bueno como ejercicio, cuando es moderado, pero no siempre conviene asistir a

tales reuniones cuando los que a ellas asisten no son todos iguales en posición y fortuna.

—Tiene usted razón, y muchas veces me he dicho lo mismo.

—Ya habrás notado que en los pueblos pequeños como éste, la gente y principalmente las mujeres, pierden la chaveta con los forasteros, y de ahí han acontecido muchas veces escándalos y dolores muy grandes, porque es locura fiar de personas a quienes no se conoce o que se creen superiores a úno. Los de las grandes ciudades, Letty, por mucho que tratan de disimularlo, ven siempre con cierto menosprecio a los nacidos en pequeñas poblaciones, y a quienes califican de gente de gallaruza o rústica.

—Y usted crée . . .

—Creo que todos los hombres son lo mismo o, por lo menos, que es avisado suponerlos a todos iguales en determinados casos. A ver, dime, el joven que bailó anoche la segunda contradanza contigo, ¿no es el caraqueño Garriga?

—Sí, señor.

—Y qué te decía? de qué te hablaba él?

—Al principio me habló de lo delicioso que era Choroní, luégo del baile, y por último de amor.

—De amor! ya lo ves; estos jóvenes de Caracas creen que no tienen otro oficio; a todas les hablan de lo mismo; creen que todas están enamoradas de ellos y que a todas las engañan fácilmente.

—Y eso es verdad? . . .

—No te lo dijera yo si no lo fuera, Letty;

pero tú eres una mujer de juicio, buena y cristiana, para saber darles su lugar a todas las cosas. Bueno será no caer en la necedad de los demás asistiendo con frecuencia a tales saraos y paseos.

—Yo haré siempre lo que usted quiera.

—No digas nada de esto a Dolly para no mortificarla. Tú sabes que ella desea que te desposes con Gabriel, porque cree que ese matrimonio te hará tan feliz como lo es ella conmigo.

—Si, ella es muy feliz.

—Y tú lo serás también, hija mía.

Desde aquel día Noll se resolvió a aceptar por yerno a Gabriel Corbera, y llegó a decir a Dolly que le parecía ya tiempo de casar a la muchacha, y aun la autorizó para hacer los preparativos y prevenir al novio, que al fin tuvo con él la obligada conferencia, y salió de ella como quien había logrado coger el cielo con las manos.

Pero los preparativos hubieron de suspenderse, porque la fiebre, la traidora fiebre de la costa que acecha a los extranjeros, había hecho presa de Noll, y era necesario esperar a que él recuperase la salud.

Los preparativos matrimoniales y la enfermedad de Noll habían obligado a Letty a alejarse en absoluto de todo lugar público, y apenas si daba algún breve paseo por las orillas del río, o se sentaba a leer, como antes acostumbraba, en su pequeño jardín.

Aquella ausencia y el rumor del matrimonio avivaron en el corazón de Garriga la impresión que le había causado la belleza de Letty,

y de día y de noche torturaba su ingenio en el propósito de volverla a ver y hablarle.

La imagen de Letty, con sus bellos ojos negros, su cabellera rubia, su aire espiritual y digno, no se le apartaba del pensamiento, y la veía flotando en un mar de luz como la aparición aérea de un sueño de hadas. Fuera amor, o simplemente el impulso del orgullo de quien estaba acostumbrado a vencer obstáculos, es lo cierto que Antonio Garriga no se consolaba de la ausencia de Letty y se creía perdidamente enamorado de su belleza.

Al fin averiguó los más mínimos pormenores acerca de su manera de vivir, supo lo grave de la enfermedad de Noll, y resolvió ver si sorprendía a Letty en los acostumbrados paseos al campo, con ánimo de saber a qué atenerse respecto al género de afecto que él le inspiraba.

Podaba Letty sus rosales una mañana, descuidada y pensativa, cuando sintió pasos, y vió con sorpresa a Antonio Garriga que, con una escopeta al hombro, bajaba por las orillas del río.

—Buenos días, Letty, le dijo Antonio acercándose con el sombrero en la mano.

—Buenos días, señor Garriga, contestó ella ruborizándose. Me permitirá usted que me retire, pues iba ya a hacerlo y mi madre me aguarda.

—No, Letty, no, déjeme usted saludarla ya que tengo la fortuna de encontrarla por estos campos.

—Este campo, señor Garriga, es parte de la casa de mi padre.

—¿Y cómo está su señor padre?

—Aun está mal, señor, muy mal,—dijo Letty con voz trémula y los ojos húmedos. Doy a usted gracias por su atención.

—No me dé usted gracias por eso, Letty; si supiera usted cuánto me interesa la salud de su padre, que además de ser un hombre honrado y digno, tiene para mí el mérito de haber dado a usted el sér!

—Ni aun en los momentos más dolorosos deja usted la costumbre de galantear, señor Garriga. Gracias,—dijo Letty con tono de dulce reproche.

—Me juzga usted mal, Letty, y no le he dado motivo para tanto. Verdad es que he oído decir que está usted para casarse con Gabriel Corbera, y yo no debo tener ya ninguna esperanza.

—Esperanza de qué, señor Garriga? De modo que usted no ha venido a cazar en estos campos . . .

—Dichoso yo, Letty, si pudiera cazar la única paloma que me ha cautivado.

—Tire usted más alto, señor Garriga, que las palomas caseras no son para los cazadores.

—Precisamente son las palomas caseras las que pueden hacer la felicidad y el encanto del hogar. Letty, hábleme usted con el corazón en la mano. ¿Es cierto que usted se casa?

—Pero señor Garriga, ¿qué puede eso interesar a usted?

—Mucho, Letty, ¿cómo no lo sabe usted? ¿No se lo he dicho desde el fondo de mi alma?

Desde que conocí a usted no tengo un momento de reposo, porque toda mi felicidad está en usted. Su imagen no se aparta un instante de mi pensamiento, su nombre vive en mis labios, su recuerdo en mi corazón. ¿Qué gloria mayor para mí que la de obtener su amor, vivir para usted, y consagrar toda mi voluntad a hacerla feliz satisfaciendo todos sus deseos? Pero usted ama a Corbera, usted le pertenece ya, y a mí no me queda más que el desengaño y la desesperación . . .

—Señor Garriga, es muy fácil decir todo eso, yo lo he leído en las novelas tantas veces!

—¡Como se conoce que usted no se pertenece, que ama a otro, Letty! Si usted no hubiese hecho ya elección . . .

—Yo no he hecho elección, señor Garriga; yo creo que la felicidad de una mujer es cosa muy seria y está toda en el cumplimiento del deber. Mi deber es obedecer a mis padres y querer lo que ellos quieran, por que ellos sí me aman; y esto no me cuesta trabajo, porque yo no he sentido por nadie ese amor de que se habla en las novelas.

—De modo, Letty, que si sus padres me aceptasen por yerno . . .

—Yo no digo nada, señor Garriga.

—Me autoriza usted para que hable con su padre?

—Mi padre se halla muy grave, señor; no está él para tratar de esas cosas.

—Pero bien, Letty, ¿me da usted alguna esperanza? ¿Puedo esperar que mañana, si logro

vencer en la porfía, su corazón de usted me pertenecerá?

—Yo no puedo decir eso; yo no prefiero a nadie; yo haré lo que Dios disponga.

—Letty, ¿querría usted verme morir?

—Dios mío! déjeme usted partir. Es tarde; buenos días, señor Garriga.

Y Letty desapareció por la puerta de campo, antes que Antonio Garriga pudiera darse cuenta de que estaba solo.

La pobre Letty había huido ansiosa y triste, y por sus mejillas rodaba una lágrima.

Dos días después, Noll se agravaba aun más y recibía los auxilios espirituales, y queriendo morir en completa tranquilidad, bendiciendo a sus hijos, presenció antes de expirar el matrimonio de Letty con Daniel Corbera.

El alma de aquel justo voló a otras regiones con la serenidad del que no ha hecho mal en el mundo, y creyendo dejar asegurada la felicidad de su hija.

IV

Dolly sobrellevaba el pesar de la muerte de Noll con la triste conformidad de las mujeres profundamente cristianas, que están persuadidas de que la muerte no determina más que una separación temporal, y que los elegidos se reconocerán en otra vida, donde ya no hay dolores y se goza de una felicidad inefable. Tornóse gra-

ve y melancólica al imperio de los recuerdos de una vida llena de alegrías y de satisfacciones; pero no cambió de costumbres, y cuando la memoria le lastimaba el corazón, buscaba y hallaba pronto consuelo en la santidad de una oración alentada por la fe y la esperanza, pensando que cada día que pasaba la acercaba al instante de volver a ver al que había amado en la tierra.

Pero Letty, que no había querido separarse de ella, por lo cual habían instalado a Corbera en el aposento de Noll, Letty no manifestaba tener la resignación de su madre; estaba triste y pálida, había desmejorado notablemente, y a veces se le veían en los ojos huellas de lágrimas. ¿Lloraba por la muerte de su padre? ¿Padecía algún dolor secreto que hacía infeliz su vida? Nadie lo sabía. Cumplía sus deberes con serenidad; cuidaba de Corbera como Dolly había cuidado de Noll; y con él iba al templo, con él bajaba a la playa, con él leía por la noche, y cuando él faltaba, por sus acostumbradas labores, era cuando se la veía sola y melancólica regando sus flores, o sentada con un libro, como en otros tiempos, a la sombra de los bucares que adornan las orillas del río, a las puertas de campo de su casa; pero cuando en el silencio de la noche, como sucede en nuestros pueblos rurales, resonaban las notas tristes de una guitarra y el canto melancólico del tocador, sentía una impresión de honda tristeza, y con frecuencia se le humedecían los ojos.

De Antonio Garriga no sabían nada con cer-

teza las autoridades y familias del pueblo, pues días después de la muerte de Noll, desapareció, sin que se sospechase siquiera el rumbo que había tomado.

Sólo los revolucionarios sabíamos con seguridad lo acontecido, y no sé cómo no se observó en aquellos momentos que el desaparecimiento de Garriga coincidió con la llegada de fuerzas revolucionarias de Aragua, y con la alarma y la inseguridad del pueblo.

Cada día llegaba alguna noticia alarmante; los labriegos tomaban el fusil o el machete y se incorporaban a las guerrillas revolucionarias; y como se peleaba en la montaña, y los sucesos del Centro obligaron a la autoridad de Puerto Cabello a pedir la guarnición del pueblo, el vecindario se alarmó extraordinariamente, porque los periódicos pintaban a los revolucionarios como verdaderos criminales; y hubo lágrimas y desesperación, y fué necesario establecer una recluta rigurosa y organizar un cuerpo de milicias con todos los propietarios y personas hábiles para tomar las armas. Gabriel Corbera, que había servido en las guerras del 53 y del 54, y tenía fama de valeroso, fué puesto a la cabeza de una Compañía.

El jefe que comandaba las fuerzas revolucionarias de Aragua y que en tal espanto ponía a aquel pueblo pacífico, era en verdad terrible por su impetuoso valor y su astucia y actividad.

Aquel guerrillero, Cura de almas de una de las parroquias del Llano, se llamaba D. Beltrán Larrea.

Alto y vigoroso, de ojos pequeños y vivos, nariz aguileña, cuello ancho y carnoso, cara redonda con las mandíbulas inferiores muy desarrolladas, de movimientos bruscos y voz de trueno, revelaba energía y arrojo; y era de verle en su macho, con gran sombrero de palma, la sotana metida dentro de los pantalones, de botas de campaña, el sable colgado al uso llanero, y un par de pistolas de dos cañones al cinto, que era lo mismo que ver al diablo con un Santo Cristo al cuello.

En cuanto estalló la guerra, se lanzó con un puñado de lanceros y combatió en La Victoria; y lejos de desalentarse con las derrotas, cobró mayores bríos y se hizo guerrillero en las montañas.

Pronto supo que la autoridad eclesiástica le había suspendido en sus oficios, y sin quejarse por ello, atribuyólo a la tiranía de los gobernantes, y exclamó:

—Canallas! ya nos pondrán arcos, y me harán Arcediano u Obispo cuando triunfemos!

Si le motejaban por su espíritu belicoso, decía que Dios mandaba combatir a los tiranos, y que el mismo Apóstol Santiago había bajado a pelear por la patria.

No se crea por esto que el padre Larrea, que había alcanzado ya el grado de Coronel, lo que era mucho en aquellos tiempos, fuese un soldado cruel; que, lejos de eso, se contaban de él rasgos de humanidad, y su dureza se iba casi siempre en palabras, por lo cual la tropa lo adoraba y lo seguía ciegamente.

Nada sabía él de táctica griega ni romana, alemana ni napoleónica; se hubiera reído de quien le hubiese hablado de rombos y cuadros, de tropas móviles, o de centros y alas. Bisoño él y bisoños sus soldados, su táctica se reducía a su ingenio natural, a su astucia, actividad y arrojo, en combates que podían llamarse individuales, sin que por esto, cuando se veía obligado a combatir en masa, le faltase talento para disponer sus fuerzas, ocultar sus movimientos, apoyar sus fusileros en la caballería, y caer como un rayo sobre el contrario sin aventurar toda su tropa ni descuidar el escogimiento de sus posiciones, que no hay mejores maestros que la práctica y la necesidad. El Coronel Larrea hubiera sido un gran guerrero, si hubiera alcanzado la necesaria instrucción militar.

Cuando invadió a Choroní tenía sólo cuarenta fusileros y diez caballos, y con aquella fuerza hizo milagros, como que llegó vez en que con treinta hombres, bien colocados en la montaña, detrás de las peñas y los árboles, sorprendió y derrotó a cuatrocientos veteranos.

Su fuerza se había aumentado ya, como resultado de estas victorias, y montaba a doscientos hombres y treinta caballos.

Antonio Garriga había pasado a su campamento y desempeñaba las funciones de Jefe de Estado Mayor.

La tropa, sucia y casi desnuda, estaba ya acostumbrada a aquella vida errante y azarosa. Los mejor vestidos eran cinco o seis indias, que peleaban a las veces, y a las veces alentaban el

valor de los soldados, rasgueando en medio del combate el guitarrillo o vihuela de cinco cuerdas, tocando las populares maracas y cantando estrofas llaneras, que revivían en los combatientes la memoria del hogar. Estas indias estaban mejor vestidas, y llevaban collares, sortijas y cintas con la divisa revolucionaria, porque su sexo y su astucia las favorecían para pasar con frecuencia a los poblados.

Todo esto parecerá extraño, pero así acontece en nuestras guerras civiles, y no pocas veces, más que el toque del pífano y del tambor, alientan a nuestros soldados el fandango, la marisela y la guaraña, tocados y cantados por estas indias, como si para soldados e indias la guerra no fuese sino un juego, y el morir cosa que no tiene mayor importancia.

Cuando Antonio Garriga llegó al campamento e instruyó al coronel Larrea del estado de la plaza, y de que antes de enviar la guarnición a Puerto Cabello le iban a atacar con ánimo de destruirlo, para lo cual organizaban las milicias y contaban pararle hasta quinientos hombres, no tuvo límite el contento de Larrea y de la soldadesca.

—Santerre! . . . —exclamó el Coronel con su voz de trueno—¡demonio de Ayudante! . . . Santerre!

—Aquí, mi Coronel,—dijo un oficial presentándose y cuadrándose con la mano en la visera.

—¿Está ya racionada la gente?

—Ya, mi Coronel.

—¿Para cuántos días tenemos raciones?

—Para dos días.

—Pues es necesario que por lo menos las tengamos para ocho. Ordene usted al capitán Torres que esta noche penetre hasta Playa Grande con cincuenta hombres, y se traiga todas las vacas, cerdos y gallinas que encuentre.

Santerre hizo un saludo, y se retiró.

—¡Ea! venga usted acá, ¿por qué se va? Diga usted!

—Mande usted, mi jefe.

—¿Cuántos prisioneros tenemos?

—Diez.

—Diez . . . son un estorbo . . .

—Si mi Coronel lo manda, los podemos fusilar.

—Quite usted allá! nosotros no fusilamos sino a los que fusilan a los nuestros. Garriga, mande usted a internar los prisioneros en el bosque, bien amarrados y con una guardia. Debemos estar libres de estorbos. Puede usted retirarse, Santerre.

Desde aquel momento Larrea tomó todas sus disposiones, y se preparó a esperar a los gobiernistas a la entrada del bosque, con el mar a la derecha, una marisma fangosa a la izquierda, y al frente, no lejos del río, una ancha zanja que abrió por la noche y cubrió con hojas de plátano ocultas con tierra y espinas de cardo. Municionó a sus soldados, y se dió a alentarlos con la perspectiva del hogar, las glorias del triunfo y los beneficios de la paz.

Aun no habían transcurrido cuatro días desde la llegada de Garriga, cuando los espías de La-

rrea le avisaron de la aproximación de los gobiernistas.

Comenzaba a amanecer cuando al pasar el angosto río el ejército del Gobierno, fuerte como de quinientos hombres, se replegó sorprendido por una lluvia de balas, y vió la vanguardia casi desorganizada.

Era el primer saludo del Coronel Larrea. Trabajo costó a los gobiernistas rehacer sus fuerzas y emprender el combate, como que la mayor parte de los soldados eran reclutas no acostumbrados al fuego.

La gente de Larrea, en lo áspero del bosque y resguardada por árboles y peñas, hacía un fuego mortífero, sin que los contrarios pudiesen avanzar a pesar de los esfuerzos de sus jefes.

Larrea, en su brioso macho, se multiplicaba pasando de un punto a otro sin temor a la lluvia de balas que penetraba en el bosque.

Entre el estruendo de la fusilería y del tambor y el pífano y la corneta de los gobiernistas, se oía el rasguear de los guitarrillos y maracas de los revolucionarios, y los cantares de las indias, para quienes el combate era como una fiesta.

Una de estas indias, hermosa y muy engalanada, parecía complacerse en encender el ánimo del Coronel Larrea y ver la brusquedad de sus arranques.

La india, sin cuidarse del peligro ni de los ayes y gritos de los heridos, cantaba con voz llena y sonora:

Confesé con un cura
Que era un tronera;
Me dió de penitencia
Que lo quisiera;
Y yo lo quise, y yo lo quise,
Porque la penitencia
(Ah caramba, caramba!)
Debe cumplirse.

—Calla, demonio! exclamó Larrea con su bronco acento, calla, si no quieres que te mande a dar cuatro tiros!

Pero la india, que sabía lo que valían las amenazas del Coronel cuando iban dirigidas a ellas, guiñó los ojos a sus compañeras, y continuó imperturbable:

San Antonio bendito,
Tres cosas pido:
Salvación y dinero
Y un buen marido;
Y él me responde, y él me responde,
No puede ser muy bueno,
(Ah caramba, caramba!)
Si ha de ser hombre.

La verdad era que aquella música y aquellos cantares daban un valor rabioso a los soldados, porque ellos les recordaban las fiestas del pueblo, y reavivaban sus amores y los afectos de familia.

Cuando la india terminaba el último verso, Larrea ordenó fingir una retirada, y el ejército gobiernista creyéndose vencedor avanzó con celeridad; y fué de ver cómo todo el cuerpo de

vanguardia, ginetes, caballos y fusileros, tropezaron y cayeron en la inmensa zanja. Avanzó entonces Larrea al frente de los suyos, cargó con impetuosidad, y desconcertados y maltrechos tocaron retirada los gobiernistas, fusilados por la infantería y alanceados por los llaneros.

En la persecución alcanzó a ver Garriga a Gabriel Corbera combatiendo con un llanero; y llevado de los nobles impulsos de su corazón, dijo a Larrea:

—Coronel! aquel es un buen muchacho, padre de familia; vayamos a salvarlo!

—Vayamos! Ea! ea! gritó Larrea al llanero, no lo mates, no lo hieras!

El llanero no atendió a la voz del Coronel, y el Coronel se lanzó violentamente y atravesó el macho entre los combatientes, con riesgo de su vida.

El llanero, embravecido por la resistencia de aquel simple oficial de milicias ciudadanas, quitó la lanza del asta, y por sobre el cuerpo del Coronel la arrojó y clavó en el pecho de Gabriel Corbera.

Volvióse Larrea como un león, y descargó su sable sobre la cabeza del llanero, que se retiró bañado en sangre y refunfuñando, si bien no sin decir antes a Corbera:

—Blanquito, no se trompiece conmigo, que por onde lo encuentre tendrá usté que pagá el machetazo que me ha pegao el pae Larrea, y lo zamparán en el joyo.

Con ayuda de Garriga cargó Larrea a Gabriel Corbera en su propio macho, y lo trasladó

al campamento, donde Garriga le hizo la primera cura y le vendó la herida.

V

Al día siguiente, con aquiescencia del Coronel, que tenía en grande estima a Garriga, dos de las indias condujeron a Gabriel Corbera en una hamaca hasta la casa de Letty, a quien una de ellas le entregó una carta de Antonio Garriga.

La derrota de las fuerzas del Gobierno y el número de hombres notables muertos o heridos había llenado de consternación a Choroní. El pueblo estaba resuelto a no dejar salir la fuerza veterana, y la fuerza tampoco quería abandonar el pueblo, por lo cual se ofició al Gobierno enterándolo de la situación.

La llegada de Corbera herido, con fiebre y desfallecido, fué un lamentable acontecimiento; y aunque desde los primeros momentos los médicos anunciaron que sanaría, por no tener dañado ningún órgano importante, las lágrimas y las visitas no cesaban.

Dolly estaba inconsolable; pero Letty no lloraba. Grave y triste, se conocía que aquella joven delicada y dulce, padecía de tiempo atrás un dolor secreto, y acaso una enfermedad terrible, debida tal vez a un poderoso esfuerzo sobre sí misma para combatir una idea o un sentimiento, porque sus pómulos, rojos en ocasiones,

estaban hundidos, sus ojos como excavados, y enflaquecido su cuerpo.

Cuando pudo ya encontrarse sola, abrió y leyó la carta de Garriga.

No contenía más que dos palabras:

"Letty:

"He logrado salvar la vida de Corbera; pero aconséjele usted que no vuelva a tomar parte en estos asuntos, porque la revolución está triunfante. Ya que no pude alcanzar la felicidad de que usted fuera mía, quiero tener la de velar por la de usted, aunque sea desde lejos, para que usted viva tranquila y dichosa y conozca mejor mi corazón.

"Perdone usted a su amigo,

Antonio Garriga."

Letty releyó la carta, se ruborizó y palideció alternativamente, ahogó un sollozo, y luégo, pensativa y densamente pálida, permaneció gran rato en silencio, meditando si guardaría o rompería aquel papel. Al fin volvió otra vez a leerlo, y lo plegó y lo guardó en su seno. Las manos le temblaban como si hubiese cometido un crimen.

Desde aquel día su tristeza y su dolor se acrecentaron, a juzgar por su silencio y los estragos que se veían en su naturaleza; no obstante, se aplicó santamente a asistir de día y de noche a Gabriel Corbera, y aun parecía que su cariño por él se había acrecentado, tal era el cuidado y dulzura con que le atendía y ayudaba a su salvación, como si en el fondo del alma de la pobre mujer mordiese el pesar de al-

gún mal pensamiento y procurase hacérselo perdonar y combatirlo.

Dolly observaba el triste estado de su hija, y viendo el afecto y la constancia con que asistía y acompañaba a Corbera, pasando las noches en vela, atribuíalo al pesar por la muerte de Noll y a la contrariedad de aquella desgracia, y trataba de darle consuelo, y luchaba en vano con ella para que fuese a reposar y la dejase en vela a ella, que era más fuerte y tenía más experiencia y práctica en el modo de asistir enfermos.

Letty contestaba que no tenía nada, que ya se repondría, y continuaba aquella vida que iba minando su constitución.

Veinte días después, ya Corbera estaba en pié, sano de su herida, aunque algo pálido y decaído de fuerzas; mas como los revolucionarios habían alcanzado nuevas victorias y se temía que de un momento a otro ganasen la plaza, y él no olvidaba la amenaza mortal del llanero, sobre que en el estado en que se encontraba le convendría un viaje, resolvió pasar a Curazao, dejando a Letty al cuidado de su madre.

Letty tuvo al principio tenaz empeño en acompañarle, pero Dolly insistió en que se quedase con ella que estaba sola y que no podría así atender a tantos intereses con la tempestad que se les venía encima; y Corbera partió solo.

Aquella contrariedad hizo derramar abundantes lágrimas a Letty, que no se atrevía a desahogar su corazón en el seno de su madre,

aunque mucho lo había meditado, y en tal ocasión lo había juzgado necesario.

Tres o cuatro días después, el estado de Letty, que tosía, respiraba con dificultad y tenía accesos de fiebre, alarmó a Dolly, que a pesar de la oposición de Letty llamó al médico de la casa.

El facultativo, que era un anciano de Caracas, hábil y práctico, conoció inmediatamente la gravedad del mal, y aun le indicó a Dolly que parecía originado por una afección moral profunda, lo que dejó a la pobre madre toda confusa y alarmada, sin saber cómo explicarse tanta desventura, ni cómo averiguar la causa para cumplir las prescripciones del médico, una vez que Letty negaba todo padecimiento moral.

¿Era por la muerte de su padre? A juzgar por su propio dolor, no lo creía. Era por la ausencia de Corbera? No era posible, y Dolly se dió a meditar en la vida de su hija, en su retraimiento y tristeza, y en su empeño de abandonar el pueblo; pero, por más que meditó y la interrogó, nada pudo poner en claro.

VI

El Coronel Larrea sorprendió una noche la guarnición del pueblo, ya reducida y débil, y ocupó la plaza, casi sin derramamiento de sangre.

Su conducta fué tan humana y liberal que le granjeó el afecto y el respeto de todos los

habitantes, los cuales, de suyo pacíficos y laboriosos, no aspiraban sino a obtener garantías para dedicarse a sus labores.

Garriga sabía ya lo cierto respecto de la ausencia de Gabriel Corbera, y supo con sorpresa que Letty Somers estaba en el lecho gravemente enferma y sin esperanzas ya de salvación.

El amor y la admiración que le había inspirado Letty Somers eran sin duda muy sinceros cuando ni en medio de la larga y azarosa campaña había podido olvidarla un momento.

La noticia de su grave enfermedad lo conmovió profundamente y le arrebató todas las alegrías del triunfo; y, preocupado y triste, ya no pensó sino en volverla a ver.

Imaginaos, amigos míos, cuál no sería la sorpresa de Dolly cuando Antonio Garriga fué á visitarla, y con aquella delicada finura que conocisteis en él le suplicó le dejase saludar a Letty, de quien era antiguo amigo.

Dolly vaciló al principio e intentó excusarse con la gravedad de su hija; pero la insistencia fina y respetuosa de Garriga, su posición, y la circunstancia, que ella no ignoraba, de haber sido el salvador de Corbera, y sobre todo, la pícara curiosidad de madre y de mujer, la resolvieron a introducir a Garriga.

Letty lanzó un grito al verle. Garriga se acercó cariñosa y respetuosamente.

—Letty, querida Letty, le dijo, soy yo, su amigo Garriga, que he deseado verla para saludarla.

Letty suspiró, y ahogando un sollozo, le tendió la mano, ardiente por la fiebre.

—Gracias por su bondad, señor Garriga, contestó Letty, ¿qué placer puede haber en saludar a los moribundos?

Garriga no pudo contenerse, y a la dulce voz de Letty, comprendiéndolo todo, se arrodilló al pié del lecho y dejó correr sus lágrimas.

Dolly estaba llena de asombro; y conmovida a su vez lloró también, penetrando la grandeza del sacrificio de su hija.

—Señor Garriga, dijo Letty, perdóneme usted el mal que haya podido hacerle. El mío no ha sido menos grande.

—Perdonarla? respondió Garriga, ¿perdonar tanta virtud y grandeza? ¿Acaso yo no he comprendido el corazón de usted? Desgraciado de mí que perdí tan gran tesoro!

—Señor Garriga, dijo Dolly, perdóneme usted. Ya la ha visto usted. Su estado es grave y necesita reposo.

—Tiene usted razón, señora; sé que abuso de su bondad.

Y sin poder pronunciar palabra, aquel gran corazón estrechó la mano de Letty, besóla con respeto, y volviendo el rostro como herido por la mirada calenturienta de la enferma, dió la mano a Dolly y se alejó triste y pausadamente.

—Hija mía, hija de mi alma, exclamó Dolly, ¿por qué no me abriste tu corazón? . . .

—Madre mía, ¿usted cree que obtendré el perdón de Dios, que Dios no me castigará?

—¿Castigarte, hija? ¿y por qué?

—Porque yo he pecado, madre mía; porque mi pensamiento no se ha apartado de ese amor fatal; y aun en el altar, cuando juraba mi fe, la imagen de Garriga no se apartaba de mi pensamiento; siempre a mi vista, siempre ahogándome el corazón, y siempre con mayor fuerza, mientras más imposible me era consagrarle mi amor. ¿Me perdonará Dios, madre mía? Yo he combatido tánto!

—Letty, hija mía, ¿por qué no has de vivir para tu madre? Dios te ama y te perdona como yo! Tú no has sido sino una pobre mártir del deber.

Y aquellas dos mujeres permanecieron largo tiempo abrazadas y confundiendo sus lágrimas.

Tan fuertes emociones agravaron el mal de la pobre joven, y por la noche recibía los auxilios espirituales.

Dos días después, Antonio oraba y lloraba sobre la tumba de Letty Somers.

EL ESCULTOR MARLIANI

—

—Lo que digo a ustedes comprueba que si es cierto que ningún crimen queda sin castigo, no todos llegan a conocimiento de la justicia humana, sentó Mr. Cremieux con voz sombría.

—Pero lo que usted cuenta es tan singular que se hace difícil creerlo, objetó la Condesa de Lucy con un estremecimiento nervioso . . . ¡y consentir en eso! ¡y no sorprenderlo nadie! . . .

—Señora, todo depende de las circunstancias y del interés de los individuos.

—Vamos, Mr. Cremieux, cuéntenos usted ese acontecimiento con todos sus pormenores, exclamaron algunos tertulianos de la Condesa, rodando sus asientos hacia Mr. Cremieux.

—No hay dificultad, porque el protagonista ha muerto ya, aun no hace seis meses.

—Seis meses! exclamó la condesa pensativa como tratando de adivinar el nombre del individuo.

—Seis meses, señora Condesa, como que era mi compañero y amigo el célebre escultor Marliani.

—Marliani! aquel terrible corso que parecía haber tomado por modelo a Miguel Angel?

—Sólo que nunca hizo versos; ahí verán ustedes.

—Cuente usted, cuente usted, Mr. Cremieux.

—Es muy sencillo, señores; y la historia de Marliani viene a dar testimonio de que una voluntad enérgica, una pasión avasalladora, como la venganza, puede reemplazar perfectamente la vocación artística.

Luis Lefranc era el verdadero nombre de Marliani, quien, por circunstancias que ustedes comprenderán al fin, cambió el apellido paterno por el materno, que ha hecho tan glorioso.

Por el año de 1850, Luis Lefranc era un simple pintor, discípulo de Eugenio Fromentin. Distinguíase únicamente por la perfección del dibujo y estaba aún dominado por la afición oriental del maestro.

No había por qué creer que llegase a alcanzar la inmortalidad, al menos en el arte a que se había dedicado; pero sus cuadros, que no carecían de mérito, le daban renta suficiente para vivir modestamente.

Por este tiempo Luis Lefranc se enamoró perdidamente de Berta de Vieuville.

—De Berta de Vieuville! exclamó involuntariamente la Condesa, de la Baronesa de Monet!

—Suplico a usted, señora Condesa, y supli-

co a todos que no me interrumpan a fin de no extraviarme en el relato. Decía, pues . . .

—Decía usted que Luis Lefranc se había enamorado perdidamente de Berta de Vieuville.

—Berta era hermosísima; sus grandes ojos negros y aterciopelados, su cabellera rubia, su blancura marmórea ligeramente sonrosada, y la esbeltez y la gracia que la realzaban, volvían loco al pobre Luis Lefranc. Berta no pudo resistir a aquella pasión de artista, y se casaron; pero Berta arrastraba tras sí los corazones, y a poco de estar casada encendió el de Pedro Monet, aquel diputado bonapartista que había de llegar a ser Barón y millonario, en premio de no se sabe qué servicios, o por el favor de Mr. Dupin.

Luis Lefranc no dejaba de comprender la honda impresión que la hermosura y la gracia de su mujer habían hecho en el corazón de Pedro Monet, pero ni Berta parecía prestar atención ninguna a Monet, ni éste le había dado motivo para ningún procedimiento, como que Monet conocía la extraordinaria habilidad de Lefranc en el manejo de las armas, y le temía.

Monet, cada vez más enamorado por efecto de los mismos obstáculos, esperaba, sin duda, ocasión oportuna para alcanzar sus deseos.

Cuando el golpe de Estado de Luis Bonaparte, en medio de tan honda conmoción y del asesinato en masa de grupos del pueblo, Luis Lefranc fué preso en su taller, acusado de promover la resistencia, y enviado a Cayena en una cuerda de criminales.

Luis Lefranc, inocente del crimen que se le imputaba, comprendió al momento cuál era la mano que le hería, y desde que llegó a Cayena se dió a imaginar el medio de vengarse con seguridad y sin ruido, porque él creía que aquella situación no podía durar mucho y pronto se vería en libertad.

El infeliz se engañaba: su martirio duró por largos años, hasta que, caído Napoleón, reclamó su libertad de la Comuna.

Durante aquellos largos años trató en vano de hacer llegar sus cartas a Berta, hasta que ocasionalmente supo que él pasaba por muerto en las barricadas provocadas por el golpe de Estado, y que Berta había casado con Pedro Monet.

Desde aquel día, después de una meditación profunda, Lefranc se aplicó incesantemente al estudio de la escultura, con una pasión que rayaba en delirio.

Una vez libre, pasó a Italia, donde tomó el nombre de Luis Marliani, luégo a Alemania, y por último se trasladó a Francia.

Cuando llegó a París, su fama de escultor era europea. Realista cuanto es posible en la escultura, dejó atrás a Courbet y a sus discípulos, y rivalizó con Dubois Pigalle en la manera de aliar la poesía con la realidad.

Adorador del arte antiguo, sobresalía en el perfil griego y presentaba los contornos con rasgos sencillos que llevaban el sello de la grandiosidad.

Se había dedicado especialmente a los bustos, que embellecía con el estudio concienzudo

de la plástica, al extremo de dar vida a los ojos cincelando el arco de las cejas y los pómulos y las mejillas con magistral finura. Ustedes lo saben tanto como yo, Marliani es una de las glorias del arte.

Cuando Berta leyó su nombre en los periódicos, conmovióse y palideció intensamente.

Hacía tiempo que sospechaba que Luis Lefranc no había muerto.

De sus tres hijos, el mayor, Pedro, que estudió la pintura en Roma, había aparecido muerto de una estocada en una calle, con un papel que decía: "Número uno, muerto en duelo;" el segundo, Luis, que viajaba por Alemania, había sido encontrado cadáver en un bosque de Hamburgo, con una herida de bala en el pecho, y un papel que decía: "Número dos, muerto en duelo."

El nombre y el apellido del escultor y aquellas dos terribles venganzas, junto con la habilidad de Lefranc en el manejo de las armas, dieron a Berta el convencimiento de que su primer marido vivía, y se sintió como enloquecida, temblando por la vida de su tercer hijo, que estaba próximo a llegar de la India.

Guardóse naturalmente de comunicar sus sospechas al Barón Monet, y resolvió ir de incógnito a implorar la piedad de Marliani, para lo cual averiguó la hora más propia.

Pálida y cerrada de negro, marchita ya su hermosura, y quebrantada la faz por el insomnio y el dolor, Berta se dirigió al taller de Marliani, y llamó resueltamente.

Marliani abrió. El desarrollo natural de la edad, las grandes arrugas que el dolor había impreso en su faz, y la larga barba entrecana que bajaba hasta cubrirle el pecho, le habían desfigurado de tal modo, que Berta retrocedió en el primer momento creyendo haberse equivocado.

Marliani la reconoció al punto y palideció profundamente.

—Puede usted entrar, señora Baronesa, dijo con voz trémula y llena de ironía.

Berta no dudó ya, y entró y cayó de rodillas:

—Perdón, murmuró, yo no soy culpable!

—Perdón, señora? y de qué? no es esta la primera vez que nos vemos?

—No, no, Luis! Perdón para mi último hijo, que tampoco es responsable de las faltas de su padre . . . yo lo he comprendido todo.

—Ah! lo comprende usted todo . . . y sin saber de mí, sin tener noticias mías, casó usted con mi enemigo . . .

—Cruel . . . cruel . . . yo te esperé años, yo tuve que creer en mi desgracia en aquellas circunstancias, y estaba sin amparo.

—Hoy tiene usted dos maridos, y supongo que sabrá que las leyes castigan cruelmente al bígamo.

—Oh! calla . . . calla . . . ten piedad de mí . . . ten piedad de mi hijo!

—Y bien, señora; yo dejaré a usted su hijo; pero habrá de prestarse usted a lo que le voy a exigir.

—Todo, todo por la vida de mi hijo; manda, ¿qué quieres? tú, sólo tú tienes derecho sobre mí.

—Y bien! yo sé que usted guardará silencio, porque tengo en mi poder nuestra partida de matrimonio . . . no lo olvide!

—Dios mío . . . ¿y qué es lo que quieres?

—Quiero que haga usted que el Barón Monet me llame para hacerle su busto. Ya sabe usted que no hay hoy quien no anhele tener un busto cincelado por mí.

—No, un crimen, y yo cómplice de un crimen . . . no . . . no.

—¿Por ventura, señora, no es un crimen la bigamía?

—Oh! me insultas . . . murmuró la pobre mujer retorciéndose los brazos; yo no merezco que me trates así!

—Y usted no me supone capaz de un crimen?

—Y qué quieres, pues?

—Quiero humillarlo y quiero tener su busto para maldecirlo hasta mi última hora!

—Dios mío!

—Garantizo a usted más: no llevaré puñal, ni revólver, ni arma ninguna, sino los utensilios de mi profesión.

Berta miró fijamente a aquel hombre terrible que la trataba como un extraño, y luégo exclamó:

—Y mi hijo, mi pobre hijo!

—El hijo de usted vivirá, señora; es cuanto puedo hacer por usted.

Al día siguiente el Barón Monet mandó a llamar a Marliani para que le hiciese el busto.

Marliani acudió con todo lo necesario para la primera obra.

Al ver al Barón brilló en sus ojos un relámpago de ira.

El Barón estaba ya bastante gastado, flaco y cargado de espaldas.

—Vamos, señor escultor, dijo con aire de indiferencia; mi mujer quiere que haga usted mi busto.

—Y he traído todo lo que puede necesitarse en la principal tarea; pero le advierto, señor Barón, que debe permanecer sin hacer el menor movimiento, porque de otro modo no quedaría él bien y mi reputación sufriría.

—Ese es asunto de usted, contestó el Barón, sentándose en un sillón; ¿le parece que estoy bien así?

—Si el señor Barón lo permite, lo más conveniente es practicar la manera romana.

—¿Y cuál es ella?

—Atarle al sillón de modo que no haga usted el menor movimiento.

—¿Y qué dificultad hay en eso? Puede usted hacerlo.

—Bien, señor, tampoco debe abrir los ojos para que no se le dañen, pues practico un procedimiento sólo mío, del cual proviene la maravillosa exactitud de mis bustos.

—Convenido.

Marliani ató al Barón al sillón; y una vez atado, contemplóle atentamente con mirada en

que relampagueaba el odio, tomó la pasta de yeso, y le dijo:

—¿Nunca ha tenido usted noticias de Luis Lefranc, el marido de su mujer?

El infeliz Barón, lleno de espanto y sin poder pronunciar palabra, fijó la vista en Marliani, y se estremeció con angustia considerándose ya en la agonía.

Marliani comenzó a aplicarle al rostro la capa de yeso que debía tomar sus formas y que se iba secando a medida que el escultor la hacía más espesa y la apretaba; y en vano el Barón se debatía ahogándose.

—Piense, le decía Marliani, en su crimen y en los horrendos sufrimientos de su víctima. Duraron largos años, duran aún, y no un momento como la agonía de usted.

Pronto el Barón Monet quedó inmóvil: había muerto.

Marliani tomó la mascarilla, quitó las cuerdas al cadáver, y se introdujo en la alcoba de Berta:

—Señora, le dijo, ya sabe usted que el Barón Monet ha muerto de repente, y que usted me ha llamado para sacar su mascarilla. Tómela!

Berta lanzó un grito, pálida de terror, y cayó sobre una silla.

Días después Marliani dejaba a París y se establecía en Roma.

—Mr. Cremieux, exclamó la Condesa de Lucy, esa historia es verdaderamente horrible!

—Pero auténtica, señora Condesa.

Los demás tertulianos miraron con extrañeza a Mr. Cremieux, como si sospechasen que él y no Marliani había sido el protagonista del drama.

HOJAS DE MIRTO

I

Al general Rafael Vicente Valdés.

Un día viste en mi aposento algunas hojas secas de mirto, dentro de una relojera curiosamente trabajada con ópalos y caracoles, y me preguntaste lo que ello significaba.

Te respondí que la relojera, hecha en Maracaibo, no tenía relación ninguna con las hojas de mirto y me había sido regalada por uno de mis amigos de la infancia; pero que las hojas de mirto encerraban una historia muy triste que con toda su sencillez te narraría más tarde.

Te cumplo hoy la promesa que te hice aquel día.

Escucha, pues, la historia de las hojas de mirto.

II

Años pasados tenía yo la costumbre de dirigirme a las seis de la mañana hacia las vertientes del Anauco, buscando, más que placer y solaz para el espíritu, alivio a mi salud quebrantada.

Entre las esquinas del Cerrito del Diablo y del Platanal, casi aislada, triste, silenciosa, elevábase una pequeña casa de dos pisos, cuyas ventanas y puerta estaban siempre herméticamente cerradas.

Sea por esta última circunstancia o porque la soledad de la calle fuese más propia para despertar las facultades del espíritu que la simple curiosidad del observador, es lo cierto que aquella casa jamás me hubiera llamado la atención sin un incidente demasiado pueril para cualquiera que no tenga la costumbre de buscar la causa de los más pequeños acontecimientos.

Una de esas mañanas, silenciosas y melancólicas, en que parece que la naturaleza duerme, en que no se oye ningún ruido que turbe su augusta majestad, ni el rumor de las hojas que caen secas en el verano, ni el suspiro del viento que a las veces las agita blandamente, tomé, como lo tenía de costumbre, el camino de Anauco.

Al pasar por debajo de la casa de dos pisos, sentí que algo caía sobre mi sombrero de fieltro, y alcé la cabeza sorprendido.

En uno de los balcones, cuyas hojas esta-

ban entreabiertas, había una maceta de mucho gusto, con una mata de mirto cubierta de bellísimas flores como de copos de nieve. Pero en aquel balcón no se veía ni la sombra de un sér humano.

Quitéme entonces el sombrero y hallé sobre sus alas algunos pétalos de flor de mirto, hermosos y frescos, coronados de gotas de agua como perlas de rocío.

Aquellas gotas de agua indicaban que los pétalos habían caído al ser regadas las flores por alguna persona . . .

Era evidente, pues, que la casa estaba habitada.

Pero, ¿había sido casual o intencional la caída de aquellos pétalos de mirto? ¿Quién habitaba aquella casa, siempre cerrada, con ventanas cubiertas de polvo, en calle tan solitaria y tan triste? ¿Cómo, en tanto tiempo, no había podido observar yo que aquella casa estaba habitada? ¿Eran nuevos los inquilinos, o vivían en ella de tiempo atrás, en absoluto retiro?

El polvo inalterable que cubría las hojas de las ventanas parecía revelar esto último, y la maceta de mirto, de esa flor bellísima que la poesía ha regalado al amor, que los que la habitaban vivían felices en el cielo de las ilusiones.

Pero esperé en vano algún tiempo; y convencido al fin de que aquel día no lograría ver más, seguí mi ruta, guardando por un sentimiento extraño, que inútilmente trataría de explicar, aquellos pálidos pétalos de mirto que habían despertado mi curiosidad.

III

A los pocos días, cansado de observar y de no ver más que la mata florida, la puerta cerrada y las ventanas cubiertas de polvo; impaciente, curioso, me resolví a llamar con el respeto que imponen siempre al hombre las situaciones excepcionales:

El primer golpe que dí en la puerta resonó seco y triste, dilatándose en el profundo silencio de aquella soledad; pero ninguna voz humana, ningún ruido me contestó.

Llamé segunda vez: y preparábame a llamar de nuevo, cuando escuché pasos cansados en el interior del zaguán, la cerradura rechinó desapaciblemente, abrióse la puerta, y apareció luégo a mi vista, en vez de una púdica doncella o de un adusto guardián, una anciana de cabellos blancos y amable semblante:

—Perdóneme usted, le dije, ¿no sería indiscreto preguntarle quién vive en esta casa?

—Por qué?, me contestó; en ella vive un joven que padece una grave enfermedad, y al cual acompaño y asisto hace mucho tiempo.

—Entonces tenga usted la bondad de decirle que un caballero suplica verle.

—Ah! desea usted verle? Acaso es usted médico, pero su enfermedad no es de las que se pueden curar.

—No, no soy médico, pero bien pudiera darle algún alivio.

—Pobre joven! hace tánto tiempo que vive aquí, sin que nadie venga a verle!

—¡Es posible! le interrumpí; ¿y no tendrá él inconveniente en recibirme?

—Quién sabe! Permítame usted un instante.

IV

Yo había hecho todo aquello maquinalmente, sin premeditación, impulsado por el pecado de la curiosidad; así fué que cuando la anciana regresó invitándome a entrar, y cuando ya subía los últimos tramos de la escalera, me encontraba algo perplejo sin saber cómo justificar mi visita, qué decirle a aquel joven, y sobre todo, cómo arrancarle el secreto de su dolor y de su aislamiento, cómo conocer el significado de aquella mata de mirto que parecía representar algún papel importante en la historia de sus padecimientos.

Cuando entré a la sala dirigí una rápida mirada a mi alrededor.

Los muebles eran modestos: y al lado de un lecho, en un sillón, con los pies colocados en una silla, pálido, flaco, triste, se veía a un joven de dulce semblante, envuelto en una capa de paño, con chinelas de estambre y gorro bordado en oro.

Sus ojos y su semblante manifestaban el asombro que mi visita le causaba; y, sin embargo, me saludó con ademán lleno de nobleza y me invitó a sentarme a su lado.

—¿A quien tengo la honra de recibir? me preguntó con dulzura.

Le dí mi nombre, devolviéndole sus atenciones.

—Dispénseme usted, me dijo después de un momento de reflexión; pero yo no recuerdo haberlo conocido nunca.

Había tan caballerosa franqueza, tanta calma y finura en las maneras y el acento de aquel joven que, lejos de ofenderme, me sentí arrastrado por la simpatía e indeciso respecto a lo que debía contestarle.

—Así es la verdad, le respondí al fin; pero usted debe perdonarme mi visita en gracia del sentimiento que me ha impulsado a conocerle.

—¿Y a qué debo la bondad de verle a mi lado, caballero?

—Seré franco, le contesté; la mentira me repugna, porque es el crimen de la palabra.

—Hable usted con toda confianza.

Y mi interlocutor tosió débilmente, tratando con suma dificultad de incorporarse en el sillón.

Yo le narré sucintamente todo lo que me había pasado, mis impresiones y mi disculpable curiosidad.

Me escuchó con calma, y luégo me tendió la mano y estrechó la mía con cariño.

—¡Son tan raros, me dijo, los hombres de corazón! Imperan de tal modo en el mundo la falsedad, el engaño y el vil interés, que el alma se siente aliviada de un grave peso cuando por fortuna tropieza con algún corazón generoso.

Le dí las gracias conmovido porque en aquellas sencillas frases y tras de aquella dulzura gla-

cial de quien juzgaba a los hombres como si no tuviera ya nada de común con ellos, comprendí un dolor inmenso y una resignación sublime.

—Usted debe haber sufrido mucho, le dije, si he de juzgar por sus palabras.

—Algo, me contestó; pero después de la tempestad viene la calma; y ya usted ve, aunque me siento morir lentamente, vivo tranquilo, sin otro amor ni otro cuidado que esas flores de mirto que no son capaces de hacerle mal a nadie.

—Y que sin duda tienen parte en la historia de sus sufrimientos, ¿no es verdad?

—No se engaña usted, amigo mío; pero, ¿a qué narrarle a usted esa historia? Son cosas que pasan todos los días. Es la obra de la naturaleza, la obra de la lucha del mal y del bien. Cuando el mal tiene más poder para sobreponerse, el bien sucumbe. ¿Qué quiere usted? Así está hecho el mundo.

—Pero detrás de todo eso, repuse, está Dios, que premia o castiga: está la santa obra de la Justicia Divina.

—Es verdad; mas con todo, ¡duda úno tántas veces! Mire usted, yo lo tenía todo para la felicidad: bienestar, posición social, todo lo que se puede tener en nuestro país; y ninguno ha podido ser más desgraciado, porque todo eso lo hizo inútil la fatalidad; y ya usted me vé, aislado, triste, presa de una enfermedad inexorable que me va consumiendo paso a paso.

—Pero la causa de todo eso . . .

—Se la diré a usted en dos palabras, me interrumpió con un suspiro; yo nací fatalmente

predestinado, con un carácter soñador, con un corazón ardiente, con una voluntad tenaz e imperiosa; desde muy temprano me enamoré, y me enamoré como únicamente pudiera haberlo hecho, con pasión, con locura, y tanto más cuanto la que así me había impresionado era hermosísima, dulce, llena de virtudes y de abnegación.

Se detuvo breve instante para tomar aliento, y yo permanecí silencioso, observando que aquellos recuerdos le mortificaban.

—¡Qué lucha! exclamó de improviso pasándose la mano por la frente, ¡qué horrible lucha durante seis años! ¡Y cuánto no debió sufrir la desdichada! Su padre era un hombre imperioso e intransigente, de inteligencia escasa, de corazón duro: aunque yo era más rico que él, mi riqueza no le satisfacía; y la divergencia de opiniones políticas era a sus ojos un crimen imperdonable. La calumnia con todo lo malo que se puede inventar, llovía sobre mí, y la vida de la infeliz era un martirio. Creí conveniente alejarme de Caracas, únicamente por ella, y lo llevé a efecto. Pero, mientras tanto, cayó gravemente enferma, lo supe, y volé aun sin saber a qué, pero cuando llegué ya era tarde . . . había muerto. No sé qué fué de mí durante mucho tiempo; recuerdo sólo que un día me entregaron ese mirto y un papel que no contenía más que dos líneas: me decía adiós y me mandaba esas flores, en las que, según decía ella, viviría su espíritu para acompañarme; y luégo, me suplicaba que no la olvidase, como si eso fuera posible.

Revelaba un gran dolor el semblante, cada vez más pálido, de aquel joven; la voz le temblaba y los ojos le brillaban con fuego concentrado, calenturiento.

Yo le escuchaba sin proferir palabra, porque hay dolores tan grandes, que imponen imperiosamente el silencio y el respeto.

—Desde entonces, prosiguió luégo algo repuesto de la honda impresión que había experimentado con aquel recuerdo, desde entonces yo me siento morir lentamente, sin pena, porque sufro en mi alma un gran disgusto por la vida. Por las noches, cuando duermo, es cuando me siento vivir, porque la veo que viene hacia mí, envuelta en un manto vaporoso de luz y me sonríe, y me habla al oído, y estrecha mi mano, y me dá el beso de amor en la frente. De día contemplo esas flores pálidas y las riego, y las cuido y tengo mi vida en ellas como si ellas guardasen su alma. Cuando yo muera morirán también, porque su espíritu se habrá reunido con el mío.

Había tánta gravedad en sus palabras, tánta fé en aquella creencia, que comprendí que el amor, el dolor, la soledad y la desgracia habían concedido a aquel infeliz las compensaciones de una superstición consoladora.

Cambié aún algunas palabras con él, le dí las gracias por su atención, le ofrecí sinceramente mi amistad, y le prometí ir con frecuencia a visitarle.

Luégo me alejé con una tristeza profunda; y aquel día y los siguientes estuve de malísimo

humor, sin resolverme a volver, por un sentimiento inexplicable de pena y de simpatía, como si creyese haber cometido un crimen arrancándole los secretos de su alma.

V

Cuando algún tiempo después volví, la casa estaba solitaria, abierta de par en par.

Era evidente que el joven había muerto, porque la maceta de mirto estaba allí, en un rincón, y las flores y las hojas, marchitas, secas, enteramente secas, como si hubiese ya muchos días que no recibían el calor del sol ni el riego de aquella mano cariñosa.

Pero, ¿cuándo había muerto? ¿Por qué extraño capricho no había pensado yo más antes en ir? Probablemente el infeliz creyó que yo no había vuelto a acordarme de él.

En la pared cerca del lugar en que yo lo había visto, leí estas palabras escritas con lápiz:

"Los cielos se abren para recibirnos."

Tomé algunas hojas de aquel mirto marchito, y me alejé fuertemente impresionado.

VI

Tú, que eres hombre de corazón, comprenderás ahora por qué guardo con tánto cariño aquellas hojas secas de mirto.

1873.

EL SELLO MALDITO

I

Cuando yo salía de la casa de Joram Hubert, tambaleaba como un ebrio, loco de dolor, de soberbia y de vergüenza, sintiéndome herido en lo más vivo de mi orgullo. ¡Infame yankee! ¡Con que yo no podía casarme con Edwina, con que él no podía darme su hija en matrimonio, porque yo no era más que un pelagatos, un hombre que no tenía sobre qué caerse muerto! . . . Pelagatos! ¡Yo, Reinaldo Castro, un pelagatos!

Aquella palabra era una serpiente que me mordía en el corazón.

Desgraciados los que se dejan seducir y embriagar por el vino de las pasiones! Mi orgullo, rebelado como el ángel de la leyenda, se había

sobrepuesto a todo y me retorcía el corazón impulsándome a la venganza.

Olvidé á Edwina, olvidé mi amor, lo olvidé todo; y no anhelaba más que oro y oro para insultar con mi fausto y mi pompa la fatal ambición de aquel viejo Joram Hubert, cuyas palabras serpenteaban a mi vista en el espacio como lenguas de fuego.

Pelagatos! . . .

En el delirio de mi dolor, caminando a la ventura, me encontré fuera de la ciudad, en la soledad de los campos, y me senté desesperado sobre una peña, a orillas del río, y oculté mi rostro entre las manos.

El sol caía; y la majestuosa soledad de aquellos campos, el silencio interrumpido por las aguas del río y por el viento de la tarde que agitando suavemente las hojas de los árboles venía a refrescar poco a poco mis sienes, reanimaron mi pensamiento haciéndome ver mi verdadera situación; y lloré con amargura.

Pero mi alivio fué pasajero porque mi dolor era muy grande; y arrastrado al fin por la vehemente ambición que el orgullo había despertado en mi alma, pensé en Satanás.

Yo sabía que Pedro el Venerable y el prior Guillermo Edeline, habían declarado haberle visto; sabía que muchas mujeres se habían acusado de haberle tenido por amante, y que el mariscal de Trivulce murió de terror combatiendo espada en mano con los diablos que llenaban su aposento, y que sólo el veía; pero yo no había podido creer nunca en Satanás. Locos, locos,

¿dónde está Satanás? Y mis lágrimas corrieron de nuevo y quedé sumido en profundo estupor. De improviso sentí dos ligeros golpes en mis espaldas; y me incorporé lleno de asombro, porque no había sentido el menor ruido cerca de mí.

En mi presencia estaba un hombre vestido de negro, de pequeña estatura, muy bien formado, muy hermoso; pero extremadamente pálido, con una mirada que me fascinaba, y desplegando una sonrisa de benevolencia. Desvié mi vista de la suya y permanecí inmóvil, clavado, sin acertar a pronunciar una palabra, y sintiendo algo como un escalofrío por todo mi cuerpo.

Aquella situación era muy extraña para mí, porque no alcanzaba a comprenderla.

El hombre vestido de negro se sonrió de una manera visible, y me dijo con mucha finura:

—Lo he visto a usted llorando, y puedo jurarle que en mi vida he visto lágrimas más puras y hermosas. Usted tiene un verdadero tesoro.

—Cómo? . . . exclamé con terror.

—Digo que usted tiene un tesoro en esas lágrimas, y estoy dispuesto a comprárselas. ¿Qué necesita usted? ¿qué desea?

—Oro, oro, mucho oro, murmuré sin saber lo que decía.

—Pues si no es más que eso, me dijo, yo le daré lo que quiera. ¿Quiere usted la mandrágora, el escudo del ladrón, la bolsa de Fortunatus y de Pedro Schlemihl?

—Mentira! exclamé chocando diente con dien-

te, esos son cuentos fantásticos, delirios de imaginaciones enfermas . . .

Y alcé la vista para ver a aquel hombre que me parecía un loco extraño a pesar del terror que me poseía, pero tuve que desviarla prontamente porque era imposible sostener aquella mirada, y sentía que la cabeza se me perdía en un caos y el corazón me temblaba, y mis piernas flaqueaban como si el frío de la muerte me invadiese ya.

—Mi querido señor, me dijo el hombre vestido de negro, eso nada tiene de maravilloso; son cosas muy naturales obtenidas por medio de la ciencia. Espero que usted se digne hacer el negocio que le propongo.

Y sacando del bolsillo de su frac una pequeña bolsa de cuero negro, me agregó:

—¿Me permitirá usted tomar sus lágrimas y aceptar este pequeño obsequio?

—¿Y no quiere usted más nada?

—Más nada.

Le arrebaté la bolsa con un movimiento maquinal, súbito, increíble en el estado de postración en que me encontraba; y él se me acercó, puso un dedo de su mano izquierda en mi frente, pasó rápidamente la diestra por delante de mis ojos, como si cogiera algo volátil, aéreo, un insecto, un gas, qué sé yo, y caí desmayado sintiendo una conmoción mortal en todo mi sér. Cuando volví en mí, el hombre había desaparecido; pero de la bolsa mágica sacaba yo con una impresión desconocida de gozo y de espanto

puñados de oro, cuyo sonido al caer en la arena me estremecía.

Yo estaba como trastornado. El corazon me latía con violencia; la sangre se me subía ardiendo a la frente y mis extremidades estaban heladas. ¿Era un sueño? Me palpaba y me sentía vivir. ¿Era mío todo aquel oro? ¿Mía la bolsa encantada? Yo la tenía en mis manos, y de ella sacaba piezas relucientes del oro más puro, de todas formas y tamaños.

Ah! mis sueños se realizaban; podía ya castigar las viles pasiones y el insulto audaz de Joram Hubert.

Como sucede con todas las pasiones violentas, aquella pasión del orgullo, apoderándose fatalmente de mi corazón y de mi mente, había ahogado en mi alma todo otro sentimiento, todo otro anhelo que el de humillar al hombre que me había herido en el alma.

Lleno de satánico gozo tomé el camino de la ciudad y me dirigí a la casa de Joram Hubert.

La noche era oscura, y el reloj de la catedral y las campanas de los demás templos daban lenta y tristemente las nueve de la noche. Uno que otro transeúnte atravesaba las calles silenciosas.

Cuando llegué a las puertas de la casa de Joram Hubert, que estaba abierta, penetré resueltamente hasta la sala de recibo.

Joram Hubert estaba solo en ella, en un sillón, al lado de una mesa en la cual ardía una lámpara, y leyendo en un enorme libraco que descansaba en sus rodillas.

Parecía un viejo rabino, escapado de la hoguera, comentando el Talmud.

Al sentir mis pasos, levantó la cabeza y suspendiéndose los anteojos se quedó viéndome con asombro y disgusto.

En aquella mirada me pareció leer distintamente estas atroces palabras:

—Eh! eh! ¡aquí está otra vez el pelagatos!

Y me sonreí con malignidad.

—Toma, le dije, tú has querido oro, toma, come oro, bebe oro, hártate de oro!

Y vacié mis bolsillos; y saqué, saqué oro de aquella bolsa mágica hasta formar pilones inmensos; y luégo, terrible, porque me había ido irritando por grados, lancé una carcajada pavorosa y dí un soberbio puntapié a uno de aquellos pilones de oro, cuyas monedas se elevaron y cayeron rodando con un ruido siniestro.

Joram Hubert me miraba lleno de espanto y de terror, acurrucado en el sillón, con los ojos salientes, la lengua afuera y el semblante cadavérico.

Edwina salió corriendo al estrépito de las monedas; pero al verme se detuvo, se asió a la cruz de oro que pendía de su cuello, y lanzó un grito agudo, exclamando con voz ahogada:

—Huye! huye! ¡estás maldito, maldito! Oh! la frente!

Y cayó de rodillas.

Volví los ojos a un espejo que me quedaba cercano, y me estremecí y huí despavorido.

Había visto mi semblante intensamente pálido, y en mi frente, en el lugar en que el hom-

bre vestido de negro me había tocado, lucía una pequeñísima estrella que despedía rayos fatídicos.

¡Horrible noche de terror! horrible! horrible!

II

Pasé aquella noche víctima de impresiones mortales, incorporándome sobresaltado a cada instante, desvelado, necesitando llorar para desahogar mi pecho de un dolor sobrehumano, y sin encontrar una sola lágrima en mis ojos. Al fin lució la aurora. ¿Era una pesadilla fatal todo lo que me había acontecido?

El espejo me dejaba ver mi rostro cadavérico; y en mi frente, en la cual no brillaba ya aquella luz fatal, advertí con terror una estrella negra, como un lunar imperceptible. La toqué, la froté, y al frotarla, observé que despedía chispas luminosas. Me cogí la cabeza con desesperación, grité, me exalté, y observé que con mi exaltación crecía el brillo de aquel sello fatal.

¡Y no podía llorar!

—Es decir, exclamé frenético, que Satanás existe!

Y cogí la Biblia para buscar aquella caída de los ángeles, que yo nunca había leído ni alcanzaba a comprender.

El Génesis no decía ni una sola palabra de esa falsa rebelión ni de caída de los ángeles.

La Biblia sólo llama ángeles a los enviados de Dios, y el salmista dice: "Señor! tú haces tus ángeles de las tempestades y tus ministros de los fuegos rápidos."

E Isaías: "¿Cómo caíste despeñada al suelo, estrella luminosa de la mañana?"

Y el mismo Jesucristo: "Yo he visto a Satanás caer del cielo como el rayo."

¿Es decir que Satanás es una fuerza de la naturaleza, un enviado de Dios, una luz, un fluído, la electricidad, el fósforo, que obra sobre el hombre sirviendo a los fines inescrutables de Dios?

La Biblia no me decía más, y recurrí a la ciencia; y la ciencia y todos los hombres de la ciencia me gritaron que era impía, blasfema, sacrílega esa monstruosa personificación del espíritu del mal, que han creado los ignorantes y que ha dado tantas armas a los enemigos de la religión del Crucificado.

Y un sabio, uno de los sacerdotes de las ciencias ocultas, Eliphas Lévy, me dijo al oído:

—"No creas en esa personificación del espíritu del mal. No creas en ese ángel bastante altivo para juzgarse Dios, bastante valeroso para comprar la independencia al precio de una eternidad de suplicios, bastante bello para haber podido adorarse en plena luz divina, en presencia de la belleza infinita de Dios; bastante fuerte para reinar todavía en medio de las tinieblas y del dolor, y para hacerse un trono de su inextinguible hoguera.

"No creas en ese supuesto héroe de las

eternidades tenebrosas, calumniado de fealdad, disfrazado con cuernos y garras.

"No creas en ese rey del mal, como si el mal fuese un reino!

"En ese diablo más inteligente que los hombres de talento, que temen sus decepciones.

"En esa luz negra, en esas tinieblas que ven. En ese poder que Dios no ha querido, y que una criatura caída no ha podido crear.

"En ese príncipe de la anarquía servido por una gerarquía de espíritus puros.

"En ese maldito de Dios, que, como está Dios en la tierra, en todas partes estaría, y más visible, más presente al mayor número, mejor servido que Dios mismo.

"En ese vencido al cual daría sus hijos el vencedor para que los devorase.

"En ese artesano de los pecados de la carne para quien la carne no es nada, y que por consecuencia no sabría ser nada para la carne si no se le supusiese creador y dueño de ella como Dios. En esa inmensa mentira realizada, personificada, eterna!

"En esa muerte que no puede morir!

"En esa blasfemia que el verbo de Dios no haría callar.

"En ese envenenador de las almas que Dios toleraría por una contradicción de su poder, y que conservaría entre los instrumentos de su reino, como los emperadores romanos habían conservado a Locusta!

"En ese supliciado siempre vivo para maldecir a su juez y para tener razón en contra de él, supuesto que jamás habrá de arrepentirse.

"En ese monstruo aceptado como verdugo por la Omnipotencia divina, y que, según la expresión de un antiguo escritor católico, puede llamar a Dios el Dios del Diablo, presentándose a sí mismo como el Diablo de Dios!

"Oh! ¡quitadnos ese fantasma irreligioso que calumnia la religión, ese ídolo que nos oculta a nuestro Salvador! ¡Abajo el tirano de la mentira! ¡Abajo el Dios negro de los maniqueos! ¡Abajo el Arimanes de los antiguos idólatras! ¡Viva Dios único y su Verbo encarnado Jesucristo, el Salvador del mundo, que ha visto a Satanás caer del cielo! y viva María, la madre divina, que holló la cabeza de la serpiente infernal!"

La voz del sabio llegó a mi corazón y me sentí más tranquilo; pero recordé los acontecimientos de aquella noche fatal, y me estremecí, y creí escuchar a mis espaldas una carcajada burlona.

Me volví lleno de terror, pero no había nadie. Sin duda yo deliraba. Busqué la bolsa, allí estaba. Me ví en el espejo: la estrella estaba en mi frente. Quise llorar, y no pude, y permanecí como aletargado mucho tiempo!

III

La fama de mi riqueza se había extendido por toda la ciudad y era el tema obligado de todas las conversaciones, bien que yo fuese muy lar-

go en dádivas, porque tenía la vanidad y el egoísmo de mi fortuna.

Mi palacio, de mármol pario y oro, era la admiración de los curiosos y había sido levantado con una rapidez extraordinaria.

Aquella fachada de delicados encajes, con pilastras que al tocarlas resonaban como vasos de cristal, era el asombro de los mismos arquitectos que la habían fabricado.

El oro, las perlas, los brillantes, los brocados, las maderas más esquisitas, los frescos más admirables, los más bellos surtidores de diamante, las flores más raras, los pájaros más vistosos, hacían de aquel palacio una maravilla; pero sobre todo el oro, el oro maldito estaba por donde quiera, en la techumbre, en el piso, en las paredes y hasta en las velas, pues yo había hecho fabricar éstas con la más rica esperma perla y finísimos polvos de oro.

La pechera y los puños de mi camisa, mi chaleco, mis zapatos, todo mi traje estaba sembrado de brillantes, más que por ostentación, porque no había encontrado otro medio de neutralizar el efecto de aquella estrella, de aquel sello misterioso, que despedía rayos de luz siempre que perdía la calma, y que hacía que todos me viesen con terror llenando mi alma de inauditos sufrimientos.

Así, con aquel lujo espléndido, las invitaciones llovían sobre mí, por lo cual no me causó extrañeza alguna el recibir una amable esquela de la distinguida señora de X invitándome para un sarao en su casa, aunque, dicho sea de paso,

jamás se había dignado fijar sus hermosos ojos en mi humilde persona antes de que aquel río de oro viniese a darme importancia, celebridad y grandeza.

Sin embargo, nada de esto hacía mi felicidad, pues en medio de mi angustia y mis sobresaltos recordaba con tristeza mi antigua vida tan tranquila, tan llena de compensaciones, mi hogar modesto, mis dulces amores y la paz de mi alma; y quería llorar y no podía, pareciéndome oír entonces la risa burlona del hombre vestido de negro, al cual hubiera querido encontrar de buena gana para deshacer aquel negocio extraño, que me hacía el efecto de una pesadilla insoportable.

IV

Cuando entré a los salones de la señora de X, ya el sarao había principiado.

Las damas más hermosas y los más elegantes caballeros de nuestra sociedad ocupaban aquellos salones, lujosamente amueblados, espléndidos de luz, de aromas y armonías.

Las jóvenes bailaban alegremente, bailaba también la señora de X, y en los sofás y en los mecedores las viejas mamás y las viejas verdes comentaban los trajes, las bellezas y las incidencias que ocurrían entre las parejas.

La señora de X se detuvo al pasar cerca de mí, me saludó cariñosamente y se perdió de nuevo en el torbellino del vals.

Era una joven viuda encantadora, dulcemente simpática, alta, esbelta, de cutis transparente, de labios bellísimos, de poderosos ojos negros que me causaron una impresión muy parecida al amor.

Tomé asiento en un mecedor sin poder apartar los ojos de la hermosa viuda, que me sonreía como si me diese las gracias.

Bailaba con un hombre alto, seco, de largos bigotes, que le hablaba con calor y que de cuando en cuando me dirigía miradas escudriñadoras, y que me hacían palidecer porque en aquel semblante creía yo ver a Joram Hubert, pero Joram Hubert transfigurado, como un cadáver que se hubiese levantado de la tumba.

Aquel hombre estaba enamorado de la viuda, y apenas me hube sentado me convencí de ello; pero oyendo nombrar no lejos de mí a la señora de X apliqué el oído.

Un grupo de jamonas y de mamás se vengaba de las injurias de la edad ejerciendo la chismografía.

—Mira, Clotilde, dijo una de aquellas amables rezagadas, ¡qué escote tan vulgar el de la señora X! ¿No te parece algo como un fantasma que deja ver los huesos?

—Verdad, Antonia, pero lo que es el General está vendado.

—Qué, niña! exclamó una bizca de ojos pequeñitos y escondidos, es que el General está aprendiendo escultura con González y gusta de los modelos. Sin duda quiere cincelar alguna bacante.

En este momento se acercaba la señora de X, conversando graciosamente de brazo con el General.

Las adorables comentadoras callaron, sin duda por prudencia, y al pasar la pareja se oyeron claramente algunas palabras:

—Es posible! decía el General admirado.

—Entrego mi corazón al que me traiga mañana una flor de mayo.

—Pero si estamos en diciembre.

—Es un capricho, General, y para el amor no hay nada imposible, como decía usted, repuso la señora de X riendo con coquetería.

—Qué te parece, Antonia?

—Que el General anda en dos pies por gracia de Dios.

—Y que ella se burla de él ¿no es verdad?

—Pero de úno sé yo a quien no le sería difícil traerle la flor de mayo.

—¿Cómo así? ¿y quién es él?

—Reinaldo Castro.

Me estremecí y presté mayor atención. Tan extraña encontraba aquella ocurrencia.

—¿Y quién es ese Reinaldo Castro? preguntó una nueva interlocutora.

—Jesús, niña, ¿cómo, no le conoces? ¡se dicen tantas cosas de él!

—¿Ese Reinaldo Castro no es el novio de Edwina Hubert?

—¿Y tú no sabes el drama que ha tenido lugar en esa casa?

—Cuenta, cuenta, pico de oro, pues yo sólo sé que el tal Castro es riquísimo, que tiene en

su jardín las flores más raras, y que sin duda se casará con Edwina porque el viejo Joram Hubert fué encontrado muerto en su sillón, sin saberse cómo ni cuándo murió.

—Pues sabe que Edwina ha muerto loca acusándose de haber tenido amores con el diablo.

—¡Ave María purísima! ¿Y se acusa a ese hombre de todo eso?

Yo me levanté estremecido, hondamente impresionado, y con un disgusto supremo que hasta entonces no había experimentado, porque ignoraba la muerte de aquella pobre niña de quien no había vuelto a acordarme, y cuya desgracia había causado involuntariamente; pero al levantarme me encontré frente a frente con el hombre vestido de negro.

Aquella eterna sonrisa se ostentaba en sus labios, y en la mano tenía una flor de mayo hermosísima.

—¡Apártate, le dije, yo no te he pedido flores!

—Pero yo sabía que la necesitabas y te la he traído.

—No la necesito, no la quiero, grité frenético, dame mi tranquilidad, y recobra tu bolsa maldita.

El hombre vestido de negro se echó a reír a carcajadas, y me dijo:

—Mira, el General ha desaparecido; pero todo lo que tu quieras, agregó en voz baja, es muy fácil de obtener si me entregas tu alma.

Me estremecí de horror y dí un grito. La

señora de X y la multitud que me rodeaba huyeron pálidos y trémulos gritando:

—Misericordia, misericordia!

El sello maldito brillaba en mi frente; y arrojando con furia la bolsa mágica al hombre vestido de negro, huí desatentado.

V

Adónde iba yo? Abandonado de todos, rechazado por la sociedad como una planta maldita y perseguido sin tregua por aquel hombre fatal vestido de negro, entré poco a poco en mí y rompiendo con poderosa voluntad las nieblas que ofuscaban mi mente, comprendí la inmensidad de mi infortunio. y mi corazón se llenó de arrepentimiento y de tristeza.

El crimen pone su sello fatal sobre la frente de sus escogidos; y con los ojos de mi espíritu abiertos a la luz de la verdad, veía al fin a Satanás en el hombre poseído del espíritu del mal por la embriaguez brutal de las pasiones, y recordaba aquellas sabias palabras de Jesucristo: "El diablo es mentiroso como su padre."

Incliné la frente, y con los pies descalzos y el báculo del peregrino, tomé resignado y humilde la vía dolorosa de la expiación. Pero el camino, muy largo, trabajoso y sembrado de espinas, me hacía desfallecer; y el hombre vestido de negro me sonreía brindándome sus brazos para sostenerme.

—Te vuelves loco buscando un fantasma, me decía, cuando yo puedo abrirte todos los caminos.

Y después de pasar ríos helados cuyo frío penetraba mis huesos, lagos cubiertos de reptiles que hundían en mi cuerpo su acerado colmillo, arenas abrasadoras que quemaban mis plantas, al encontrar obstruido el camino por una inmensa zarza ganchosa cuyas duras púas se volvían hácia mí cuando quería marchar adelante, me gritó, riendo de una manera satánica:

—No tienes más amigo que yo, y sólo yo puedo salvarte.

Pero yo seguía imperturbable mi camino, viendo desgarrarse mis carnes y correr mi sangre. Ay! hasta cuándo? . . .

Ásperas rocas, inmensos lodazales, médanos profundos fatigaban mis fuerzas; y yo seguía y seguía marchando; pero a medida que marchaba por aquellas soledades, el terreno se hacía más blando, el aire más fresco, la obscuridad menos densa; y cobraba nuevos bríos presintiendo ya cercano el término de mi trabajosa jornada.

Mi corazón no se había engañado.

Claridades celestes que iluminaban el horizonte haciéndose cada vez más vivas anunciaban el esplendor de la luz, y el hombre vestido de negro me veía de cuando en cuando pálido y silencioso.

De en medio de las sombras de aquella larga noche de expiación, vi alzarse el sol esplendoroso iluminando los campos como un globo

de fuego. Los pájaros cantaban, las fuentes corrían mansamente, las flores abrían el cáliz perfumado, y al atavío y al ruido armonioso de la naturaleza vinieron a mezclarse músicas celestes, ruidos sobrenaturales, y el brillo mágico de una visión vaporosa que murmuró a mis oídos:

—Yo también te ví llorando y penetré en tú corazón tendiendo mis alas para protegerte. Sendas escabrosas, espinas implacables, arenas de fuego, hielos mortales, todo ha sido blando para tí porque el amor de la fe no te ha abandonado; Dios te perdona porque tu expiación ha sido larga y dolorosa.

Caí de rodillas y lloré.

Y el hombre vestido de negro, deslumbrado también y conmovido, lanzó un ¡ay! que hizo retemblar las montañas, y huyó con un ruido pavoroso, exclamando con desesperación:

—Ay! ¡si yo pudiera amar y llorar!

Cuando levanté la cabeza me encontré ya solo; pero en mi alma reinaba una tranquilidad celestial que jamás ha vuelto a abandonarme.

1873.

LAS LAVANDERAS NOCTURNAS

—

A mi amigo Juan Ignacio de Armas.

Todos los pueblos del Universo tienen leyendas y supersticiones tan semejantes que la imaginación del hombre se sorprende poderosamente, como si viese algún sello de verdad en el fondo de ellas.

La Goagira tiene también sus lavanderas nocturnas, leyenda que recuerda las tradiciones alemanas.

El indio hipoana es voluntarioso y bravo como el jaguar manchado que asuela las montañas goagiras.

El cacique Caraire (1) era el jefe de la tribu hipoana; y tenía una sobrina, llamada Irúa, hermosa y dulce como la paloma, cuyo nombre llevaba.

---

1 Caraire.—Tigre.

Caraire quería enlazarla con el macuire Jarianare, el más rico y poderoso de todos los indios que habitaban la Goagira; pero Irúa amaba con la pasión del salvaje al gandul Arite, arrogante y valeroso indio, pero que no tenía otra fortuna que la cuchilla que llevaba al cinto y el arco que colgaba de sus hombros.

Así, cuando el gandul Arite pidió la mano de la dulce Irúa, Caraire le contestó secamente con un movimiento de desprecio: *Pia camamuice, tache guacire.* (2)

Arite se retiró silencioso y sombrío, sintiendo en su corazón algo como la mordedura de una serpiente, porque el indio era orgulloso y amaba mucho a Irúa, que por hermosa brillaba entre las vírgenes goagiras como estrella solitaria en medio de un cielo cubierto de nubes.

Desde aquel día su amor fué más violento y desesperado; y empeñó una lucha terrible para decidir a Irúa a que huyese con él a lo más espeso de las montañas Azules; pero Irúa, que no perdía la esperanza de vencer el corazón del indomable Caraire, le exhortaba a tener paciencia y a esperar.

Entre tanto, Caraire, que continuamente llevaba guerra con los indios pusainas y que buscaba un pretexto para alejar a Arite y casar a Irúa, durante su ausencia, con el poderoso macuire Jarianare, propuso al gandul que marchase al combate, y el gandul marchó con la esperanza del botín y de la gloria, para alcanzar la mano

———

2 Tú eres pobre y yo soy rico.

de la dulce Irúa, la paloma blanca que codiciaban los más soberbios caciques.

—Parte, le dijo Irúa, que yo seré fiel a mis juramentos.

Y la india quedó luego solitaria y pensativa, dejando correr sus lágrimas, sentada al pié de una ceiba cuya copa espesa la guardaba de los rayos abrasadores del sol.

A poco, con el oído ejercitado del salvaje, escuchó unos pasos ligeros que se acercaban agitando la *arama* (3) que las caballerías de los gandules habían dejado esparcida en aquel sitio, y vió al fin aparecer a Caraire con el gozo del triunfo retratado en el semblante.

—Irúa, dijo el inflexible cacique, ya no verás más a Arite; cuando llegue la próxima luna brillarán los *areitos* de tu matrimonio con el poderoso cacique Jarianare.

Pero Irúa no escuchaba ya. Sus labios, de continuo rojos como la iguaraya, se habían puesto más blancos que los granos del iroro, y su cuerpo temblaba como si fuera a morirse.

El indio se retiró, grave y altivo; e Irúa cubriéndose el rostro con las faldas de su *tacein* color de rosa dió de nuevo rienda suelta a las lágrimas.

Luégo se levantó resueltamente, enjugóse los ojos, y tomó el camino del caney del piache Pariosa.

Pariosa era visto como el más sabio de los ancianos goagiros. Leía en las estrellas, en los pétalos de las flores, en el agua pura de las

---

3 Paja.

fuentes, y en la gota de rocío que caia desprendida de los árboles.

Irúa besó con veneración la tequiara del anciano, y en seguida le expuso sus temores y sus sufrimientos.

—Hija de Caraire, le dijo el piache, sólo puedo decirte que el gandul Arite no volverá a pisar los atures del indio hipoana. Si muerto tu amante mueres también de dolor, tu espíritu errará por los espacios y estarás condenada a lavar a media noche, en las orillas de la laguna, hasta que encontrando al hombre a quien amas le embriagues con tu amor, y vueles con él a las regiones desconocidas. Hija de Caraire, escoge lo que tu corazón te exija.

La india lloró mucho oyendo las predicciones del piache Pariosa; y luégo se dejó morir de dolor, lentamente, como muere una flor al viento de la noche, porque así, al menos, llevaba la esperanza de confundir su espíritu con el que había llenado de deleites las mejores horas de su vida.

Caraire sintió profundamente a Irúa, la dulce paloma, y le dió sepultura a las orillas de la laguna, con una pompa que recordaba los antiguos tiempos del poderío y la grandeza de los indios.

Pero Arite no había muerto.

Impulsado por el amor que profesaba a Irúa, combatía con heroísmo en medio de aquellos salvajes cuando llegó a sus oídos la noticia de la muerte de la hermosa india.

Arite arrojó sus armas con desprecio, y con

el corazón lleno de dolor y de lágrimas exclamó:

—¿De que me servirían ahora la riqueza y la gloria, si lo que mi corazón me pide es ir a llorar sobre la tumba de Irúa?

Y el indio, solo y desesperanzado, marchó tristemente hacia la tribu hipoana.

Atravesando extensas llanuras, y ya tarde de la noche, que era muy clara, llegó a avistar en la lejanía los atures y cendaguas de los hipoanas, que se levantaban muy cerca de un pequeño lago.

A medida que se acercaba, oía en la soledad y en el silencio de la noche un ruido misterioso y monótono que a pesar suyo le sobrecogía de espanto.

Alzó la vista al cielo y comprendió que era ya la media noche.

Las doce! . . . la hora del sabbat de las brujas y de los fantasmas sepulcrales.

El indio distinguió luego, al resplandor de la luna, un grupo de mujeres con grandes taceines blancos y con los cabellos flotantes; vaporosas, indecisas, batiendo ropa sobre duras peñas a la orilla de la laguna.

Arite se estremeció; pero inmediatamente lanzó un grito de salvaje alegría, porque distinguió a Irúa que llena de gozo corría hacia él.

El indio se detuvo, trémulo y embebecido, e Irúa le estrechó con pasión entre sus brazos y le dió el beso de las deposadas, beso helado que conmoviéndole hasta el fondo del alma, derramó por sus venas el frío de la muerte.

A la mañana siguiente, los indios hipoanas

dieron sepultura al infeliz Arite que había sido encontrado muerto a la orilla de la laguna, cerca de la tumba de Irúa.

Caraire, cuyo carácter se había hecho taciturno y reservado, murió poco tiempo después a manos de los indios cocinas, y dicen que su alma anda errante por las quiebras de la llanura.

1871

TRISTAN CATALETTO

Al Conde Ermanno Stradelli.

I

—¡Ea! ¡Marco Larvato, tabernero de los infiernos! Muévete y tráeme un jarro de ponche espumoso, que como el agua del país de los Ciconios tenga la virtud de petrificarme las entrañas. Anda, querido Larvato, y tráeme también una gran pipa holandesa, que me haga olvidar que estoy en el mundo.

El que así entraba en la taberna de *La Cruz Negra* era un joven de tez pálida, de rostro melancólico que contrastaba con la volubilidad que acusaban sus palabras, y vestido todo de negro.

—Calle usted, señor Ubaldo Cataletto, dijole al oído el tabernero, al poner la pipa y el ponche sobre la mesa a que se había sentado el joven,—calle usted, por vida mía, no sea que al tomar el ponche suceda a su lengua lo que

al palo que introducían en la fuente de Athamantís, que cuenta la leyenda que salía hecho viva ascua; vea que hoy estamos a trece y tenemos malas visitas, añadió luégo guiñando los ojos hacia uno de los extremos de la sala.

—A trece! funesta idea la tuya, Larvato, ave de mal agüero! Verdad es que en día trece, y hoy hace un mes, murió mi padre; pero tal infortunio está resarcido, porque en día trece nació mi hijo, y hoy aunque no está en buena salud, cumple felizmente trece meses.

—Así sea!—dijo Larvato en voz alta, y murmuró al alejarse: no en balde dicen los cabalistas que el número trece es el de la muerte y el nacimiento.

Ubaldo Cataletto llenó el vaso de ponche, encendió la pipa y se arrellanó en dos sillas, no sin ver antes de reojo hacia el rincón que Larvato le había indicado.

En aquel rincón, envueltos en espesa nube de humo, apuraban fermentada y bullidora cerveza dos raros personajes.

Entrambos vestían de negro. El uno, de pequeña estatura y regordete, de rostro malicioso y burlón, tenía ojillos picarescos y vivos que brillaban con mirada extraña que parecía una mezcla de la del basilisco y la de la boa. El otro era alto y flaco, y sus ojos se hallaban ocultos por espesos espejuelos verdes.

El resto del salón estaba desierto, y sólo en el patio inmediato veíase un grupo de hombres que jugaban a los bolos, y gritaban y maldecían como si estuviesen en una feria diabólica.

Por aquella época, en que la religión se hallaba perseguida y combatida, habían revivido todas las prácticas supersticiosas, y con frecuencia se quemaba a los brujos y encantadores, que se decía abundaban en las ciudades y los campos. Los hombres más graves se preocupaban con singulares acontecimientos que, por no encontrarles explicación racional, atribuían a las artes de Satanás.

Días hacía que la ciudad estaba conmovida y atemorizada con muertes súbitas y aparición de fantasmas, de que personas juiciosas certificaban, y la imaginación del pueblo se manifestaba cada vez más excitada e inquieta. Nervioso y pensativo meditaba en tan misteriosa situación Ubaldo Cataletto, a la vez que arrojaba espesas columnas de humo de su pipa holandesa, cuando una estrepitosa carcajada del hombre de la mirada de basilisco atrajo su atención.

A poco percibió distintamente la voz de los interlocutores, y prestó oído, lleno de ansiedad.

—Bien sabe usted, doctor Lanternuto, que así como entierran no poca gente llena de vida, hay por el mundo algunos cadáveres ambulantes que para su locomoción y funciones vitales necesitan del fluido de las personas vivas.

—Sin duda ninguna, maestro; pero mi ciencia no alcanza hasta adivinar quién sea el que trae hoy revuelta y en alarma a esta población.

—Pues es muy fácil saberlo: yo tenía aquí un amigo, hombre de carácter triste y pendenciero, el cual desesperaba de vengarse de un su

enemigo, mucho más fuerte y poderoso que él.

—Y bien?

—El pobre hombre llegó a viejo, contrariado por no poderse vengar del enemigo, que le había arrebatado el afecto y la fidelidad de su esposa.

—¿Y le facilitó usted el medio de vengarse?

—Ha acertado usted: cierto día me le presenté y le propuse un negocio muy sencillo.

—¿Qué le ofreció usted?

—La facultad de introducirse en todas partes y de matar impunemente a quien quisiera.

—¿Y qué le daba él en cambio de tal facultad? ¿Su sombra?

—No.

—¿Su reflejo?

—Tampoco, ¿qué había yo de hacer con su sombra o con su reflejo? ¿Para qué atormentarlo más, si el pobre hombre era ya mío?

—Entonces? . . .

—Le exigí su fluido vital, y lo tomé.

—¡Ah!, exclamó el doctor Lanternuto, riendo de la mejor gana, ¡un brucolaco!

—Esa misma noche recibió una puñalada, a consecuencia de la cual murió aparentemente, y fué enterrado; pero dos días después moría casi de súbito su eterno enemigo; y él, loco de contento, ha seguido su camino de destrucción.

—De modo que el tal brucolaco . . .

—Es el viejo Tristán Cataletto, cuyo aniversario se cumple hoy trece.

Ubaldo, aunque trémulo y preocupado, no pudo contenerse y exclamó con ira:

—Callad! farsantes! No insultéis la memoria del hombre a quien debo el sér!

El individuo de la mirada de basilisco soltó al oirlo una nueva carcajada, y le dijo:

—¿Conque usted es hijo de Tristán Cataletto? Pues tenga cuidado con el número trece.

—Caballero, dijo el doctor Lanternuto, perdóneme usted, pero en este momento iba a su casa.

—¿A mi casa? ¡usted!

—¿No me ha mandado llamar usted esta noche para examinar el cadáver?

—El cadáver! exclamó Ubaldo pálido y trémulo,—dejadme! ¡idos al infierno!

Los dos extraños personajes se inclinaron con cierta burlesca actitud de respeto, y se retiraron.

Apenas hubieron salido, cogió Larvato una taza y un hisopo, y comenzó a rociar el piso y las paredes, después de hacer la señal de la cruz.

—¿Qué haces, Larvato? preguntó con asombro Ubaldo Cataletto.

—Ya lo ve usted, señor, conjurar con agua bendita, lo que hago siempre que vienen esos bribonazos.

—¿Los conoces?

—¿Cómo no?

—¿Y quiénes son ellos?

—El más pequeño es el maestro Mateo Scampaforca.

—¿Scampaforca? ¿Es decir que se ha librado de la horca?

—Bien puede ser, que nada de extraño tendría.

—¿Y el otro?

—El doctor Lanternuto.

—¿Dos canallas, verdad, dos infames farsantes?

—Dos bribones, señor, dos grandísimos bribones que han vendido su alma al diablo, yo lo juro.

—¿Cómo que han vendido su alma al diablo?

—Como lo oye usted, señor Ubaldo Cataletto; todos los concilios han anatematizado a los amigos del diablo; el de Narbona los excomulga sin dejarles esperanza de salvación, según dice el viejo monje Fray Pacomio, y ordena fustigarlos donde se les encuentre.

—Para fustigarlos con fruto sería necesario el bastón de Santo Tomás de Aquino.

—Fray Pacomio ha dicho que el bastón de Santo Tomás no es sino la Suma teológica, señor Cataletto.

—El viejo monje es un taumaturgo, y el único que otras veces nos ha librado del diablo y de los vampiros.

—Vea usted si nos libra de estos grandísimos pícaros y de la alarma que reina en el pueblo.

Entrambos quedaron meditabundos; y Ubaldo Cataletto, después de arrojar algunas monedas en el mostrador, tomó silencioso y triste el camino de su morada.

II

La noche, ya avanzada, era oscura y fría. El viento soplaba sobre las terrazas y los tejados, y azotaba las calles con un sonido lúgubre al modo de quejidos. De los vecinos bosques y de las hondonadas arrastraba emanaciones sutiles y húmedas que herían el olfato. Por lo demás, reinaba tal silencio y quietud como si la naturaleza estuviese entumecida.

Aunque por entonces la gente estaba ya acostumbrada a los acontecimientos y a los relatos de duendes, brujas y aparecidos, Ubaldo Cataletto no iba muy sosegado que digamos; funestos presentimientos le apretaban el corazón como en un torno. ¿Habrían dicho verdad aquellos dos bribones? ¿No había muerto su padre? ¿Era su padre el causante del infortunio que pesaba sobre tantas familias? ¿Esperábale a él alguna catástrofe en su propia casa? No podía contestarse con seguridad a aquellas preguntas; pero se sentía algo aterrorizado, y apretaba el paso por llegar cuanto antes a su morada. Pícaros redomados, se decía dando al diablo el hato y el garabato, ¿y porqué la autoridad no los ha llevado ya a la hoguera, si es que son seres de este mundo?

Cerca de su casa, como si hubiesen penetrado en su pensamiento, pasaron por su lado, cual dos sombras, el maestro Scampaforca y el

doctor Lanternuto, que le dijeron cortesmente quitándose el sombrero:

—¡Que pase usted muy buena noche, señor Ubaldo Cataletto!

Maravillado el mozo sintió frío, palpitóle el corazón con mayor fuerza, y penetró en el hogar, que, con sorpresa suya, estaba aún abierto.

Una escena inesperada y lamentable se le presentó a los ojos.

En la alcoba, medio alumbrada por un triste velón que chisporroteaba lúgubremente, estaba su mujer, Annunziatta, abrazada, casi sin sentido, al cadáver de su hijo, que se hallaba tendido en el lecho.

El infeliz creyó que era presa de una pesadilla, sintió como un mareo en la cabeza, en el corazón como un susto, y se frotó los ojos y llamó con acento trémulo:

—¡Annunziatta! ¡Annunziatta!

Y como Annunziatta no respondiese, trató de despertarla, le dió a oler un frasquito, y la cargó y la sentó en sus rodillas, dejando correr las lágrimas ante tanto infortunio.

Annunziatta suspiró profundamente, abrió los ojos, y se asió con fuerza al cuello de Ubaldo.

—Annunziatta, amada mía, soy yo, mira, soy yo, ¿qué ha pasado? ¿qué desolación es esta? ¿Duerme nuestro hijo, o está muerto?

—¡Muerto, muerto! respondió Annunziatta entre sollozos.

—¡Muerto, muerto! repitió con desesperación Ubaldo; y sentando a Annunziata en un sillón, se lanzó bañado en lágrimas al lecho de

su hijo, le besó, y con las manos juntas le contempló largo rato con intenso dolor.

—Annunziatta, amor mío, murmuró al fin; ¿qué fatalidad es la que pesa sobre nosotros? ¿Qué ha sucedido? ¿Cómo ha muerto nuestro hijo?

—Lo ignoro, contestó Annunziatta sollozando, dejéle aquí durmiendo tranquilamente, y pasé al oratorio, mientras tú regresabas. Oraba, cuando sentí ruido en la alcoba, y me incorporé . . . y oye, añadió Annunziatta temblando, ví salir a un hombre, a tu padre, yo lo jurara, a tu padre, que al pasar rápidamente, me dijo, así lo he oído:

—Annunziatta, tengo frío, mucho frío, dame una manta!

—¡A mi padre! ¡conque vive! ¡conque sólo ha tenido uno de sus ataques de catalepsia!

—¿Qué dices? ¿estás loco, loco, Ubaldo?

—¿Y tú le diste la manta?

—El la tomó, mientras yo, temblando y llena de espanto, corrí y caí sin fuerzas sobre mi hijo para protegerlo . . . el infeliz estaba muerto!

—Horrible! horrible! ¡misterio horrible! ¿Habrán dicho verdad aquellos dos demonios?

Y ante el asombro y pavor de Annunziatta, que le miraba como si se hallase en presencia de un loco, Ubaldo Cataletto contó a su mujer todo lo que le habia pasado aquella noche, y resolvieron ir juntos al rayar el alba a la ermita del monje de Vernio, Fray Pacomio, que gozaba fama de sabiduría y santidad.

III

La ermita del monje de Vernio no estaba distante de la ciudad. Al amanecer tomaron Ubaldo y Annunziatta el camino de la ermita. Estaban pálidos, intensamente pálidos, y con los ojos hundidos y rojos de llorar. Caminaban en silencio, entregados a su pensamiento, que no les presentaba sino imágenes de ruina y desolación, de trasgos y duendes, de vampiros y lemures, como si viviesen en un mundo fantástico lleno de peligros y de apariciones maravillosas.

El murmurar del río, el silbido del viento en las ramas secas o en el follaje de los árboles, el ruido de las aves que huían al verlos acercarse, o el salto de alguna liebre les hacía estremecerse, y su terror se acrecentaba con las medias tintas del alba y la soledad del campo. Por donde quiera creían ver un fantasma, cuando no era sino un pequeño arbusto, o la sombra de algún árbol o algún tronco seco y tronchado que servía de asilo a los lagartos; que tales terrores infunde el miedo en la imaginación excitada y calenturienta, para atormentar el corazón.

Al fin llegaron y penetraron en la ermita.

Fray Pacomio los recibió en la puerta del refectorio.

Fray Pacomio era un hombre alto, flaco, de proporciones gigantescas, pálido y severo. Hondas arrugas, hijas de serias y continuas medita-

ciones o de imponderables sufrimientos, le surcaban la frente y el rostro, cuya larga barba, áspera y de color blanco terroso, contrastaba con su gran calva que brillaba como una luna de Venecia, tersa y pulida.

—¡Entrad! exclamó el monje, veo el dolor, herencia del mortal, retratado en vuestros semblantes; y contra los sufrimientos del alma, no hay más bálsamo que la oración y la penitencia. Acaso seáis de las víctimas de las artes con que el demonio está castigando a los justos, por los crímenes y la corrupción de los pecadores de la ciudad viciosa; acaso seáis también de los atormentados por el brucolaco Tristán Cataletto.

Ubaldo y Annunziatta se vieron a las caras llenos de asombro.

—Conozco en vuestros rostros que no me he engañado. Días hace que se me viene dando aviso de las desgracias y de los escándalos promovidos en la ciudad por ese infeliz; pero quiero mayores seguridades para poder proceder.

Mientras así hablaba, introdújoles el monje, tomó asiento en un sitial, y les hizo sentar a su lado. Luégo inclinó la cabeza, meditabundo y sombrío.

En un extremo del salón había varios individuos, arrodillados unos, y otros de pies en el mayor recogimiento. Todo allí imponía el más profundo respeto e infundía en el alma tranquilidad y bienestar, como si todo estuviese en olor de santidad.

Sobre un pedestal de piedra labrada se al-

zaba un inmenso Cristo, de nervudos miembros, con llagas que parecían naturales, y verdaderos cabellos que caían sueltos, imponiendo terror y frío al contemplarlo, que no parecía sino que iba a bajar de la Cruz y a adelantarse y hablar.

El monje alzó la cabeza, y dijo con tristeza:

—Todas estas personas que veis aquí han venido como vosotros a quejarse de los atentados y travesuras de Tristán Cataletto, y aseguran haberlo visto. Vamos, ¿qué tenéis que decirme?

Ubaldo y Annunziatta narraron entonces al monje de Vernio todos los acontecimientos de la noche, sus desgracias, sus terrores y su angustia, y el monje en medio de un silencio solemne les escuchó, atento y frío.

—Hijos míos, les dijo, Tristán Cataletto era de carácter taciturno y pendenciero, que es el que escoge el espíritu malo para atormentar a la humanidad. Tristán abrió su alma al odio, que es Satanás, y su alma le abandonó en vida deándole el cuerpo y la envoltura sideral, con la cual llena de terror a los hombres. Es necesario exorcismarlo y destruirlo. Cuanto a Mateo Scampaforca y al doctor Lanternuto, son almas réprobas, dejadas de la mano de Dios, y ya la autoridad ha ordenado aprisionarlos y conducirlos a la hoguera. Hay quienes crean, añadió muy pensativo, que Scampaforca es el mismo Satanás en persona.—y el monje se santiguó devotamente murmurando algunas frases al modo de conjuro.

—¿Y qué crée usted del numero trece?—preguntó con voz apagada Ubaldo Cataletto.

—El número trece, contestó el monje, es el símbolo de la muerte y el dolor.

Un silencio frío e imponente volvió a reinar en el vasto salón del refectorio.

El monje se levantó, abrió sobre la mesa un enorme libraco empolvado, de cuero de elefante con grandes broches de bronce, y después de pasar algunas hojas leyó atentamente largo rato, y se sumió en una meditación profunda.

—Hijos míos, dijo al fin, Salomón era un gran sabio, lleno del espíritu de Dios. Días hace que digo misas por la tranquilidad de Tristán Cataletto, y ya veo que toda mi obra ha sido inútil. Es necesario desenterrar el cadáver, pasarle el corazón con una larga aguja bañada en agua bendita, y clavar luégo alrededor de su tumba largas espadas con la punta al aire, porque estos fantasmas de luz sideral, eléctrica o magnética, sólo se descomponen por la acción de las puntas metálicas que atraen el fluido o luz al lugar común que le tiene reservado el Eterno.

IV

El monje de Vernio, con el signo de redención en las manos, seguido de sus acólitos y de numeroso cortejo, salió aquella tarde en peregrinación al cementerio, cantando salmos y letanías, y rociando con el hisopo al gentío que se agrupaba en las calles.

Desenterró el cadáver de Tristán Cataletto, que

estaba en perfecto estado de conservación, envuelto en la manta de Annunziatta, y cuyos cabellos habían crecido extraordinariamente; y después de hacerle pasar el corazón con la aguja, y de clavar las espadas, volvió a colocarlo en la tumba, y dijo en alta voz los exorcismos del ritual bañando al mismo tiempo con el hisopo el sepulcro del brucolaco.

Cuentan que desde tal día la ciudad permaneció en completa tranquilidad, y que nadie volvió a ver a Tristán Cataletto.

Cuanto a Mateo Scampaforca y al doctor Lanternuto, habían desaparecido.

1892

LA LEYENDA DEL MONJE

I

Miguel y Antonio Dandolo eran hijos únicos del señor de la villa de Murano, Juan Dandolo.

Rico, noble y poderoso era este buen caballero que pertenecía al terrible Consejo de los Diez, pero como la desgracia no atiende al tamaño de la víctima, Juan Dandolo sufría siempre rudas pruebas.

La mayor de las que hasta entonces había experimentado fué tal vez la pérdida de la compañera de su vida, Andrea Riccio, muerta en la flor de la edad, dejándole, como recuerdo de sus días felices, dos hijos, Miguel y Antonio, hermanos gemelos.

Juan Dandolo la lloró mucho; mucho, porque Andrea, era una santa mujer, muy buena y

muy hermosa; y él la había amado con el amor profundo de los que nacen al calor meridional de la Italia.

A pesar de su carácter de hierro, este hombre rígido, inflexible, que parecía nacido para las tempestades del corazón, conservaba vivo aquel recuerdo doloroso, que se le reflejaba en los ojos con un tinte de melancolía.

Por largo tiempo estuvo retirado de los negocios públicos, pensando solamente en el porvenir de sus hijos.

Miguel y Antonio tenían la belleza simpática y ardiente de los naturales del Mediodía de Europa; y se parecían el uno al otro como dos gotas de agua.

Color moreno, ojos grandes, negros, brillantes, frente despejada y labios finos y voluptuosos tenían. Con el aire regio que la pureza de líneas griegas da a las facciones, gallardos y altivos, eran los mancebos más hermosos de la nobleza veneciana.

Pero si se parecían tanto en lo físico, no se asemejaban mucho en el carácter.

Antonio, que era el mayor, tenía los caballerescos sentimientos, la nobleza de alma de Juan Dandolo, su padre.

Miguel como que había nacido para el mal.

Díscolo y egoísta, cerrando los oídos a la voz de la conciencia y a los consejos de su padre, que le educaba con cariñoso esmero, Miguel Dandolo se dejaba dominar, de niño, por las pasiones más vergonzosas.

Así, su padre, que deseaba domeñar aquel

carácter salvaje que tantos pesares le había dado, púsole en un convento de frailes; porque era en los conventos donde estaba encerrada por entonces la escasa civilización del mundo.

Pero Miguel Dandolo huía con frecuencia del convento, y las riñas y aventuras licenciosas del hijo iban a maltratar el corazón de aquel honrado padre.

—Tú eres malo, Miguel, díjole un día Juan Dandolo, y yo no quiero que deshonres el nombre ilustre que llevas.

Y le tuvo algún tiempo en estrecha prisión, hasta que sus reiteradas protestas hicieron que Juan Dandolo le pusiera en libertad y le conservase a su lado.

Antonio, por el contrario, era un noble corazón.

Respetaba en el padre al maestro y al amigo; y pasaba los ocios de su vida en un amor puro, santo, inmortal.

Amaba a María, heredera de los Bandinis, con el amor del alma.

María, que era una doncella hermosísima de ojos azules y cabellera de oro, le amaba; y César Bandini y Juan Dandolo, que eran grandes amigos, veían con placer los amores de sus hijos.

Pero Miguel los veía con envidia, y más de una vez la codiciosa mirada del desgraciado, llena de lujuria, se había fijado en los cándidos ojos de aquella joven dulce y buena. Antonio no comprendía aún bastante bien el mal, ni podía saber de lo que era capaz un corazón per-

vertido en el cieno de los impuros deseos y de las malas pasiones.

¿Quién sabe lo que guarda el destino al que viene peregrinando a este valle de miserias?

El bozo sombreaba apenas los labios de Antonio, cuando estalló la guerra contra el turco, guerra que tan alto puso el nombre de la nobilísima República.

Juan Dandolo vistió su armadura y ciñó su propia espada al hijo querido.

—Marcha, le dijo afectuosamente con digna altivez, marcha y enseña a los infieles lo que vale el corazón de los Dandolos, caballeros cristianos.

Y Antonio Dandolo marchó a la guerra empuñando el pendón de sus nobles abuelos.

II

El hombre que se ve presa de un deseo intenso, profundo, apasionado, y no encuentra otro medio para llenarlo que el crimen, siempre halla ideas que le justifiquen a sus propios ojos, porque la conciencia es una luz que se apaga con el aliento de las pasiones insensatas.

El corazón del hombre es tan débil que se embriaga con todas las impresiones fuertes, ya sean inspiradas por el bien, que es hijo de la virtud, ya por el mal, que nace de los espíritus depravados.

El que creó el cielo y la tierra, sabio y todopoderoso, esparció, para mejor llegar a sus

fines, la semilla del bien y la del mal por toda la extensión de esta obra prodigiosa y llena de maravillas, que sacó de las sombras del caos.

Odiad el mal, que es Satanás.

Amad el bien, que es Dios, el espíritu de la religión cristiana, que ha instituido el perdón y la caridad, todos los sentimientos generosos, como la palabra sagrada que abre las puertas de la gloria eterna.

Haced con el alma lo que el buen jardinero con las flores encomendadas a su cuidado.

Ved que el interés personal es fuente de muchos males, y vive oculto en el fondo insondable del corazón humano, como la oruga entre los vistosos pétalos de las flores delicadas.

Si sois felices, bendecid a Dios.

Si sois desgraciados, fortificad el alma con el espíritu filosófico de la religión de Cristo, Dios lleno de misericordia, que vino al mundo para darnos ejemplo de la fortaleza del ánima.

El que se deja caer en la sima de la depravación, que conduce al crimen y a la vergüenza pública, sólo profunda lástima o inmenso desprecio, como rastro de su miseria, va dejando en el camino.

Si sois semejantes a Dios, haceos dignos de él, atravesando el valle de la vida con la conciencia tranquila y el corazón victorioso.

Así, seréis hombres.

III

—Los ojos de esa mujer, se decía Miguel Dandolo al pasar una noche por el puente del Rialto, tienen algo de Satanás, porque me llegan al alma como agudo acero. ¿Por qué no ha de ser mía la heredera de los Bandinis? ¿Conque hay una mujer que no ama a Miguel Dandolo porque otro hombre se atraviesa en su camino? ¿Qué importa un hombre menos? Cuando se corre a un fin deben vencerse los obstáculos. Vamos. María Bandini será mía; mía, como la he visto en el delirio de mis sueños, con los cabellos blondos y ensortijados sobre el seno pudoroso y delicado, con los ojos azules y las mejillas sonrosadas, bañándose en el misterio de un amor voluptuoso. Mía serás, María, la hermosa doncella de la calle de los Suspiros.

Y Miguel, con el semblante descompuesto, torvos los ojos y la actitud temerosa, caminaba, envuelto en una capa, como quien lleva en el alma una resolución sombría.

Cerca del palacio Loredano, un hombre, también embozado, con el chambergo veneciano caído sabre los ojos, le salió al encuentro.

En la mirada de aquel hombre, fría y audaz, se reflejaba un alma acostumbrada a las saturnales misteriosas del crimen.

—¿Qué me quieres, noble y poderoso señor? Heme aquí fiel a tus avisos, dijo con mues-

tras de gran respeto, si hay algo en que pueda servirte el condenado a quien un día salvaste la vida, ordénalo.

—¿Te acuerdas, pues, de la prisión de los Plomos?

—José Maino nunca olvida. A no ser por tí, excelencia, y por la noble Gabriela, la bella cortesana del Dux de Venecia, no estaría hoy en tu presencia.

—¿Y sabes por qué te salvaron?

—Tal vez porque la hermosa cortesana y el noble caballero podían necesitar el brazo vigoroso que iba a aniquilar el verdugo.

Miguel se estremeció silencioso y taciturno, inclinó la cabeza, se pasó la mano trémula por la frente, y apoyándose luégo en el hombro de aquel criminal endurecido, le dijo con voz cavernosa y débil:

—Es esta la ocasión en que puedes demostrarme hasta dónde llega tu agradecimiento. Hay un hombre que me estorba.

—Quítalo del medio, poderoso caballero, contestó el bandido con voz firme.

—Cuando la hora llegue, yo te haré rico y noble, José Maino. Mañana partirás en las galeras que van a incorporarse a la flota de la serenísima República, de la Iglesia y de España.

—Los turcos no escarmientan.

—No; el emperador de los infieles quiere desposarse con el mar del Adriático; pero aun están frescos los laureles de Venecia sobre las aguas negras de Caffa.

—¡Ah!

—Partirás mañana, José, y sepultarás mi secreto en las ondas del mar. Cuando la noche llegue . . . allí hay un hombre, Antonio Dandolo . . .

—¡Tu hermano!

—Sí, contestó Miguel, viéndolo con los ojos de los espiritus infernales, ¿tienes miedo?

—Bien sabes tú que yo nunca he temblado, contestó José estrechándole la mano, te lo he prometido y debo cumplirlo.

Miguel Dandolo habló aún con aquel hombre de corazon de mármol; y pálido, cabizbajo, con una sensación extraña en el alma, echó luégo a andar hacia el palacio Dandolo.

IV

Al que tiene el corazón empedernido e inmundo de los desgraciados que se venden al crimen, no hay sentimientos que le detengan en el camino doloroso de la perdición.

José Maino partió al día siguiente en las galeras de la República.

Grande y gloriosa era aquella nación de hombres libres que arrastra hoy la cadena del esclavo envilecido, y besa la ruda mano que agita sobre sus espaldas el látigo de la vergüenza! (1)

Pobre león enfermo, cuyo cuerpo picotea el águila carnívora de los Emperadores de Austria,

---

1 Esto se escribió cuando Venecia estaba sometida al Austria.

Venecia brilló un tiempo por la gloria de sus armas en las fiestas de las naciones.

Cuando el turco osó apoderarse de la isla de Chipre, Luis Mocénigo, que con tanta prudencia y sabiduría regía los destinos de la orgullosa República, se ligó con la Iglesia y España para castigar la arrogancia de los hijos de Mahoma.

Sebastián Venieri mandaba las galeras venecianas; Marco Antonio Colonna, las del Papa, y D. Juan de Austria las del rey de España.

Aquel Sebastián Venieri, viejo encanecido en los combates, irascible y arrojado, acababa de reemplazar en los momentos de la ratificación definitiva de la Liga, al valiente Zanne, cuyas disposiciones para la defensa de Famagusta fueron desaprobradas por la señoría de Venecia.

Marco Antonio Colonna, general romano, duque de Pagliano y de Tagliacozza, tenía el corazón fuerte y encrudecido de los antiguos hijos de aquella Roma que asombró al mundo con sus hechos de armas.

Don Juan de Austria era un mancebo que aun no había cumplido cinco lustros; pero cubierto ya de gloria, prudente y valeroso, había alcanzado la honra de que se le nombrase Generalísimo de aquellas flotas en que iban los capitanes más famosos y los más bravos soldados de la cristiandad.

Fuerte de trescientas velas y ochenta mil hombres de pelea, poderosa y llena de majestad, la armada de la Liga se halló frente a frente en las aguas de Lepanto con las fuerzas del

Gran Turco, que constaban de doscientas cuarenta galeras, multitud de bajeles menores, y ciento veinte mil hombres de guerra al mando en Jefe de Alí-Bajá, bárbaro y porfiado combatiente, y al de Uluch-Alí y el bajá Pertew, esforzados Generales.

Como en tiempo de las primeras cruzadas, aquellos ochenta mil cristianos habían oído misa y comulgado antes de marchar a la peligrosa campaña provocada por la ambición y el odio de los infieles.

Don Juan de Austria, al estampido de un cañonazo con que anunciaba al ejército cristiano la proximidad de la batalla, mandó izar en la galera real el estandarte sacrosanto de la Liga, el cual había bendecido el Papa Pío V; y Alí-Bajá al mismo tiempo levantó en la suya el estandarte de la media luna.

Pero cuando entrambas armadas, desplegando sus banderas, se dirigieron a alta mar para formarse en orden de batalla, Alí-Bajá lanzó mil maldiciones al cielo; y Don Juan de Austria, aunque con el presentimiento de la victoria, besó con religioso fervor un crucifijo que llevaba siempre consigo, porque ambos caudillos venían engañados, respecto de las fuerzas que de uno y del otro lado iban a entrar en combate, y que las siete islas Curzolares, que se levantan en aquellas aguas gloriosas, habían ocultado en gran parte.

El pavor llegó a apoderarse de algunos generales en ambos ejércitos; pero Alí-Bajá y Don Juan de Austria eran hombres de corazón de

acero y ardían en el deseo bélico de coronarse de gloria en aquella grande empresa.

Jamás había visto el mundo, ni verá, tal vez, dos armadas más poderosas dispuestas a despedazarse sobre las ondas movibles e inseguras del océano.

Don Juan de Austria, comunicando el fuego de su corazón a aquel ejército de valientes, disponía el orden de la batalla con la serenidad de los héroes.

—¡Españoles, exclamaba, a vencer hemos venido o a morir, si Dios lo quiere! ¡No déis lugar a que vuestro arrogante enemigo os pregunte con soberbia impía dónde está vuestro Dios; pelead con fé en su santo nombre, que muertos o victoriosos gozaréis de la inmortalidad! ¡Venecianos! ¡Hoy és día de vengar afrentas; menead, como siempre, con brío y cólera las espadas!

Y los corazones de los combatientes se inflamaban con aquellas palabras de fuego.

Iban de vanguardia seis galeazas venecianas mandadas por Marcos Querini. El cuerno izquierdo, compuesto de sesenta galeras, iba a cargo de Agustín Barbarigo. Mandaba el derecho Juan Andrés Doria, con igual número; y el centro de la batalla, con sesenta y tres galeras, el generalísimo Don Juan de Austria, llevando a sus dos lados a los generales de Roma y Venecia, Marco Antonio Colonna y Sebastián Venieri. El marqués de Santa Cruz, Don Álvaro de Bazán, quedaba a retaguardia con treinta y cinco galeras.

La flota turca, que era mucho más numerosa que la cristiana, formaba una media luna, dividida también en tres cuerpos, mandados por Mehemet-Siroko, Uluch-Alí y los bajáes Pertew y Alí, de modo que, frente a frente y cuerno a cuerno, el estandarte del Gran Turco tremolaba a la faz del estandarte sagrado de la Líga.

La naturaleza estaba tranquila. El día era hermosísimo, y las armas relucientes de ambos ejércitos, y las inscripciones de oro y plata de las banderas Turcas, y las estrellas, las lunas y los dorados fanales que servían de adorno a los bajeles otomanos, deslumbraban los ojos brillando con regio esplendor a los rayos del sol.

Era un espectáculo magnífico, grandioso, verdaderamente sublime.

Aquellos dos gigantes, midiéndose con la vista, se contemplaron por breve espacio con mutua admiración.

Bien pronto un cañonazo que disparó la galera de Alí, interrumpió aquel imponente silencio; y Don Juan de Austria contestó con otro, á tiempo que los musulmanes con inmensos alaridos se arrojaban al combate, chocando al primer ímpetu el ala derecha de los turcos con la izquierda de los cristianos, que iban mandados por Agustín Barbarigo; y la de Juan Andrés Doria con la de Uluch-Alí, quien apresó la capitana de Malta, y pasó a cuchillo a todos sus hombres de guerra y remo.

Don Juan de Austria y Alí-Bajá hicieron chocar con terrible estruendo sus galeras: pero

la Real de España hizo grande estrago en la gente de la del turco.

Peleaban los venecianos contra los verdugos de su patria con toda la saña y el indomable volor que les había dado fama de briosos guerreros.

Aguijoneados por el fanatismo, aquellos hombres se despedazaban como tigres carniceros; y acciones heroicas hubo que los hombres no hubiesen atribuido jamás ni a los héroes fabulosos.

Don Juan de Austria, que estaba en todas partes blandiendo su formidable espada, seguía con los ojos a un joven que en las galeras de Barbarigo se señalaba aun entre tantos valientes.

Con grave herida en el pecho y una bala de arcabuz en el brazo, aquel joven luchaba y luchaba, como si hubiese sido nutrido con médula de leones.

—¡Venieri!, exclamó Don Juan de Austria, ¿quién es ese joven tan bravo y tan hermoso?

—Es Antonio Dandolo, señor, sobrino de Nicolás, el Proveedor de Nicosia, cuya cabeza nos envió el bárbaro Mustafá.

—Es uno de los hombres más valerosos que conozco, añadió Don Juan de Austria, habréis de presentármelo, si saliere con vida de este horroroso combate.

Pero el combate se hacía cada vez más horrible y encarnizado; y aunque era de día peleaban en la más profunda oscuridad.

En medio de las sombras negras y pavorosas que había hecho nacer el humo de la pólvora, brillaban las chispas que despedían las

espadas como fugaces relámpagos en noche de tempestad.

El mar, teñido de roja sangre, se irritaba con las evoluciones de aquellas naves como el corcel salvaje que por primera vez siente sobre sus espaldas el peso del ginete.

De vez en cuando se iluminaba la batalla sombríamente con el incendio de alguna nave, y se veía el encono y brío de los combatientes, el mar rojo y cubierto de cadáveres, abriéndose para tragar los bajeles que los cañones deshacían, y el espacio lleno de flechas y balas que se cruzaban sin descanso . . .

Temblaba ya el turco. Llevaba el cristiano la ventaja, que había arrebatado al contrario con su arrojo y su bravura, pero aun no tenía trazas de terminar la lucha.

Un soldado oscuro, un arcabucero español dió fin a la batalla, poniendo el pié en la galera real de los turcos y trayendo luégo a Don Juan la cabeza del Generalísimo Alí-Bajá.

Don Juan rechazó indignado el inmundo presente y mandó arrojarlo al mar, pero la soldadesca, al grito de victoria que llenaba los aires, acuchillando a los turcos que huían, clavaron la cabeza ensangrentada del Bajá en una pica y adornaron con ella la popa de la galera real de España.

Cuando el sol alumbró aquel campo inmenso en que habían perecido más de cincuenta mil hombres, cuyos cadáveres flotaban en las ondas rojas e hirvientes del océano dando un aspecto sombrío a sus llanuras esmaltadas con

los restos de los bajeles destrozados y las armas y los pendones de los muertos y de los vencidos, Don Juan de Austría hizo buscar el cuerpo de Antonio Dandolo, a quien juzgaba muerto por no haberle hallado entre los vivos.

¿Qué se había hecho aquel joven tan noble y tan valeroso? ¿Le habría llevado cautivo Uluch-Alí, que había logrado escaparse con cuarenta galeras? El cadáver de José Maino, sin cráneo porque se lo había llevado una bala de cañón, horriblemente desfigurado, estaba allí sobre la cubierta de una de las galeras de Agustín Barbarigo. ¿Habría logrado aquel desgraciado cumplir sus criminales designios, o la mano de Dios se lo había impedido?

V

Dios es muy grande.

Dios ha puesto en el hombre el corazón, que siente, y la conciencia, que acusa.

Miguel Dandolo tenía miedo porque los remordimientos empezaban a maltratarle el alma.

Aun había algo de bueno en el fondo de aquel corazón sombrío.

El día de la batalla de Lepanto, oculto ya el sol, cuando Don Juan de Austria inquiría el paradero del valeroso voluntario de Venecia, Miguel Dandolo, solitario, grave, pensativo, se hallaba sentado en un rico sitial, en uno de los

salones del palacio de sus antepasados, que estaba adornado con aquel lujo esplendoroso que era el orgullo de la noble ciudad.

Miguel Dandolo oyó pasos y el ruido de una espada que chocaba en el pavimento.

Temblando y dominado por una impresión desconocida, acudió a la puerta, que estaba cerrada, y escuchó una voz cavernosa que le llamaba con sigiloso misterio.

—¡Abrid! respondió, sin pensar en el espanto que se había apoderado de él al timbre desconocido de aquella voz que le hirió profundamente los oídos.

La puerta se entreabrió, sin ruido, con una lentitud asombrosa, que ponía miedo en el alma de aquel infeliz; y un caballero, armado de todas armas, densamente pálido, con los ojos fijos, profundos y sin brillo, con la ropilla ensangrentada y una anchurosa herida en el cuello, apareció a su vista.

De cuando en cuando goteaba sangre la herida, cuyos labios cárdenos temblaban.

—¡Mi hermano!, gritó Miguel Dandolo con extraño estremecimiento y ahogándosele la voz en la garganta.

—Sí, tu hermano, tú has mandado a quitarme la vida, pero yo te lo perdono; anda, Miguel, anda, y arrójate a los pies de tu padre, que Dios no quiere que vivas para el crimen.

Y su voz era grave y profunda como el ruido lejano que anuncia las tempetades.

—¡Oh! perdóname, exclamó el infeliz ca-

yendo de rodillas, y asiendo de la mano al generoso compañero de su infancia.

Pero aquella mano estaba helada con el frío de los muertos, y el guerrero se iba desvaneciendo lentamente como las nubes que cruzan el espacio impelidas por el viento.

Miguel Dandolo lanzó un gemido que desgarraba el corazón, y con el pelo erizado y los ojos abiertos desmesuradamente, trémulo y aturdido, dió con la cabeza en el pavimento como si todas las fuerzas se le hubiesen escapado.

Luégo reinó un silencio terrible, únicamente interrumpido, a las veces, por las olas del lago que se rompían sobre la arena.

VI

Al otro día, ya avanzado el sol, cuando Juan Dandolo estaba a la mesa con algunos amigos, Miguel abrió los ojos con la mirada del asombro y se precipitó fuera del salón arrojándose a los pies de su padre, que tenía el corazón inflexible y duro para los que faltaban a la justicia y al temor de Dios.

—¡Señor! exclamó ciego con la visión espantosa que no se le quitaba de la vista, he asesinado a mi hermano, y el castigo debe venir detrás de los crímenes que horrorizan al mundo. Mandad a darme la muerte, señor, que soy un miserable que no debe volver a contemplar la luz del día, mandad . . . y las lágrimas, brotando del corazón del infeliz, no le dejaron proseguir.

Juan Dandolo escuchó perplejo, con terribles ojos, la noticia que le hería dolorosamente en su corazón de padre. Los caballeros estaban asombrados, porque en Venecia no se concebía el fratricidio, que derrama la propia sangre en desprecio de la naturaleza y del poder infinito que la rige.

En seguida, el desgraciado padre, combatido pos encontrados dolores, inclinó la cabeza fijando su severa mirada, con ira y con repugnancia, en el rostro descompuesto del hijo infeliz que le despedazaba las entrañas.

Al verle la faz enérgica, los ojos ocultos bajo espesas cejas, la frente despejada, la nariz aguileña y los labios desdeñosos bañados de una expresión poderosamente grave y de un dolor inmenso, Miguel Dandolo sintió que le flaqueaban las piernas y prorrumpió en quejas que hubieran ablandado a corazones de piedra.

—Esto es terrible, murmuró entre dientes César Bandini.

Pero Juan Dandolo no oía; y con el semblante cubierto de espantosa palidez alzó la cabeza con orgullo, y exclamó imperiosamente dirigiéndose a su hijo:

—¡Sígueme!

Miguel le siguió humilde, con las manos entrelazadas, a una pieza inmediata, que en otros tiempos había sido la sala del tormento.

Los caballeros permanecieron inmóviles; pero César Bandini, que presentía algo extraordinario, se fué tras ellos y pretendió hablarle a

Juan Dandolo, que le cortó la palabra en los labios.

—Calla, que marcharé sin desviarme hasta cumplír mi penoso deber; aquí no está el padre sino el juez.

Bandini tembló ante aquella alma que habia visto, ya noble y tierna hasta parecer débil, ya severa e inexorable hasta la crueldad.

Juan Dandolo indicó un puésto de honor a César Bandini, y luégo sentándose con majestuosa calma, dió orden de que se buscase al verdugo.

El dolor y la indignación del padre arrancaron al juez palabras que hacían temblar por la severidad y el sentimiento que encerraban.

Miguel Dandolo desfallecía; y cuando vió que el verdugo que le iba a cortar la mano, se dirigía hacia él, hizo un movimiento repulsivo y se arrodilló a los pies de Juan Dandolo; de Juan Dandolo, noble y terrible como la justicia de Dios.

—Perdón, murmuró el infeliz, que ya no tenía fuerzas.

—Tú no le tuviste para aquella víctima inocente.

—¡Oh, señor! dijo bañado en lágrimas y arrastrándose a sus pies, perdonadme como perdonará Dios, no me quitéis el honor!

—¡El honor, el honor! exclamó Juan Dandolo, ¿te acordaste de él cuando lo hundiste sin pertenecerte? ¡Ea! tanta debilidad me irrita, e hizo una señal al verdugo, que apoderándose

del joven lo sacó arrastrando de aquella píeza sombría.

Insensible hubiérase creído a Juan Dandolo a no ser por una palidez tan mate que parecía que le arrancaban las entrañas.

A poco un grito salvaje, un alarido lastimero vino a romper el silencio que reinaba, y César Bandini, que con mano trémula contenía los latidos de su corazón, que no le dejaba respirar, quiso adelantarse; mas un gesto de imperio que cruzó la cadavérica cara del malhadado padre le mantuvo inmóvil.

Abrióse al fin la puerta y el verdugo apareció.

—¡He aquí la mano de Miguel Dandolo, díjo, la justicia humana está satisfecha! y arrojó una sangrienta mano al suelo.

Juan Dandolo se dirigió a la puerta del salón, la abrió, y gritó:

—Señores, venid a ver la justicia hecha en la persona del asesino de Antonio Dandolo.

Era el último triunfo que el deber del juez arrancaba al corazón del padre.

Pero cuando se acercaban al lugar en que Miguel había sido ajusticiado, escucharon una detonación que les hizo estremecerse.

Aquel desgraciado, inmóvil, bañado en sangre, estaba tendido en el suelo, al pié de un tajo, con un arma de fuego en la mano.

Juan Dandolo, más pálido que la muerte, señalándole con honda conmoción, dijo al ayuda de Cámara:

—Vestidlo cual corresponde a su clase; ha muerto como debía morir; era un Dandolo.

Y una lágrima rodó lentamente por la mejilla del anciano, a quien la desgracia perseguía.

VII

Pálido, frío, inerte, y cerrado de negro estaba Miguel Dandolo, tendido en su lecho con la majestad de la muerte.

Cerca de él, el Superior de San Pablo y algunos sacerdotes más rezaban en voz baja las oraciones de los difuntos.

Muy tarde era ya; pero la caridad les mantenía en su puésto dando testimonio de la grandeza de la religión cristiana.

Rezaban los sacerdotes, viéndole con ojos de conmiseración, cuando Miguel Dandolo hizo un pequeño movimiento con los hombros.

Los sacerdotes se levantaron y poniendo las manos en la boca y sobre el corazón del infeliz, esperaron llenos de curiosidad y asombro.

A poco, Miguel Dandolo hizo otro movimiento y abrió los ojos fijándolos con insistencia y miedo terrible en el rostro del Superior de San Pablo, que le contemplaba con profunda lástima.

—Sin duda estoy ya en el otro mundo, murmuró sin saber lo que decía.

—No, le respondió el Superior de San Pablo, Dios quiere que permanezcas aún en la tie-

rra, para que des testimonio de su infinita misericordia y laves tu corazón en el agua de la virtud, que quita los pecados del mundo.

—Si, yo voy a arrojarme a los pies del Padre Santo y a vestir el hábito de los descalzos de San Francisco.

—Dios te perdonará, hijo mío, porque el arrepentimiento y la caridad abren las puertas del cielo.

—Rogad por mí, padre, porque mis pecados son horribles; horribles como el espíritu de la maldad. Ya arrepentido, lleno de la humildad de Jesucristo, Satanás me impulsó con la soberbia a arrebatarme la vida; pero Dios se ha compadecido de mi miseria y me ha dejado ver todo el horror de mis pasiones criminales.

—Vive, hijo mío, vive para la salvación de tu alma y para gloria de Dios misericordioso, á quien tanto has ofendido.

Y el plebano de San Pablo, con palabras llenas del espíritu de San Agustín, que fortalecían el alma de Miguel Dandolo, examinó las heridas, que no eran graves, dió orden de que se impusiese de todo al noble anciano, mandó a buscar médico, y se sentó tristemente a la cabecera del enfermo, quien había vuelto a quedar silencioso e inerte a causa de la sangre que había perdido.

VIII

Marco Antonio Colonna había entrado en Roma como los antiguos triunfadores; había subi-

do al Capitolio y consagrado una columna de plata al altar de Nuestra Señora en la Iglesia de Aracœli. El pueblo le victoreaba con frenético entusiasmo, y el gobierno mandaba erigirle una estatua de mármol.

Por medio de aquella regocijada muchedumbre del pueblo romano, descalzo, cubierto de un hábito pobre y raído, llevando un rudo cilicio, con la cabeza inclinada, respirando humildad y mansedumbre, atravesaba un joven que venía de muy léjos, durmiendo a campo raso y comiendo únicamente, cuando ya el sol había desaparecido en el horizonte, pan duro y agua que llevaba en unas alforjas miserables.

Aquel desdichado era Miguel Dandolo, que iba a obtener el perdón del Papa, cuya fama de santidad había dado la vuelta al mundo.

Pío V, aquel Papa que condenó a Baius, duro, lleno de rigor con los herejes, tenía el corazon de cera cuando le hablaban en nombre de la religión cristiana con el amor de Dios y el arrepentimiento en el corazón.

A tiempo que el Papa salía del Vaticano, Miguel Dandolo se arrodilló ante él, en el pórtico en que los penitentes hacían sus confesiones públicas.

Pío V, modelo del famoso Sixto Quinto, animado de un celo ardiente por la fe cristiana, rígido para el castigo, pero humano y misericordioso con los arrepentidos, dejó caer su mirada poderosamente grave sobre el miserable penitente, y oyó con calma la relación de sus trabajos y de sus crímenes, que horrorizaban.

—Levántate, le dijo, horribles han sido tus crímenes, y espantosa fuera la maldición que en nombre de Dios hubiese arrojado sobre tu cabeza, si él, que es todo amor y misericordia, no hubiera abierto tus ojos a la luz de la fe. Levántate, Miguel Dandolo, levántate y marcha a vivir en la penitencia y la oración para que Dios te perdone tus inmensos pecados.

—¡Tú tienes las llaves del cielo, oh Papa, bendíceme! exclamó Miguel con el abatimiento de la desesperación.

—Anda, le respondió Pío V, que el espíritu malo se aparte de tí y que Dios te perdone.

Y Pío V marchó seguido de los cardenales del Sacro Colegio y de la lujosa comitiva que siempre le acompañaba.

Miguel Dandolo se levantó, triste y meditabundo, y volvió a tomar camino por entre el gentío, que le abría el paso con respeto y con lástima.

IX

Juan Dandolo no durmió la noche aciaga en que supo la muerte del hijo que había sido su más hermosa esperanza.

Sentado en un sitial había permanecido dos días, abrumado con el peso de sus dolores.

Al tercero sintió el alborozo de la ciudad, que celebraba la victoria de Lepanto, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Al cuarto oyó gran ruido de armas a las puertas del palacio.

Hacía aquel ruido Sebastián Venieri, a quien Don Juan de Austria había encargado de conducir una carta y el cadáver embalsamado del bizarro joven, que halló al fin en las mismas aguas de Lepanto.

Momentos antes, Juan Dandolo hubiera dado todas los años que le quedaban de vida por poder estrechar sobre su corazón aquel frío cadáver.

El anciano sintió un gozo extraño, y estrechó entre sus brazos, con religioso silencio, a Sebastián Venieri.

¿Qué mezcla desconocida de severidad y dulzura, de crueldad y de sentimiento, había en el corazón de aquel hombre?

Cuando Juan Dandolo quedó solo junto al cadáver de Antonio, rogó a Dios, con las lágrimas en los ojos, que perdonase aquel crimen y diese luz al alma del hijo que le había llenado la vida de lágrimas y desesperación.

X

El nombre de Miguel Dandolo había muerto para el mundo.

Nadie había vuelto a acordarse de aquel infeliz a quien enloquecieron las pasiones y Dios tocó con su dedo misterioso.

¿Había muerto? ¿Llevaba, lejos del mundo, la vida de los escogidos del Señor, o impaciente y desesperado había vuelto a enfangarse en la carrera del crimen?

Juan Dandolo lloraba al recordarle, sin que se supiera si eran lágrimas de dolor, o de arrepentimiento por no haberlo perdonado; y María Bandini, retirada del bullicio del mundo, rogaba a Dios le perdonase sus crímenes.

XI

Si el mal no se mostrase en todo su horror no podríamos apreciar nunca toda la hermosura del bien.

Los sacerdotes y los monjes de Venecia vivían por aquel tiempo en medio de los goces mundanos, con tal escándalo de la religión cristiana que a exigencias de muchos prelados el dux expidió un edicto dando plenos poderes a los visitadores apostólicos para castigar rigorosamente y sin piedad a los eclesiásticos que faltasen a sus deberes.

Miguel Dandolo había huido a las soledades, lejos de las pasiones mundanas y de aquel clero indigno de sus altísimos fines.

En las montañas cisalpinas vivía, en una humilde casa que a fuerza de paciencia y de trabajo había fabricado con sus propias manos.

Difícil hubiera sido reconocer en aquel mon-

je austero, de larga barba y grave semblante, que pasaba los días en el estudio y la oración, al joven imberbe, alegre y licencioso, de los casinos venecianos.

Al vestir el hábito de los descalzos de San Francisco, queriendo echar espeso velo sobre su vida pasada, abandonó su nombre y tomó el del fundador de aquella virtuosísima orden.

La fama de sus virtudes y de su elocuencia se extendía por todos los pueblos de Italia, atrayendo gran número de gentes que deseaban escuchar sus palabras y besar sus miserables ropajes.

Era el amparo y el consuelo de todos los desgraciados, y el terror de los malos sacerdotes y de los impíos, cuyos errores denunciaba a la cólera del cielo y al desprecio de los hombres.

Y sin embargo, el monje, cuya vida de virtudes asombraba, tenía miedo de predicar en las ciudades y se negaba a las repetidas instancias de los que querían oirle desde lo alto del púlpito.

Pero un día el plebano de San Pablo vino a arrancarle del retiro en que pensaba pasar el resto de sus días.

En vano rogó y clamó el pobre monje que le dejasen tranquilo en medio de sus buenas gentes, retirado del centro en que hierven las pasiones.

—Ven conmigo, le contestó el plebano, son los malos los que necesitan de la palabra de Dios, y no hay mayor gloria para los corazones cristianos ni mérito mayor a los ojos del Sér

Supremo que el vencer en lucha abierta a los espíritus infernales.

Y el monje inclinó la cabeza y siguió silencioso al plebano de San Pablo.

XII

Desde la altura de la cátedra del Espíritu Santo, en la hermosa iglesia de San Pablo, la voz inspirada del monje de las montañas cisalpinas tronaba contra los abusos y la depravación de las costumbres.

Llevaba a las veces el miedo y el espanto al corazón de los impíos; y a las veces les hacía derramar lágrimas con el poder de su elocuencia, impregnada de la fe católica.

Su voz resonaba clara y sonora bajo las bóvedas de la antigua iglesia; y sus grandes y poderosos ojos negros se elevaban al cielo como para tomarle por testigo de la sinceridad de su palabra.

Acostumbrado ya a la muchedumbre que llenaba siempre la iglesia, a los ojos que seguían sus más pequeños movimientos, su tranquilidad era admirable, y enseñoreábase del auditorio, que le contemplaba trémulo y cabizbajo en el más profundo silencio.

Eran muchos los conversos y penitentes, y muchos los que buscaban la paz del alma en el secreto de la confesión, después de oir su

palabra que caía sobre ellos como azote de lo alto.

Cierto día al bajar del púlpito vió arrodillada a su paso a una mujer hermosísima que le suplicó la oyese sin retardo en confesión.

Aquella mujer era Gabriela, una de las más bellas y célebres cortesanas de Venecia, cuyas aventuras recordaban las de la antigua Speronella.

Pastor cristiano, él no podía negarse a enseñarle el camino a la oveja descarriada que quería volver al redil; mas antes de dar comienzo a la confesión oró de rodillas rogando a Dios que no le desamparase, y le diese valor para vencer el espiritu malo, que podía perderle para siempre.

XIII

Las escandalosas aventuras de la hermosa cortesana, que parecía inspirada por Satanás; sus ojos fascinantes, y el veneno de las palabras que le caían de los labios, hicieron que el pobre monje, olvidando su carácter y ministerio, volviese con el pensamiento a aquel mundo que había abandonado, y ella pintaba con vivos colores de seducción; mas, sobreponiéndose al fin con poderoso esfuerzo de voluntad, pintó a Gabriela con tal elocuencia la fealdad de sus pecados, de tal modo le conmovió la imaginación y el corazón con la imagen de los tormentos

eternos, que la cortesana tembló espantada, y al cabo lanzó como enloquecida un grito nervioso, y dió con el cuerpo sobre las frías losas.

Sola estaba ya la iglesia, y alumbrábala únicamente la lamparilla que nunca se apaga en los templos.

Lleno de temor, de un miedo desconocido, el monje la llamó pronunciando su nombre, trémulo de conmoción. Pero su voz se perdió en las bóvedas de la grande iglesia, sin que obtuviese respuesta.

Luégo aplicó el oído a todas partes; el profundo silencio que reinaba le sobrecogió fuertemente, y cayó de rodillas:

—¡Señor, Dios mío! exclamó, no me abandones, ten piedad de mí, y dame fuerzas para sufrir tantas pruebas! ¡Señor, Dios mío, óyeme! éntra en mi corazón y purifícalo con tu santo aliento. Acuérdame, Señor, la paz y el reposo de mi conciencia; déjame perseverar en la virtud para alcanzar el perdón de mis horribles pecados. ¡No me abandones, Señor, sálvame, y sé un juez lleno de misericordia conmigo!

Con mayor confianza en sí, después de haber invocado el favor de Dios, adelantóse el monje y desató los lazos del corpiño de la cortesana para que respirase con desahogo. Pero aquella belleza infernal, sonreída con la gracia y la dulzura de los ángeles, permanecía inmóvil, como si hubiese dejado de existir. Tendida sobre las baldosas, con los cabellos negros, espesos y brillantes esparcidos sobre el seno blanco y des-

nudo, parecía una hermosa estatua griega caída de su pedestal.

El monje se estremeció intensamente, y juntando las mano, quedó, a pesar suyo, como en éxtasis contemplando arrodillado la hermosura espléndida de Gabriela.

Súbitamente brilló una gran luz roja iluminando de lleno la iglesia.

El monje levantó la cabeza poseído de una impresión imposible de describir, y vió de piés, grave y sombrío, en la puerta de la sacristía, al plebano de San Pablo con una hacha de luz en la mano y rodeado de los sacristanes y bedeles de la parroquia.

El monje se levantó bruscamente y cubriéndose el rostro con las manos, exclamó de una manera desgarradora:

—¡Piedad, piedad, Dios mío!

—Impío, mal cristiano, espíritu infernal que te vales de la religión para saciar tus inmundas pasiones, tú serás castigado horriblemente.

Y a una señal del plebano, el infeliz monje, que no opuso resistencia, fué despojado de sus hábitos e insignias cristianas y arrastrado a una oscura prisión, en donde le dejaron solo con pesados hierros en los pies.

XIV

Al siguiente día, los prelados, unánimemente y sin piedad, condenaron a Miguel Dandolo a ser encerrado en la Chebba hasta el fin de sus días.

Rodeado de penitentes negros y enmascarados que marchaban a sus lados llevando fúnebres antorchas y cantando las oraciones de los muertos, sacaron aquella misma noche a Miguel Dandolo de su miserable encierro.

En medio de aquellas dos filas imponentes que infundían pavor al pueblo, iba el infeliz humildemente, con paso grave y taciturno.

La procesión tomó la vía de la Piazzetta y al llegar al frente de la puerta del palacio ducal llamada *Porta della Carta,* hicieron que el monje pasase por entre las columnas de la justicia, que son dos pilares de granito en que se hacían las ejecuciones por mano del verdugo. (*)

Siguiendo aquella carrera ignominiosa fué conducido a la plaza de San Marcos.

Del altísimo campanario de aquel magnífico templo pendía una larga y fuerte cuerda que sostenía una caja de madera cuadrada, hueca, con barrotes de duro palo, y asegurada con hierro en sus extremos.

---

* Alfonso Royer, al describir el horroroso suplicio de la Chebba, dice que en la Biblioteca de Venecia se conserva un antiguo grabado que representa el impuesto a un sacerdote, llamado el padre Agustín, en cuya boca ponen el siguiente "lamento:"

Prima mi misser fra le due colonne
della giustizia ben stretto ligato.
Imperator senza imperio m' han fatto.
Sopra del tribunal della giustizia
altri con allegrezza, io con mestizia
fui coronato senza darmi il scettro.

(Entre las dos columnas de la justicia me han puesto, estrechamente ligado. Emperador sin imperio me han hecho. Sobre el tribunal de la justicia me han coronado, llenos de alegría, a pesar de mi tristeza, sin darme el cetro.)

El monje estaba impasible, resignado. Daba miedo la conformidad de aquel hombre.

Encerrado en la estrecha caja, con un pedazo de pan negro y un vaso de agua, fué izado a una altura considerable, en donde, suspendido entre el cielo y la tierra, debía esperar a que la muerte fuese a arrancarle de aquel bárbaro suplicio.

Al verse en estado tan miserable estalló la desesperación en el pecho del infeliz, que creyó volverse loco.

Al fin hubo de calmarse el pobre monje, que arrodillándose con cristiana resignación imploró el favor de Dios y le dió gracias por haber fijado en él sus ojos probándole duramente.

Abandonado a las inclemencias del tiempo, abrasábale el sol; y el frío de las noches le causaba horribles padecimientos.

Así permanecía, aceptando aquel martirio por la salvación de su alma, hasta que un día halló, al extremo de la cuerda con que acostumbraban a subirle el vaso de agua y el pan negro, un paquete voluminoso que desplegó ansiosamente por entre los barrotes de la caja.

Era una ancha vela de navío, gruesa y fuerte, y unas tijeras en que estaba grabado el nombre de Gabriela, hermana reclusa del convento de Santa Zacarías.

El monje oró dando gracias a Dios por la conversión de la cortesana y el fin que daba a sus horribles padecimientos.

Llegada la noche el monje hizo largas y fuertes cuerdas con la vela de navío, atólas unas

con otras, y aseguró uno de los extremos a los más gruesos barrotes de la caja.

De éstos rompió luégo otros para poder pasar el cuerpo; y sigilosamente, para que los guardias de la torre no le advirtiesen, empezó a descolgarse contando con verse libre sobre las losas de la plaza.

Pero el desgraciado, con el gozo de salir de aquella miserable prisión, no había calculado la distancia que le separaba del suelo, y se encontró al fin de la cuerda con un inmenso abismo debajo de los piés.

Como loco trató el monje de volver a aquella horrible caja; pero fueron vanos sus esfuerzos y cayó dando un grito de desesperación sobre las baldosas de la plaza.

Aquella misma noche murió el monje, Miguel Dandolo, el fratricida, asistido por las hermanas de la caridad y pidiendo cristianamente a Dios la remisión de sus culpas.

1866.

YULI, LA ESTRELLA DE LA MAÑANA

—

Dos poraukas o guerreros conducían al gandul Hurivai a la presencia del soberbio cacique Kausinapa.

En medio de la naturaleza virgen de la Goagira, que parece agobiada por el peso de su espléndida vegetación, y al pié de los grandes árboles que sombreaban el espacioso caney del cacique, esperaba éste rodeado de sus guerreros.

A su lado se erguía el viejo piache, Aimara, cuyo rostro sombrío y profundas arrugas infundían respeto y miedo. Más lejos se distinguía un grupo de indias, que probablemente pertenecían a las familias de los guerreros, y sobre ser hermosas estaban pintadas y ataviadas con esmero, luciendo largos mantos azules, ajorcas de oro y collares de corales y peonías.

No menos lujosos vestían el cacique y los

de su comitiva, que ostentaban pinturas, adornos y galas, entre los que llamaban la atención las bellas plumas de las tequiaras, las sartas de menudos caracoles marinos, las joyas y piezas de oro que les cubrían los brazos y el cuerpo, y el arco y las flechas y la resplandeciente macana, larga como una espada.

Un silencio imponente reinaba en torno del cacique.

El gandul Hurivai, sujeto por la muñeca al extremo de una cadena, se prosternó ante el cacique, el cual le ordenó levantarse.

—Alza, Hurivai, alza, repitió Kausinapa con voz solemne y reposada; ¿sabes por qué te conducen atado a mi presencia?

—Lo ignoro, señor; ningún crimen he cometido; no lo cometen los que saben ser fieles y guerrear como yo con el arrojo y la fuerza del caimán, respondió el gandul levantando la cabeza con altivez.

—Sí, yo lo sé; sé que tu brazo es fuerte como el pedernal, y que nadie te supera en el combate: y, sin embargo, Hurivai, te acusan de un gran crimen.

—¿Y quién me acusa? tú sabes señor que la serpiente se arrastra para morder.

—Te acusan muchos; muchos son testigos de tu crimen . . .

—¿Y cuál es mi crimen? ¿De qué me acusan?

—¡De sacrilegio!

—¡De sacrilegio! exclamó el gandul con asombro.

—Sí, has sostenido que tú conoces en el

mundo algo más hermoso y resplandeciente que el dios Shoù, que nos alumbra y fecunda la tierra; y tú sabes que el sacrilegio se castiga con la hoguera.

—Y tú, poderoso cacique, ¿crees que no hay nada más hermoso que el sol?

—Sí, el Grande Espíritu, Amariba, que ha creado y gobierna el universo.

—El, Amariba, me proteja; él sabe que yo no he cometido ningún crimen.

—¿Niegas, pues, la acusación? ¿No puedes justificarte?

—No la niego, poderoso cacique, no la niego; pero antes de imponerme el castigo otórgame una gracia.

—Habla, ¿qué deseas?

—Deseo que así que sepas que es lo más hermoso que hay en la tierra, me sometas a la prueba del fuego y la serpiente, para que el Grande Espíritu sea mi juez y diga si he cometido el crimen de sacrilegio.

—Aimara, dijo el cacique volviéndose hacia el piache, ¿puede otorgarse esa gracia?

—Sí, poderoso cacique; el Grande Espíritu está por sobre todos los dioses.

—Habla, pues, dijo Kausinapa al gandul.

Los ojos del gandul brillaron con inmenso gozo, y después de un momento de silencio, dijo:

—¡Ilustre y poderoso cacique! allá, a las orillas de la laguna, en la tribu de los sabriles, vive Yulí, la estrella de la mañana, hija de Tangarala, la encantadora de la selva; ¿quién puede

haberla engendrado sino el mismo Shoú que fecunda la naturaleza? Sus ojos resplandecen como los astros; sus labios engañan a las abejas, su voz al pájaro que canta a los rayos de la luna. Más hermosa que la garza real del lago y las palomas blancas de las montañas, yo la ví y quedé deslumbrado y caí de rodillas adorándola. Si cuando tú la veas, poderoso cacique, no piensas como yo y no sientes tu corazón traspasado por la flecha, que el Grande Espíritu dé testimonio contra mí, y destruido por el fuego de la hoguera lleve Yarfá mi ánima a las profundidades llameantes del Catatumbo.

Los indios se estremecieron ante la audacia del gandul, palideció el cacique intensamente; y el piache, grave y sombrío, hizo traer un tizón y una serpiente cascabel, y agitando por sobre su cabeza el largo tizón, que arrojaba llamas, y la terrible serpiente, cuyos anillos sonaban siniestramente, los lanzó sobre Hurivai.

El tizón no quemó al gandul, la serpiente cayó a sus piés enroscándose con furor; y el gandul, ágil y animoso, tomó con presteza el tizón y carbonizó la cascabel.

Un alarido de asombro salió del pecho de los circunstantes. El gandul se alzaba victorioso de la prueba.

Yulí, la estrella de la mañana, había dado a Hurivai un talismán: la flor maravillosa del amor.

Hurivai y Yulí fueron la estirpe de una tribu de guerreros, célebres por su arrojo y hermosura.

LA DANZA DE LOS MUERTOS

—

A doña Lastenia Larriva de Llona.

—

Todo valle será alzado y todo monte o collado será abatido, y lo torcido se enderezará, y lo áspero será caminos llanos.
(Isaías. - Profecías.)

I

Yo, Stargiro, había aprendido a tocar la lira de siete cuerdas bajo los muros de Tebas; y a mi canto se alegraban las campiñas griegas, y las ninfas bailaban coronadas de flores y de yedra desplegando las gracias del amor; y yo acompañaba siempre a Miguel Paleólogo, emperador de Oriente, porque la armonía de mi lira y la dulzura de mis versos, distraían los pensa-

mientos de muerte y regocijaban el corazón implacable del pérfido tirano.

Era el año de 1282.

Recuerdos terribles se me agolpan a la mente, y siento el corazón como si despertase de angustiosa pesadilla, porque crímenes llenos de infamia y acontecimientos sobrenaturales habían conmovido extraordinariamente mi pecho y perturbado mis facultades intelectuales durante esa época de terror y de sangre.

Cosas hay que parecen sueños de imaginaciones enfermas; mas el que no tenga fe que no crea y viva rodeado de tinieblas.

El que tenga ojos que vea, y el que tenga oídos que oiga, y el que tenga pensamiento que medite y aprenda en las enseñanzas de la historia, pues cosas he visto que hacen temblar las carnes y enloquecen el espíritu, y todo porque los cantos del descendiente terrible del incestuoso Edipo habían venido infiltrando en las multitudes la corrupción y la anarquía.

Dos años antes de los hechos sangrientos y misteriosos que voy a relatar, Juan de Prócida había sido despojado de sus dominios por Carlos de Anjou, y como éste levantase pendones para apoderarse de la Sicilia, Juan de Prócida dió avisos a Miguel Paleólogo, y Miguel Paleólogo juró tremenda venganza en contra del francés, y por espacio de dos años tejió en la sombra del misterio los hilos de odiosa trama, arrastrando poderosos ejércitos y preparando en ira el corazón del pueblo, siempre celoso e impresionable, para la horrible matanza.

Miguel Paleólogo y Juan de Prócida esperaban un pretexto que hiciera estallar las pasiones que bullían ya en las multitudes de las ciudades; y como la víspera del día de Pascuas de ese año fatal, dos o tres soldados franceses ofendiesen en Palermo el decoro de una dama noble, la joven Paula, los conjurados hicieron oir el grito de una venganza que había de hacer estremecer al universo.

La campana sagrada que debía tocar la víspera de Pascuas, tocó lúgubremente a degüello en el silencio de la noche, y ocho mil cabezas francesas cayeron bajo el hierro del pueblo colérico, sediento de sangre y de exterminio.

Las alas de la desolación y de la muerte se desplegaron, y la ciudad quedó como vasto cementerio; y el viento soplaba triste y frío sobre los muros de mármol, cargado de gemidos lastimeros y fantásticos; y durante muchos días los carros de los sepultureros estuvieron recogiendo los cadávares de los franceses, horriblemente desfigurados; y recogieron también el cadáver de la joven Paula y los de otras nobles damas de Palermo, muertas en la embriaguez de la matanza, a los pórticos de los templos.

Italia se cubrió el rostro avergonzada, y Francia se vistió del color de las sombras de la noche; pero bárbaro regocijo, como viento eléctrico soplado del Orco, atravesó el Oriente del uno al otro extremo.

Mas, yo Stargiro, que habia bebido en el vaso de oro de los profetas, recordé aquellas palabras del Evangelio de San Mateo:

"¡Ay del mundo por los escándalos! Porque necesario es que vengan escándalos: mas ¡ay de aquel hombre, por quien viene el escándalo!"

Y vestí de crespón la lira de siete cuerdas, coroné mi frente de flores pálidas, tomé las sandalias del peregrino, y me fuí a las soledades, porque mi corazón estaba lleno de tristeza.

Y canté, y mi canto resonó como una lamentación en medio del desierto.

Y oí que de las concavidades del viento brotaban profundos gemidos, quejas lastimeras, ayes de muerte; y me estremecí de horror, porque percibí sombras inultas que vagaban como nubes siniestras de invierno; y vi que el cielo de Oriente estaba cubierto de rojos arreboles que anunciaban la tempestad.

II

Y sucedió que Miguel Paleólogo, emperador de Oriente, libre ya, por medio del crimen, de sus numerosos rivales, levantó banderas y marchó en son de guerra en contra del príncipe de Tesalia, llevando de refuerzo hordas tumultuosas de tártaros, que como chacales vivían de la sangre y el botín.

La presencia de los tártaros, soberbios e insubordinados, llenaba de inquietud el corazón de Miguel Paleólogo; pero lo cierto era que el alma del emperador sufría bajo el látigo de la conciencia; y por ello, anhelando ahogar sus

terrores en el delirio de la orgía, llevaba vinos exquisitos de color de púrpura, perfumes de la Arabia, flores de Italia, delicados manjares y hermosísimas griegas de ojos negros y rasgados.

Los tártaros ardían en sed de combate y atronaban el viento con gritos salvajes. Parecían leones que rugen y escarban la arena para caer sobre la presa.

Pero el emperador sentía el alma cada vez más enferma, e hizo alto y alzó su regia tienda en medio de los campos, y llenó las ánforas de vino rojo y espumoso como sangre, y pidió música y bailes y cantos y locuras.

La tienda del emperador se iluminó como para los días de gran fiesta, y la música rasgó los aires, y los vasos chocaron con estrépito en el delirio de la embriaguez, y el vino se derramó manchando el pavimento con un color rojo, sombrío, siniestro; mientras el viento azotaba las paredes y los tártaros rugían en las afueras, aguardando impacientes la hora del combate.

El emperador estaba sentado en un extremo de la tienda, al frente de la entrada, y cerca de él bebían y reían y cantaban alegres mujeres y la flor de los guerreros del Oriente.

Mas yo estaba silencioso y triste, presintiendo algo lleno de misterio, y hallando pesado el aire que respiraba; y veía que la risa del emperador, cada vez más pálido, era una risa forzada, y que el rostro de los convidados, ebrios ya, y que bebían y cantaban como arrastrados por la voluntad del emperador, palidecia y se

diafanizaba por instantes, a la luz de los hachones que fulguraban siniestramente.

Había algo todavía más terrible en medio de aquella escena lúgubre como un festín mortuorio.

En la sombra formada por el sitial y el cuerpo del emperador, se alzaba una figura de mujer pálida, indefinible, vaporosa, envuelta en una larga clámide virginal, y viéndome fijamente con una mirada magnética, que resplandecía en la oscuridad vaga que la circundaba como una niebla extraña.

Y nadie parecía haber advertido su presencia; ni yo había visto entrar a aquella mujer, cuya actitud y silencio me llenaban de pavor.

—¡Stargiro! exclamó de improviso el emperador, hé aquí que estás más pálido que la rosa marchita; y cualquiera diría que estabas pensando en la región de las sombras. ¡Ea, Stargiro, despierta y canta, que tu lira es digna de los dioses!

Y en tanto que el emperador apuraba el vino rojo, que le manchaba la larga barba, ya blanca por el tiempo y el dolor, tomé la lira y canté lúgubremente, como impulsado por un genio invisible, las estrofas de Eurípides lamentando el suplicio de Prometeo.

—Calla, dijo el emperador con angustia, ¡parece que mis tártaros tienen hambre de carne humana y sed de sangre! ¡Silencio, fieras, silencio! Mas, ¿a qué esos cantos de desesperación ¡oh, Stargiro! cuando el vino purpúreo se

derrama en medio de la orgía y mis leones rugen ansiosos de exterminio?

Y el ruido se acrecentaba cada vez más poderoso y fantástico.

Y a un soplo helado que circuló por la tienda algunos hachones chisporrotearon y se apagaron, y la llama de los restantes tomó un color azulado como de lámparas funerarias.

Y la mujer misteriosa se me acercó con lentitud, sin que nadie más al parecer la sintiera, y oí que me dijo con imperio:

—El emperador está alegre: toca la danza de los muertos.

Y me estremecí, y me puse en pié dominado por un terror invencible, escapándoseme la lira, que rodó por el pavimento dejando oír notas fantásticas y terribles que hicieron estremecerse a todos los circunstantes.

—¿Qué es eso? ¿qué es eso? exclamó espantado el emperador.

Y en medio de un silencio mortal la mujer misteriosa tomó a su vez la lira y principió a tocar una música desconocida, llena de armonías rápidas y broncas que semejaban una creación de la locura.

Las puertas se abrieron de súbito, y hordas de tártaros penetraron con violencia y algazara, y tártaros y mujeres se pusieron a bailar y a cantar con una alegría infernal aquella música extraña.

Y descolorido ya y tembloroso, me estremecí de horror, porque ví que los que bailaban se desvanecían como sombras de otro mundo,

como habitantes de las regiones desconocidas; que el emperador estaba muerto, tendido a lo largo de su sitial, y que aquella voz que me había hablado y aquellas facciones de la mujer misteriosa, eran las de la joven Paula, muerta en la horrible matanza de las Vísperas Sicilianas.

Me lancé desatentado a los campos, corrí a la ciudad, penetré en mis habitaciones; y durante mucho tiempo no volví a tocar la lira de siete cuerdas, y en las noches mantuve siempre mi palacio espléndidamente iluminado, porque mi propia sombra me llenaba de espanto.

1872.

EL PAJARO BLANCO

—

A Arístides Rojas.

Juana, joven y hermosa como un rayo de sol, estaba sentada en la galería del hogar y cosiendo en actitud tan triste como si presintiese terribles desgracias.

Cerca de ella, en la sombra, se hallaba un joven de gallarda presencia, reclinado en un sofá, inmóvil y silencioso, como si le devorase el fastidio.

Del patio cercano, de donde subía el olor de la hierba fresca recién cortada mezclado al aroma de las rosas y las magnolias, se alzaba el canto apagado y triste de un pájaro blanco y de alas azules que en días más alegres poblaba el contorno de notas armoniosas como torrentes de perlas que cayesen en planchas de finísimo oro.

El pájaro blanco de alas azules, prisionero en lujosa pajarera, había sido regalado a los jó-

venes esposos, como talismán de mucho precio, por un hada misteriosa que les había acariciado desde los primero años de su vida, cuando el amor comenzó a tejer para ellos sus lazos de rosa.

El hada, al llevarles el pájaro, les había dado excelentes consejos.

—Guardad este pájaro—les dijo—como un tesoro inapreciable. Mientras esté con vosotros y seáis fieles seréis venturosos porque mi espíritu le acompaña a todas partes. Tratad de vivir unidos y de tenerle bien seguro, porque tiene alas muy ligeras y gusta mucho de refrescar su cuerpo en el espacio.

Y desde aquel día el pájaro blanco de alas azules, cuya voz era un torrente de armonías, llenaba la casa de encanto y de felicidades como a palacio favorito de las hadas, porque entrambos esposos le mimaban y cuidaban con esmero.

Pero este día cantaba con voz muy débil y muy triste, y los dos hermosos jóvenes estaban desolados y pensativos.

Pensaba ella que era la primera vez que su amado había entrado y no le había impreso en la frente el beso de costumbre, ni le había dicho una sola palabra cariñosa; y él, preocupado con el silencio y la tristeza de su compañera, la amada de tantos años, arrugaba el entrecejo y lanzaba el pensamiento lejos del hogar; mientras ella se clavaba distraída la aguja, o volvía la cabeza dolorosamente para enjugar una lagrima que le asomaba a los ojos.

¡Bienandanzas ilusorias! ¡Sueños de un día! ¡Ay! nada, ni el amor es eterno en este mundo . . .

Con los ojos empañados por las lágrimas, pero con la sonrisa que es como la gracia del pudor, Juana alzó la cabeza, y le preguntó como para arrancarle alguna palabra:

—¿Sabes que hora es?

—No sé, contestó él maquinalmente con expresión de hastío, tal vez las seis.

Pero de repente se levantaron estremecidos. El canto del pájaro había cesado; y al mismo tiempo un ruido sordo y misterioso se había dejado oír.

Corrió él al patio; y Juana permaneció un momento en pié y pálida, con la mano sobre el corazón, que le latía violentamente.

Cuando al fin salió ella al patio, la pajarera estaba hecha pedazos en el suelo, el pájaro había desaparecido, y su esposo tampoco estaba ya allí.

Entonces, llena de angustia, salió y se dirigió al campo anhelando encontrar el pájaro dormido en las ramas de algún rosal, porque era la rosa la flor preferida por el pájaro blanco de alas azules.

Pero la noche había sobrevenido ya, y era tan oscura que, aunque caminó mucho y encontró muchos pájaros dormidos, no pudo distinguir bien la hermosa pluma del pájaro blanco de alas azules.

Desalentada ya, y reflexionando si desandaría aquella larga peregrinación, vió a una pobre mujer que, sentada sobre una piedra a la vera

del camino, la miraba fijamente con dulce expresión de lástima.

—Buena mujer, le dijo, ¿no has visto por aquí un pájaro blanco con alas azules?

—¡Ah! ¡Tan joven y ya la felicidad te abandona! ¡Entonces debes ser muy desgraciada!

—¿Y quién eres tú, que así sabes lo que he perdido?

—Yo soy la única que puede darte aliento, contestó la buena mujer; sígueme, si quieres, y te llevaré a un lugar oculto donde hay muchos pájaros de hermosa pluma y dulce canto. Yo no puedo hacer más por tí.

Y la buena mujer se levantó y se puso en camino con ella.

Ya desviadas por un precipicio, ora heridas por las zarzas, llegaron a un soto espeso donde oyeron el canto de un pájaro que tenía la voz muy semejante a la del pájaro blanco de alas azules, pero que cantaba con entonación melancólica y sombría.

La buena mujer supo sorprenderlo con la delicada viveza de las almas nobles; y ambas le vieron con ansiedad a la luz de la aurora que aparecía espléndida por el oriente bañando el monte lejano de claridades celestes.

Aquel pájaro era negro como la noche; y la joven se retiró tristemente, y lloró, lloró mucho en la soledad, porque aquel pájaro melancólico y sombrío era el símbolo del dolor.

La buena mujer, que era la esperanza, había desaparecido.

1872.

LA LEYENDA DEL MANZANILLO

—

En la antigua provincia de Coro, no lejos del pueblo de Casigua, se extiende una llanura árida y triste, intermitida de trecho en trecho por peligrosos tremedales y espinosas matas de cactus. La vista no descubre ni un río, ni un arroyuelo donde apagar la sed, ni una hoja de árbol que dé esperanza de que tan profunda desolación tenga término. Sólo después de avanzar por aquel desierto se columbra en medio de la llanura, aislado y siniestro, como un fantasma que surgiese repentinamente para aterrorizar a las almas, el follaje verde de un manzanillo que el sol reseca y el viento agita con aciago murmullo; y allá en la lejanía, muy distantes, como huyendo de la tristeza y aridez de aquellas vastas soledades, las cumbres de los cerros de Taratarare y el Palmar, a modo de centinelas que atisban temerosos tanta desolación y miseria.

Y sin embargo, sesudos historiadores cumanagotos que vivieron en la Córte Caiquetía siete siglos antes de la conquista, afirman que aquella llanura fué asiento de uno de los caciques más poderosos de los contornos, y que no hubo en toda la extensión del nuevo hemisferio terreno más fértil, ni más rico en minas de metales preciosos y de pedrería, tanto que es de suponerse que no anduvieron descaminados los aventureros que se lanzaron por tierras de Coro en busca del famoso Dorado. Empero, yo dejo la responsabilidad de tales asertos a los historiadores cumanagotos, y sigo el hilo de la narración, a fin de no alargarla con investigaciones críticas, que encomiendo a las laboriosas vigilias de nuestros historiógrafos.

Por la época de que hablo, acordaos de que hace ya once siglos, vivía en aquel lugar una india noble que gozaba de un mediano pasar con sus plantíos de maíz y de fríjoles, y sus huertas de mangos, chirimoyas y pomarrosas. Sólo tenía un hijo de pocos años, el cual era el consuelo de su soledad; y si en comparación con los señores comarcanos podía élla considerarse pobre de bienes de fortuna, era rica de corazón, generosa y humana, y no había miseria que no remediase ni dolor a que no tratase de dar alivio, de tal modo que aun los pobres animalitos hallaban en ella protección y amparo contra las malas gentes y las bestias destructoras, que casi son una misma cosa.

En tiempos tan remotos no era rara tal conducta, porque los indios habían alcanzado una

civilización tan avanzada que la guerra era ya casi desconocida, y sólo por las necesidades de la administración y del poder, o por rutina tradicional, conservaban los caciques cohortes guerreras, simulacros de combates, y justas y torneos.

La ciencia había adelantado tan prodigiosamente que se había llegado a entender con perfección el habla de los animales, y aun se platicaba asimismo con seres sobrenaturales, con espíritus, hadas y duendes, que de tiempo en tiempo, cuando lo juzgaban necesario, se dignaban ponerse en comunicación con los indios, o para librarlos de algún mal, o para reprobarles alguna acción pecaminosa, y no pocas veces para anunciarles la buena ventura y protegerlos.

En medio de tan asombroso adelantamiento, con aquel comercio sobrenatural, para nada necesitaban libros de maravillas como los que forman hoy el encanto de los pensadores y filósofos, como que todo se lo sabían al dedillo, y podía decirse que le mamaban con la leche. Ellos se les hubieran reído en las barbas, y de la mejor gana, a Aristóteles y Platón, a Descartes y Bacon, a Voltaire y Comte, a Humboldt y Cuvier, a Flammarion y Edisson, y a todos los sabios de que se ufana el mundo moderno. Lo único que conservaban eran las obras de arte: los cuadros de los grandes pintores, los cantos de los poetas, los prodigios de los escultores, y las melodías de los músicos, porque encontraban en ellos solaz y deleite, y los consideraban de origen divino. Así es que, yo lo aseguro con sinceridad, aquello era una bendición de Dios, un

nuevo y más fecundo paraíso, y no era de extrañarse que hubiera seres de corazón tan noble y compasivo como Kariola, que este era el nombre de la india que gobernaba en aquel lugar.

Kariola era viuda del cacique Parajuro, un cacique de los tiempos de paz, tan humano como su compañera y que no había tenido más ejército que una centena de labriegos que trabajaban sus campos y le habían amado y respetado, más que por su poder, que no se había hecho sentir, por su liberalidad y mansedumbre.

Kariola, pues, vivía feliz en medio de sus labriegos, en el modesto caney de sus antepasados, sin haber pensado nunca en que hubiese en el mundo mayor poderío y felicidad que los que le habían tocado en suerte durante vivió el inolvidable cacique Parajuro, desmintiendo así con su abnegación y conformidad la máxima, desconocida en aquella época patriarcal, de que el que más tiene más desea; porque a pesar de todo, la ociosidad no había parecido todavía y todos tenían algo con qué engañar el tiempo; pero Kariola veía que los años de la vejez se acercaban, y como quería entrañablente a su hijo, dió en la debilidad de todas las madres, en desear lo mejor para él, el mayor poder y la mayor riqueza, sobre que, siendo de suyo caritativa y misericordiosa, anhelaba asimismo tener medios para mayores beneficios.

A menudo suspiraba, y se decía:

—Este chico, Sarare, parece nacido para cosas de ver, y si yo pudiese proporcionarle suficiente riqueza, su poder sería tan grande o

mayor que el del señór rey de la nación Caiquetía. Si yo he sido buena y santa, y mi señor Parajuro no lo fué menos, ¿por qué el Grande Espíritu no ha de protegerme, y los genios y las hadas no han de venir un día a levantar el esplendor de mi raza?

Lo que comprueba que la riqueza ha sido siempre una gran corruptora, y la ambición una desalmada que no perdona ni a los benditos de Dios en las épocas patriarcales. De aquí colegiréis, amigos míos, que tenéis la bondad de leer esta historia, que yo no os engaño y lo que os cuento es auténtico de todo punto.

Kariola, pues, suspiraba, y mientras tanto el chico crecía y más crecía; y contaba ya seis años, y prometía ser hombre de juicio y provecho como sus venturosos padres, cuando Kariola, que tejía un manto sentada al pié de la ventana del caney, sintió un ligero ruido y creyó ver caer sobre sus rodillas una lluvia de zafiros y esmeraldas, a tiempo que oía con asombro un clamor lastimero:

—¡Krré, krré!

Era el rey de los Gálgulos, quien, brillante de verde y azul, agitaba las preciosas alas y daba aquel grito tratando de esconder la cabeza entre los pliegues del manto de la india, que lo estrechó a su pecho y sintió al momento el latir del corazoncito asustado del rey.

Aquel grito quería decir *¡sálvame, sálvame!* y la india versada en el idioma de los Gálgulos, lo comprendió fácilmente.

El idioma de los Gálgulos, según las apun-

taciones críticas de un sabio lingüista otomaco que encaneció en el estudio de la filología de los gorriones dentirrostros, era de una sencillez encantadora. Era monosilábico, y todo su caudal se reducía a cinco sílabas: *krré, ke, re, rek, kerr,* entre las cuales, como se ve, no había más que tres letras, la *k,* la *e* y la *r* con sonido fuerte; pero lo más admirable era cómo, por medio de diversas combinaciones, y de inflexiones fonéticas, alargando o disminuyendo el sonido de las letras y de las sílabas, formaba todos los términos necesarios para expresar el pensamiento, y hasta tenía tiempos objetivos, el aoristo y el perfecto, dos futuros como el sánscrito, y doble conjugación como el húngaro. El verbo sér no cumplía ninguna función morfológica; era, en suma, un idioma reductivo, concreto, sin que psicológicamente tuviese tendencias analíticas, diacríticas ni abstractas, en lo que se parecía a no pocas lenguas, como la mayor parte de las americanas, hiperbóreas y polinesias.

—¡Pobrecito! exclamó la buena india repuesta de su sorpresa. Tu corazón palpita acelerado, y tiemblas como si hubieras llevado un buen susto.

—¡Ya lo creo! contestó el Gálgulo ya más tranquilo; si no hubieras tenido abierta la ventana por donde me precipité, ¿quién sabe lo que habría sido de mí? porque ya carecía de fuerzas.

—¿Y qué peligro te podía amenazar, a tí tan lindo y tan manso?

—¿Qué peligro? ¡Pues! El viejo mago, el

viejo solitario de las montañas, Caricari, con su pico corvo y sangriento . . .

—Alguna maldad le habrías hecho, angelito.

—¿Yo? ninguna. Yo soy el rey de los Gálgulos, tributario de Nahila, el hada de los pies de rosa, soberana de los lagos azules.

—¡Ay! ¡tan grande eres y te asusta el Caricari!

—¡Ahí verás tú! Los magos son tan poderosos como las hadas, y Caricari es el mago de las montañas que asuela nuestros hogares.

—Caricari tendrá algún resentimiento de vosotros.

—¿Qué si lo tiene? ¡Pues no ha de tenerlo!

—A ver, cuéntame eso.

—Es muy sencillo. Caricari estaba loco de amores por Nahila, y Nahila, que odia la maldad como todas las hadas, lo despreció, y casó luégo con el emperador Colibrí, por lo que Caricari ha jurado destruirnos a todos.

—Pero buen trabajo tendrá luchando con un hada tan poderosa.

—Ya lo creo; y yo hubiera burlado su persecución si el miedo no me hace olvidar la palabra que me dió Nahila.

—¿Conque Nahila tiene facultades tan maravillosas?

—¡Y tánto!

—¡Qué feliz fuera yo si pudiera tenerla por amiga y recibir sus favores!

—Pues no es difícil. Ella te quiere porque sabe que eres buena, y ahora te querrá más porque me has salvado.

—¿Tú se lo vas a decir?

—¡Y cómo no! y si quieres haré que venga a verte. ¡Ya verás pue poderosa y magnánima es!

La buena india sintió ensanchársele el corazón, y le dió gracias al rey de los Gálgulos, que después de prometerle volver con Nahila, echó a volar y desapareció como por encantamiento.

Nahila no se hizo esperar mucho.

¡Qué hada tan preciosa y tan delicada era Nahila! De estatura como que no medía más que dos pulgadas, pero sus formas eran correctas, delineadas admirablemente, hermosas y mórbidas, y su cutis era al modo de pétalos de lirio recién abierto; su cabellera podría darle color y brillo al oro, y sus ojos eran garzos y lucían como un astro. Venía en un carro que semejaba un pétalo de rosa, vestida con finisima tela blanca hecha de hilos de nieve, y ceñía corona de perlas que parecían gotitas de rocío por el fulgor que despedían. Del carro tiraba el rey de los Gálgulos, y fijaos bien en esto, porque debía ser prodigioso el poderío de aquel hada cuando todo un rey le servía de carrucario, y atravesaba los aires con majestuosa pompa, precedida de seis vistosos trompeteros, y rodeada como una papisa de coquetos cardenales vestidos de púrpura con mantos azules, birreta negra, y capelo rojo en forma de penacho.

Cuando la india oyó el sonar de los trompeteros y advirtió el *kerr, kerr,* del rey de los Gálgulos, acudió a la puerta llena de curiosidad

y esperanzas, y quedó suspensa ante el maravilloso espectáculo.

Nahila descendía del carro, creciendo, creciendo, hasta desplegar espléndida hermosura con las más bellas formas esculturales que haya podido concebir la imaginación soñadora de los poetas orientales.

—Grande honra recibe hoy mi casa, dijo Kariola con voz trémula.

Nahila le tendió la mano con gracia y dignidad.

—Yo he sabido de tu buen corazón y de tu mansedumbre, contestó Nahila, y tus buenas obras me han obligado a darte testimonio de mi aprecio y gratitud.

—La gracia de las reinas regocija el corazón de sus vasallos y los esclaviza, dijo Kariola haciendo entrar a Nahila en el caney.

—No te asombres del afecto que te profeso, porque las almas buenas como la tuya tienen derecho a ser amadas y protegidas. Dí lo que deseas.

—¡Oh felicidad! ¡La excelsa reina Nahila, quiere proteger a su esclava! La esclava envejece ya, pero tiene un hijo, y por él y para él quisiera poder y riquezas.

—No está la felicidad en el poder y la riqueza, Kariola, y antes son ellos origen de infinitas desgracias?

—Pero son lo que me falta para considerarme feliz. ¿Por qué habríamos de temerlos si no somos indignos de ellos.

—Pues eso es todo lo que deseas, yo te lo

daré; y si un día tienes necesidad de mí, para librarte de alguna desgracia, llámame.

Y Nahila dió con el piesecito en tierra, dió tres veces, y Kariola sintió un mareo, como si la tierra diese vueltas en torno de élla, y cuando volvió en sí contempló con grande admiración maravilloso prodigio.

Nahila y su córte habían desaparecido; el caney no existía, y Kariola se encontraba en un palacio gigantesco, de pórfido, mármol y oro, con preciosos jardines, muebles riquísimos, baños y surtidores, y cuanto pudiera imaginarse para la comodidad y el lujo.

Kariola creía estar soñando. Su manto era de púrpura, y Sanare estaba vestido con una pequeña clámide de brocado bordado en perlas y oro.

Asomóse, impulsada por la curiosidad, a uno de los balcones; y su asombro levantó de punto hasta el extremo de frotarse los ojos para asegurarse de que estaba despierta. ¿Quién no iba a creer que era un sueño lo que la india estaba viendo? Quintas suntuosas, alamedas, plazas, y vegas y huertas, con frondosos árboles y plantas no conocidas, alrededor de un hermoso lago azul; y allá, en la lejanía, el mar que batía las rocas y las playas con sus aguas espumosas, el mar que aunque sólo distaba una legua nadie lograba ver antes, por lo bajo del valle. Los árboles estaban cargados de fruto; los duraznos parecían de oro; los hicacos hermosas perlas; gigantescas esmeraldas las manzanas. Los pájaros revolaban cantando, y las mariposas revolo-

teaban entre los tomillos, las rosas y los mirtos. Y como en las vegas culebreaban al viento las espigas de los trigos, sólo allí conocidos por merced de Nahila, y amarilleaban los maizales y se erguían los cocales, el estupor de Kariola no tenía límites, porque tal paraíso y tanta riqueza y esplendor, eran más de lo que élla había soñado.

—¡Bendita seas, Nahila! exclamó al fin, y cayó de rodillas.

Kariola vivió aún algunos años más, y fué muy feliz porque vió acrecentarse sus bienes y su poder, crecer a Sarare en el ejemplo de sus virtudes, y extenderse la población merced a sus beneficios y a la fertilidad y grandor de sus dominios.

Muerta élla, el poder pasó a Sarare, que llegó a ser poderoso entre los más poderosos caciques de la nación Caiquetía. No había magnate que no solicitase su alianza, o le rindiese tributo de respeto, o atendiese a sus recomendaciones; pero, con la edad y el brío, el carácter de Sarare se fué endureciendo, y la ambición y la avaricia anidaron en su corazón, como sucede casi siempre a los potentados a quienes la ociosidad corrompe y exaspera.

Los graneros del cacique no acudían ya al remedio de las necesidades del pueblo, y mientras más atesoraba el cacique más anhelaba, como si sus almacenes fuesen el tonel sin fondo de la leyenda. Con la ambición vino la guerra, con la guerra las victorias, y sus dominios se ensancharon a costa de sus vecinos. El nombre

de Sarare hacía temblar a todos los reyes y caciques del Continente, y como las continuas guerras lo habían adiestrado, se coligaron todos contra Sarare y asolaban a cada paso sus pueblos y sus posesiones, lo que irritaba cada vez más el corazón del tirano, que en su soberbia no se acordaba ya de Nahila ni de los sucesos a que debía su poderío.

La guerra trajo al fin el hambre y la peste, y miles de hijos del pueblo perecían, y ancianos y niños clamaban favor y auxilio; pero Sarare permanecía sordo y ciego porque estaba ya acostumbrado a mirarles como esclavos, que en esto paran siempre el espíritu de los tiranos y el servilismo de los pueblos.

Un día el sacerdote del Grande Espíritu, Mature, varón de gran virtud, condolido de la miseria que asolaba la población, tuvo una larga conferencia con el cacique en el propósito de conmover su corazón e impulsarle a abrir sus graneros para aliviar el hambre devoradora del pueblo, pero sus esfuerzos fueron infructuosos.

—Mis graneros, le dijo Sarare, han disminuido hasta inspirarme el temor de verlos pronto exhaustos. Yo tengo que sostener mi guardia, Mature, y que ver por el porvenir.

—El porvenir, dijo el sacerdote con aire sombrío, sólo corresponde al Grande Espíritu; el hombre es polvo que el viento de su cólera arrastra, y mucho me temo que todo esto que pasa no sea más que un castigo.

—¡Castigo! ¿y de qué? ¡Castigo! ¿y por qué? exclamó el cacique lleno de ira, ¿porque no de-

jo morir también de hambre a mis guerreros? que el que quiera se retire y busque trabajo donde pueda encontrarlo.

—¿Y el Grande Espíritu?

—¡Mature!

—Soy sacerdote del Grande Espíritu.

—Y eso salva tu cabeza; pero si crees que la miseria es obra suya, pruébalo y aplaca su ira.

—Tu soberbia era la que debía aplacar, murmuró entre dientes el sacerdote.

Al fin convinieron entrambos en hacer ofrecimientos al Grande Espíritu; pero, en vano.

En vano se dirigieron en procesión expiatoria al hermoso lago azul, santuario consagrado al sol por la fe de los indios; en vano arrojaron en su seno saquillos de oro y paladas de esmeraldas y de perlas; en vano inmolaron vírgenes y salpicaron con la sangre las piedrezuelas de las orillas, y arrojaron al fondo los cuerpos en medio de cánticos y lamentaciones; y en vano esperaron largos días. El lago permaneció impasible, y el Grande Espíritu mudo e inexorable.

Y al fin estalló la cólera del pueblo, persuadido de que sus dioses lo habían abandonado, y se dirigió tumultuado al palacio del cacique, y pidió a voz en grito trabajo y pan para sus hijos; pero el cacique permaneció sordo al clamor popular, y se preparó con sus guerreros a rechazar el tumulto.

Contenía aún al pueblo el respeto tradicional a sus señores y el terror sapersticioso a lo desconocido, de tal modo se hallaban ligadas la autoridad y la religión, cuando Mature, revesti-

do de sus insignias sacerdotales, les arengó despechado.

—Todo ha sido inútil, les dijo; Sarare no tiene entrañas y los dioses le han abandonado. Disponed, pues, de todo, haced como yo para salvaros,

Y dando ejemplo al pueblo, el sacerdote extendió el brazo, y de la rama de un manzano tomó una fruta y la mordió.

Pero el cacique, dominado por la soberbia y la ira, y antes que la multitud, llena de estupor, volviese en sí, ordenó colgar al sacerdote y arrojar el cadáver al lago.

—¡Miserable! exclamó Mature cuando los guerreros lo conducían a la horca; permita el Grande Espíritu que te veas hundido en la miseria a que has reducido a tus súbditos, y que el viento esparza tus cenizas.

—¿Yo? exclamó Sarare estremeciéndose aterrorizado, ¿yo? . . . y tratando luégo de reírse mandó lanzar el cadáver al lago.

Se sintió como un ligero temblor; huyó el pueblo espantado; y Sarare, rodeado de sus guerreros, vió con asombro extenderse sobre el lago y la ciudad nieblas frías y espesas como si fuesen las alas poderosas del Grande Espíritu; y cuando se disiparon viéronse todos a las caras sobrecogidos de espanto.

Palacios, árboles, plantas, lago, todo había desaparecido. Las aves cruzaban huyendo como perseguidas por un mal genio, y se escuchaba la lamentación lejana y triste del rey de los Gálgulos.

En medio del terreno estéril y arenoso donde había tenido asiento el lago azul, alzábase el follaje solitario y siniestro de un árbol cargado de pequeños frutos: el follaje del funesto manzanillo, a cuya sombra mortal durmieron el sueño eterno Sarare y sus guerreros.

1892.

EL INGENIERO CHATILLARD

A Achille Millien.

I

El Conde de Chatillard entró a su aposento, encendió una bujía, y sin quitarse siquiera el abrigo ni el sombrero, abrió una carta que acababa de entregarle un mandadero que le había estado esperando en la esquina.

La carta, de letra de mujer, sólo contenía dos líneas sin firma, y un billete plegado con estudiado esmero.

Las dos líneas decían simplemente:

"Al fin, va la prueba que ofrecí a usted al darle el primer aviso. Sólo usted lo ignoraba."

El Conde, pálido y trémulo, abrió el billete y leyó:

"Luis de mi vida:

"La suerte se cansa de perseguirnos. Como el trayecto está ya terminado, él tiene que ir a T., donde permanecerá ocho días. Te espero con ansiedad a la hora convenida.

"Tu *Antonia*."

—¡Luis, Luis!—murmuró el Conde ahogando la ira;—¡Luis Fourcaud, el miserable, y la que me escribe es su mujer, María Ribagorza!

Y el Conde, lívido y como desvanecido, se sentó a su escritorio con los puños apretados, y permaneció con la cabeza inclinada, sumido en una meditación profunda.

El Conde de Chatillard, ingeniero del ferrocarril de Mollendo a Titicaca, era uno de esos nobles franceses arruinados a quienes el deseo de rehacer su caudal perdido en las revoluciones de la patria, lanza por el mundo y principalmente por los países inexplotados de América, cuya prodigiosa riqueza los atrae poderosamente.

Desde los principios logró hacerse notar por sus conocimientos científicos, y al fin alcanzó una de las plazas principales en el ferrocarril de Mollendo.

Su posición, su juventud, su comprobado valor, y más que todo, su título de Conde, que aunque sea un contrasentido, ejerce influencia favorable entre los republicanos de la América Española, le abrieron todas las puertas, y puede decirse que era el partido más codiciado por las familias distinguidas.

Fuese por amor o por conveniencia, el Conde de Chatillard casó en Mollendo con Antonia Ruíz de Lima, heredera de una antigua y poderosa familia, a la cual pertenecían las más pingües posesiones de Titicaca, avaloradas en muchos millones.

Antonia era hermosa y casquivana, y se dejó seducir por el título de Condesa, que ostentó en los salones de París, para regresar a Mollendo más aturdida e insustancial de lo que antes era; y como además no había logrado tener hijos, no era extraño que en tales circunstancias y con aquel carácter hubiese hecho liga con Luis Fourcaud, íntimo amigo y compatriota del Conde, y mozo arrogante, audaz y astuto, cuyas aventuras amorosas le habían dado cierta celebridad.

El Conde de Chatillard, hombre de leales sentimientos en sus relaciones de amistad, estaba lejos de sospechar que fuese Luis Fourcaud, su amigo y protegido, el cómplice de su mujer; así fué que la evidencia lo hundió en una meditación intensa y dolorosa, de la cual salió al fin con una terrible resolución en el alma. Su admirable sangre fría le ayudaba a salir siempre airoso en sus proyectos.

Pensaba que quitándole la vida a él no por eso quedaba menos deshonrado; que suicidándose, les daba completa libertad para amarse; y que matándola a ella, Fourcaud quedaba impune y su honra no ganaba gran cosa, ni dejaba él tampoco de sentir la mordedura de serpiente que le sangraba el corazón; y que, por lo tanto,

debía tomar venganza más segura y provechosa.

El Conde se acostó aquella noche en su aposento, pero no pudo dormir, inquieto e impaciente, anhelando ver la luz del alba.

II

Cuando la claridad del día penetró en su aposento, el Conde de Chatillard se puso en pié, se vistió y pasó a la alcoba de Antonia.

Antonia dormía aún, apoyada la cabeza sobre el brazo desnudo: un brazo como cincelado, muelle y blanco al modo de un copo de nieve.

Sus cabellos, negros y espesos, caían en desorden sobre el seno, y en sus labios se dibujaba una sonrisa.

El Conde se detuvo, a pesar suyo, y contempló con admiración la hermosura de su mujer, que suspiró y murmuró: te amo.

El Conde se estremeció; pero dominándose inmediatamente, la despertó.

Estaba pálido, si bien tranquilo y sonreído, con toda la cortés amabilidad de un parisiense de la vida elegante.

—¡Ah! ¿es usted? exclamó Antonia ruborizándose.

—Soy yo, amiga mía; no he querido irme sin despedirme y avisar a usted que por fin será esta tarde cuando iremos a Titicaca.

—Verdad es que ustedes los franceses se mueren por una cacería.

—Si usted no quiere pasar unos díás con sus padres, iremos solos Luis Fourcaud y yo.

—No, Conde, no lo decía por eso; crea usted que lo acompaño con sumo placer; con usted iría hasta el extremo del mundo.

—No lo dudo, dijo el Conde asombrado de la tranquilidad y disimulo de su mujer; puede ser que cualquier día hagamos juntos un viaje bien largo.

—¿A la China? preguntó Antonia riendo.

—O más lejos, repuso el Conde con abandono.

—¿A qué hora partimos hoy?

—A las dos; debo avisar a Luis.

—Estaré lista, amigo mío.

—Hasta las dos, pues.

Y el Conde estrechó la mano muelle y suave que le tendía Antonia, y salió.

El Conde hizo avisar a Fourcaud, preparó un tren expreso que dijo de paseo y quiso guiar él mismo, y a las dos el silbido de la locomotora anunciaba la partida de nuestros viajeros.

No era esta la primera vez que en tales excursiones tenía el Conde el capricho de dirigir la máquina, con gran contentamiento de Fourcaud y de Antonia; pero sí la primera vez que hacía uso de frenos automáticos, de aire comprimido, que había hecho construir por la Sociedad Westinghouse, y cuya fuerza retardatriz, permítase la palabra en gracia de la precisión, aumentaba proporcionalmente a la velocidad adquirida, de modo que podía pararse el

tren en las tres cuartas partes de la distancia necesaria con los frenos comunes.

—Con estos admirables frenos, les dijo el Conde sonriéndose, no hay peligro, y todo se me hace inútil, por lo que he hecho salir hasta al fogonero. Es un ensayo magnífico; ya lo verán ustedes.

Fourcaud, sin embargo, sintió helársele el alma al considerar su situación respecto al Conde, y lo desigual y peligroso de aquella línea boliviana, que atraviesa enormes alturas y extraordinarias pendientes; pero Antonia se sonreía y lo tranquilizaba.

—No sabe nada, le decía, ¿y cómo lo adivinaría? Luégo, él va con nosotros.

El tren llevaba una velocidad extraordinaria; se conocía que estaba recargada de vapor la máquina; trepaba ya la cumbre, y Fourcaud y Antonia comenzaban a sentir el soroche o mal de montaña que en aquellas increíbles alturas se apodera con intensidad de los viajeros no acostumbrados a la influencia fisiológica que produce tan sensible descenso en la presión atmosférica. Y fué en aquellos momentos de angustia, de dolores neurálgicos y desfallecimiento de fuerzas, cuando el Conde de Chatillard en pié, imponente, soberbio, con la cabellera en desorden batida por el viento de las montañas, se sonrió con ferocidad y, asomándose a la puerta del wagón, arrojó a los piés de Antonia el papel que ella había escrito a Fourcaud, y le dijo:

—Ahí va el pasaporte, ya vamos en el largo viaje, más allá de la China.

Antonia arrojó un grito de desesperación, y cayó desmayada; y antes que Fourcaud, lleno de súbito asombro y de terror, pudiese volver en sí, el Conde de Chatillard, aprovechando una curva de poco radio en la increíble pendiente de aquella parte de los Andes, echó mano al contrabajo y precipitó violentamente el tren, con tal ímpetu, que saltando sobre los rieles fué a caer despedazado en el abismo.

Dos días después el diario de Mollendo daba noticia de la terrible catástrofe, y agregaba:

"No se sabe a qué se debe tan lamentable suceso; probablemente el maquinista se hallaría en estado de embriaguez.

"Ignórase el número de víctimas, pues hasta ahora sólo se han podido recoger tres cadáveres, horriblemente desfigurados. Créese que dos de ellos son los del señor Conde de Chatillard y su amante esposa."

EL PUÑAL DE ORO

—

—Y bien, amiga mía, todavía nada me has dicho de los verdaderos motivos de tu rompimiento con tu marido el Barón Enrique Van Degen. Cuando lo supe en Nueva York me quedé asombrada recordando el inmenso amor que os había unido.

—Es ese un secreto, Andrea, que nadie ha traslucido, y tanto más que encierra un verdadero drama de familia.

—¿De modo que ya no somos las compañeras de colegio que no teníamos secretos la una para la otra, y Andrea González es una extraña para Marta Randolph?

Dijo esto Andrea con tánta extrañeza y tal dejo de despecho, que Marta la contempló con una mirada de profunda vacilación.

Las dos eran hermosas como un brillante ensueño: Marta rubia, de ojos azules con un fondo oscuro y turbador que recordaba la sima de un abismo, el vórtice oculto de un volcán, y de cutis deliciosamente fino que semejaba pétalos de gardenia, al través de cuya blancura parecía verse hervir la sangre con un color de rosa delicado y transparente, como deben tenerlo las alas de los ángeles; Andrea, de estatura más pequeña, esbelta como una palma, morena, pálida, con ojos negros y grandes, velados por largas pestañas sedosas.

En aquel saloncito de la quinta o *hatico* de Marta, entapizado lujosamente, adornado con cuadros bellísimos, algunos de Michelena y de Rojas, y otros de Gustavo Moreau, con asuntos fabulosos y escenas realistas en que la carnación encendida y la pureza del dibujo conmovían fuertemente y parecían arrastrar las almas trémulas a los altares de Venus y al paraíso de Mahoma; viendo por la rejilla abierta los altos cocoteros y la extensión azul del lago, como sembrado de brillantes y orlado de encajes a los rayos del sol y al soplo de la brisa tibia y suave que llevaba hasta ellas el aroma de los nardos y de las rosas del cercano jardín; aquellas dos mujeres, en tal momento ansiosas y poseídas de sus recuerdos, se sentían como embriagadas por las voluptuosidades de la naturaleza.

—¿Para qué, dijo al fin Marta con ademán melancólico, para qué quieres saber esa historia, que yace escondida en lo más recóndito de mi alma? ¡Son tan extrañas las cosas de la vida!

—Siempre fuiste un diablillo, aun más terrible que yo. ¡Qué de secretos tuyos no guardo en el cofre de mi alma desde que éramos colegialas! Pero te casaste tan enamorada cuando yo estaba en los Estados Unidos, que me he visto contrariada; sobre todo al saber algo de amores tuyos con Roberto Aguilera.

Los ojos de Marta relampaguearon de súbito, y con impulso nervioso la interrogó:

—¿Y quién te dijo tal cosa? ¿Luisa Albornoz?

—Ah, querida mía, ¿conque ya dí en el clavo? Yo sólo supe que él te visitaba con frecuencia.

—Y te engañas, pues no fué por eso por lo que el Barón y yo nos separamos para siempre; yo provoqué la separación absoluta.

—¿Tú? ¿Tú misma?

—Yo, querida mía; al fin voy a contártelo todo.

—Gracias a Dios, pues ya creía haber perdido mi mejor amiga y confidente. ¡Es cosa tan triste, Marta, perder las ilusiones y el viejo cariño y la confianza de los seres amados! Vamos, cuenta, que ardo en deseos de conocer tu historia.

Marta permaneció un momento silenciosa y pensativa; pero hubiera sido necesario ser muy dura de corazón para resistir a aquel acento de sirena y a aquella amistad que había sido uno de los mayores encantos de su vida de soltera.

Al fin, lanzó un suspiro, y dijo con cierto abandono:

—Tienes razón, entre nosotras no debe haber secretos; debemos ser siempre las mismas y apoyarnos en todos los asuntos de la existencia. Cuando principiamos la vida del mundo todo lo vemos de color de rosa, cubierto de flores y como a merced de nuestros deseos, porque no sabemos que las flores tienen veneno y los deseos suelen matar. ¡Qué tarde se adquiere la experiencia, y a costa de cuántos desengaños y dolores!

—Pero entiendo que la vida independiente que llevas te la has creado tú misma y no parece que te haga infeliz. Rica, hermosa, agasajada y envidiada, nada te falta.

—Me falta todo, porque la riqueza y la hermosura nada valen sin la fé y la tranquilidad del alma.

—Me das miedo; tal vez te ha faltado filosofía; hay que aceptar el mundo como está hecho, y pensar que no puede ser perfecto.

—Lo que es el mundo es estúpido, porque todo se vuelve convenciones que el hombre nunca respeta.

—Estás moralizando como Ravachol.

Marta no pudo dejar de reír de la salida de Andrea, que le enlazó la encantadora cabeza y le dió un beso en la boca.

—Pícara, le dijo ésta, cuéntame tu historia y deja tu lógica para Luisa Michel.

—¡Ah! santa Andrea, ojalá hubiera yo tenido el ímpetu y la audacia de un anarquista. Es que tú no sabes lo que es el orgullo lastimado

ni el amor herido. ¿Te acuerdas de Cristina Torelli, la hija de mí madrastra?

—¿Cómo nó? Hermosa y hechicera muchacha que parecía una virgen de Murillo.

—Estás injuriando a las vírgnes de Murillo. Cristina era apasionada como una hetaíra, y tenía todos los diablos en el cuerpo.

—Me llenas de asombro.

—Calla y óyeme. Mi madrastra, tú la conoces, es una mujer romántica, que, además, heredó de su madre un españolismo como no he visto otro. Se empeñó en ir a España, en ver el Cristo de Burgos, la Alhambra, el Sepulcro de Santiago, la casa en que murió el Gran Capitán, la en que murió San Juan de Dios, el Escorial, y qué sé yo cuántas cosas más; y fuimos a España. Ella se embebecía en la contemplación de las maravillosas mansiones de los reyes moros y godos. Las torres magníficas, las fachadas góticas, los techos mudéjares, los gallardos arcos árabes, la fina labor de los alicatados, todo lo que contemplaba la enloquecía. Yo, por el contrario, buscaba los cármenes, los bosques tupidos de grandes árboles, la senda estrecha y escarpada, los riachuelos pedregosos, la selva con su olor fresco y sano; porque siempre he tenido predilección por la naturaleza, que tiene palacios, cúpulas, techos, alicatados, ruidos y aromas que nunca igualará el hombre en sus imitaciones. Nada me complace tánto como el mar, imagen del infinito, de la hermosura y de la inmortalidad. Contemplar el lejano horizonte, las ondas azules, la espuma blanca, la reverberación

del sol que la esmalta de vivos brillantes, una vela perdida en la lejanía como un ala de cisne, un penacho de humo que se descoge como una ancha cinta de plata, y sube en espirales, y forma luégo flotantes nubes que se desvanecen al soplo del viento; el ruido de las olas que se estrellan contra las duras rocas, o el de la resaca que arrastra las piedrezuelas y los caracoles; ver las bandadas de aves marinas que cruzan como un cuerpo de ejército, rasando las aguas, y se elevan y se arrojan sobre la presa aleteando de satisfacción, y se dejan mecer luégo voluptuosamente por las ondas; eso es lo que a mí me distrae y me deleita. Así, de lo que vimos en España, fué Cádiz lo que más me agradó; y de Cádiz el hermoso puerto, el Campo del Sur, la Caleta, la Alameda de Apodaca, el Parque Genovés.

—Siempre la misma Marta romántica y soñadora; ¿en qué novela has leído lo que estás diciendo?

—Piensa lo que quieras, locuela, y oye. En el Parque Genovés conocí al Barón Enrique Van Degen. Era una mañana fresca, alegre y aromada, llena de ese olor suave y penetrante de las hojas nuevas y húmedas, que parece ensanchar los pulmones y darnos un poderoso soplo de vida. El cielo semejaba una inmensa cortina de zafir límpido y brillante, y el mar lo reflejaba blandamente agitado por la brisa. Yo tenía a la sazón dieciséis años, y era viva e inquieta como azogue, voluntariosa y terca: pero entonces ningún mal pensamiento ni ningún de-

seo extraño turbaba la dulce tranquilidad de mi vida. Mi madrastra, que, como sabes, es una mujer de carácter débil y bondadoso, me dejaba hacer cuantas locuras me venían en gana, y aquella mañana sentí vehementes deseos de correr por las orillas del mar, de respirar la brisa marina, y de hollar las piedrezuelas y los caracoles.

—¿Y Cristina?

—Cristina había quedado aquí en Maracaibo con sus dos hermanos y mi padre. Si a algo le tuvo ella miedo en este mundo fué al mar; por nada de este mundo hubiera consentido en atravesarlo. Si hubiera estado conmigo es probable que no hubiera habido drama.

—Ya creo adivinar tu historia.

—No la adivinarías, ya verás. ¿Por dónde iba yo?

—Me parece que corrías por la playa como una bacante, aunque no me has dicho si llevabas pámpanos.

—Pero ya verás como apareció el sátiro. Corría y saltaba, cuando resbalé en las piedrezuelas húmedas y amontonadas, y caí violentamente. Al tratar de incorporarme con presteza, porque ya una ola se me venía encima, volví a caer: pero en el instante sentí dos brazos vigorosos que me suspendían y me salvaban. Imagínate mi sorpresa y confusión en aquella ridícula caída al encontrarme en brazos de un joven hermoso, blanco, rosado, con ojos de un azul profundo, y cabellos rubios y ensortijados como los de una cabeza de Pedro Pablo Rubens.

—Claro, era tu Barón Van Degen.

—Aquel incidente me pareció tan singular y me preocupó tanto que lo juzgué obra del destino; y más tarde, cuando él me habló de la pasión que decía haberle inspirado yo, le creí ciegamente y le abrí confiada mi corazón, sin pensar si lo que le había cautivado era mi belleza o la riqueza de mi padre.

—¿Por qué no había de ser tu hermosura?

—Era un noble flamenco arruinado.

—¡Ah!

—Mi padre quiso conocerle, y exigió que la boda se efectuase en Maracaibo, a lo que él nada objetó. Yo estaba loca de contento; era una ventura que no había soñado; sentía una cosa extraña, inesperada, una sensación desconocida de placer, como si hubiese cogido el cielo con los manos . . . Pero ya tu recuerdas lo que decía Casandra indignada, que la prosperidad del mortal le causaba más lástima que su desventura.

—Sí, por ser vana imagen brillante que oscurece una sombra y desvanece una gota de agua.

—Una ilusión que engendra el desengaño y el dolor. Pero en aquella época en que el mundo resplandecía a mis ojos, yo creía en todo, hasta en los combates de los enanos con las grullas que hacía reír tanto a nuestro maestro de literatura. Enrique era de una belleza extraordinaria, como pintan a aquel Aquiles, hijo de Júpiter y de Lamia, que provocó los terribles celos de Venus. Cristina, a quien tú comparas

con las vestales, y que era en verdad una vestal como Claudia, de hermosura sobrenatural, morena, esbelta, apasionada y audaz, tenía una singularidad excepcional, los ojos, ojos hermosos, centelleantes, de color azul oscuro o gris, rayados de amarillo, y que parecía variar como un caleidoscopio; ojos felinos, parecidos a los del tigre o a los de la gata, cuya molicie y voluptuosidad tenía ella en sus movimientos.

—Me causas sorpresa; el poeta Yepes me dijo de ella en cierta ocasión: ¡hermosa mujer! pero nunca me casaría con la que tuviera esos ojos y esa mirada tan penetrante y sombría. ¿Por qué? le pregunté; me daría miedo, repuso.

—Y ya verás que le sobraba razón, observó Marta reclinándose muellemente en un almohadoncillo de seda bordado en flores. Desde el día de nuestra llegada a Maracaibo observé la impresión que Enrique hizo en Cristina, y la admiración con que él contempló su hermosura; pero lo creí natural y no me preocupó gran cosa, pues la belleza extraordinaria de Cristina llamaba la atención de todos, y hasta los viejos taciturnos y trémulos la seguían con mirada codiciosa, sintiéndose revivir al recuerdo de la juventud y del amor. Nuestro regreso fué festejado con bailes y jiras, y el matrimonio quedó convenido entre mi padre y el Barón para aquellos mismos días. Cristina hizo, sin duda, cuanto pudo para arrebatarme el corazón de Enrique. Yo sólo observaba que ella palidecía, buscaba la soledad y se tornaba meditabunda y triste, tanto que a las veces me inspiraba lástima, bien que fre-

cuentemente al meditar en su conducta sentía germinar en mi alma ciegos impulsos de odio: y ello que yo no sabía lo que pasaba, ni de todo lo que era ella capaz.

Marta calló por un momento; respiraba con ansiedad y sus mejillas se coloreaban, como si aquellos recuerdos le mordiesen el corazón. Luégo continuó con un impulso violento:

—Voy a abreviar el relato, porque me hace mal recordar tales sucesos. Sábelo de una vez. A los dos meses de nuestro matrimonio, cuando yo no veía a Cristina sino muy rara vez, porque sentía en mí una repulsión instintiva al verla y hablarle, recibí de ella el golpe más rudo que puede anonadar el corazón de una mujer. Era ya tarde de la noche. Yo había llegado a amar con locura al Barón. Su hermosura, sus maneras corteses, su caballerosidad, que llevaba hasta la exageración, y el amor que parecía tenerme, me habían cautivado, y me tenían orgullosa y feliz, pues nada sospechaba de él. Aquel día se había embarcado con rumbo a Europa, asegurándome que regresaría dentro de dos meses, pues sólo un asunto urgente de familia le obligaba al viaje. Yo había llorado mucho y sentía ya con desesperación no haberme empeñado más en acompañarle, cuando recibí una carta de Cristina Torelli. La carta rasgó la venda que me cubría los ojos, y me partió el corazón en dos pedazos. Andrea, Andrea, tú no conoces la vida, tú no sabes de lo que es capaz una mujer loca de amor, impulsada por los celos y trastornada por la voluptuosidad, por el delirio solitario de lar-

gas noches de insomnio torturadas por imágenes y sueños diabólicos! ¡Ah! cansada a las veces de la monotonía de nuestras costumbres, yo había deseado en mi vida de soltera que me sucediese alguna cosa singular, alguna aventura sorprendente que sacudiese mis nervios y ocupase mi corazón y mi pensamiento, y creí en Cádiz que aquel deseo, originado por el fastidio de nuestras noches maracaiberas, se había realizado. ¡Qué malo es abrigar esos deseos vagos que parecen un presentimiento! Cristina me escribió pidiéndome perdón. Penetrada de la caballerosidad del Barón, ella misma le escribió con nombre supuesto solicitando una cita en la propia morada de Enrique, si él le ofrecía no levantarle el espeso velo que llevaría, ni tratar de averiguar quién era ella. ¡Ay! aquella noche, la loca le envolvió en una atmósfera de perfumes, de encajes vaporosos, de encanto y de misterio, y de realidades terribles. El conocía demasiado el mundo y respetó el incógnito, pero ella no pudo resistir al propósito de no volver, y volvió una y otra vez, aun la víspera de mi matrimonio. ¿Por qué aquel infame no rompió su compromiso conmigo? Ella no tenía mi riqueza y él contaba con tenerme engañada . . . Y lo hubiera conseguido si Cristina no cambia de estado y no tiembla entonces al pensar en el escándalo, en la furia de sus hermanos y en la deshonra de su familia. Ahora lo veía yo todo con espantosa realidad. El Barón había huído . . . Yo me sentí enloquecer con la lectura de aquella carta . . . ¿Perdón? . . . ¡qué fácil es pedir

perdón! . . . El cuerpo me temblaba, mis extremidades estaban frías, y toda la sangre se me agolpaba a la cabeza. Creí morir; y cegada por la ira y el dolor, pensé en matarla, y corrí a la sala. El escudo de armas del Barón sólo tenía por timbre un puñal, y con tal motivo teníamos en la sala un puñalito de oro en una caja de cristal. En vano lo busqué, la caja estaba en su lugar, pero el puñal había desaparecido . . . Llena de estupor caí sobre el sofá, y un torrente de lágrimas, que tuve como una fortuna, me alivió el corazón, que me ahogaba y parecía querer estallar. No era el amor, no; era el orgullo herido, era la traición lo que me desesperaba.

Después de una amarga noche de insomnio, pálida, trémula, sin darme cuenta de lo que iba a hacer, fuí a casa de mi madrastra. Cristina aun no se había levantado. Entré a su alcoba, entró conmigo la luz al abrir la puerta, y al verla en el lecho, sentí helárseme la sangre en las venas. Envuelta hasta el cuello en un cobertor de seda, tenía la inmovilidad y la palidez de un cadáver, los ojos abiertos y con una fijeza extraña. Acércome, levanto el cobertor, y me siento desfallecer. Su mano derecha empuñaba aún el puñalito de oro clavado en el corazón . . . ¡Muerta! . . . ¡muerta! . . . Parecía habérselo clavado con una lentitud estoica.

Marta, pálida y con los ojos húmedos, inclinó la cabeza, como absorta en algún pensamiento que la martirizaba.

—¿Y Roberto Aguilera? le preguntó Andrea, breves momentos después, con la mirada fascina-

dora de la boa que va a engullirse un cordero.

—¡Qué! . . . contestó Marta con desprecio, cuando el Barón oyó decir que Cristina había muerto de una congestión cerebral, me escribió hablándome de su regreso; y entonces le escribí a Luisa Albornoz que le dijese, como cosa suya, que yo lo sabía todo, que nada quería con él, y que Roberto Aguilera me visitaba diariamente. Ya puedes comprender que no volverá nunca.

1902.

FIN

183

ÍNDICE

ÍNDICE

	Páginas
Letty Somers	5
El Escultor Marliani	39
Hojas de Mirto	49
El Sello Maldito	59
Las Lavanderas Nocturnas	77
Tristán Cataletto	83
La Leyenda del Monje	97
Yulí, la Estrella de la Mañana	131
La Danza de los Muertos	135
El Pájaro Blanco	143
La Leyenda del Manzanillo	147
El Ingeniero Chatillard	163
El Puñal de Oro	171

184.